

ESTUDIOS

FILOSOFÍA • HISTORIA • LETRAS

84

PRIMAVERA 2008



DEPARTAMENTO ACADÉMICO DE ESTUDIOS GENERALES

RECTOR

Arturo Fernández

**DIRECTOR DE LA DIVISIÓN ACADÉMICA DE
ESTUDIOS GENERALES Y ESTUDIOS INTERNACIONALES**

José Ramón Benito

JEFE DEL DEPARTAMENTO ACADÉMICO DE ESTUDIOS GENERALES

Carlos Mc Cadden

ESTUDIOS

FILOSOFÍA • HISTORIA • LETRAS

Publicación trimestral
Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México

84

PRIMAVERA 2008

DIRECTOR

Julián Meza

JEFE DE REDACCIÓN

Mauricio López Noriega

SECRETARÍA DE REDACCIÓN

Pedro Cobo y Alfredo Villafranca

ADMINISTRACIÓN Y DIFUSIÓN

Patricio Sepúlveda y Luz María Silva

COMITÉ EDITORIAL

Departamento Académico de Estudios Generales

Margarita Aguilera, José Barba, Luz Chapa, Carlos de la Isla,
Antonio Díez, Raúl Figueroa, Juan Carlos Mansur, Guillermo Mañón,
Mathias Nebel, Franz Oberarzbacher, José Manuel Orozco, Alberto Sauret,
Julia Sierra, Reynaldo Sordo

Departamento Académico de Estudios Internacionales

Rafael Fernández de Castro, Athanasios Hristoulas, Rossana Fuentes Berain,
Stéphan Sberro, Jesús Velasco

Departamento Académico de Lenguas

Claudia Albarrán, Antonio Canizales, Rodrigo Cortez,
Rosa Margarita Galán, Nora Pasternac, Marcela Rabadán

ESTUDIOS  aparece en primavera, verano, otoño e invierno

Precio por número: \$ 50.00 M.N. Extranjero 10 dls.

**Suscripción anual (4 números): \$ 180.00 M.N. en la República Mexicana
35 dls. en el extranjero**

**Suscripción bianual (8 números): \$ 350.00 M.N. en la República Mexicana
65 dls. en el extranjero**

Correspondencia:

Instituto Tecnológico Autónomo de México
Departamento Académico de Estudios Generales
Río Hondo No. 1,
Col. Progreso Tizapán
01080, México, D.F.
Tels.: 5628 4000 exts. 3900 y 3903
e-mail: estudios@itam.mx

ISSN 0185-6383

Licitud de título No. 9999

Licitud de contenido No. 6993

Derechos de autor: 003161/96

Diseño: Annie Hasselkus

Tipografía en láser: Ma. Esther Sedano (ITAM)

Diseño de portada, fotomecánica, impresión y encuadernación: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, S.A. de C.V., Chihuahua No. 23, Col. Tizapán, San Ángel, 01090 México, D.F.
Tel.: 5550 2516; 5550 4194 y Fax: 5616 3103 www.maporrúa.com.mx

ÍNDICE

TEXTOS

KIEN, CRAWFORD, BATEMAN Y DURDEN: LOS NOMBRES DE LA VIOLENCIA <i>José Mariano Leyva</i>	7
LA IGLESIA CATÓLICA Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA, 1913-1920 <i>Gabriela Aguirre</i>	43
EL AMBIENTE: OTRA CONDICIÓN DEL SER <i>Pilar Chiappa</i>	63

SECCIÓN ESPECIAL

ITALO CALVINO. MÉXICO: GASTRONOMÍA Y ANTROPOFAGIA <i>Armando Pereira</i>	85
--	----

DIÁLOGO DE POETAS

<i>David Huerta</i>	95
---------------------	----

CREACIÓN

PIE DE PÁGINA <i>Ana García Bergua</i>	97
---	----

ÍNDICE

NOTAS

HOMERO: EXCELENCIA ACADÉMICA <i>Mauricio López Noriega</i>	101
EL DIARIO COMO UN HOMENAJE INMENSO <i>José María Espinasa</i>	111
IBN JALDÚN: ENTRE EL SABER Y EL PODER <i>Rogelio Blanco</i>	123

RESEÑAS

CAYO CORNELIO TÁCITO, <i>Anales</i> <i>José Molina</i>	135
RICHARD SENNETTE, <i>La cultura del nuevo capitalismo</i> <i>Miguel del Castillo Negrete</i>	139
ARMANDO PEREIRA, <i>El ruido del mar</i> <i>Juan Antonio Rosado</i>	143

KIEN, CRAWFORD, BATEMAN Y DURDEN: LOS NOMBRES DE LA VIOLENCIA

*José Mariano Leyva**

I. Violencia interior, brutalidad aceptada y rudeza literaria

El día de hoy, hasta las venganzas moderadamente violentas son un asco. La defensa del honor es un reloj de bolsillo que ya no funciona. Si un puñetazo se asesta certero, a cambio obtendremos el denigrante sello de salvajes, además de ricas dosis de vergüenza. Sin embargo, el día de hoy aún existen muchos motivos que ameritarían un buen puñetazo en la cara. El repudio a la violencia no está tan ligado a los orgullosos pilares de la civilización. Más bien comparte sitio con la apatía, con un individualismo que busca la protección antes que cualquier ataque. Pero la violencia interior está ahí por más apatía que generemos.

La mejor arma de la brutalidad real es hacer creer que no existe. Un país es bombardeado: ahí no hay rudeza, es una cruzada contra el terrorismo. A un país en la miseria se le venden armas para alimentar guerras intestinas: ahí no existe inmoralidad, es el espíritu de libre mercado contra un dictador. Violencia que ataca violencia tiene justificación en la conciencia. Pero no toda la violencia es consentida. La agresividad que alarma al chato mundo moderno suele ser la menos nociva: la que no existe, la imaginaria, la que comulga con el arte.

* Investigador de la Dirección de Estudios Históricos, INAH.

JOSÉ MARIANO LEYVA

Paradójicamente, la brutalidad real no existe, se disfraza, mientras que la rudeza irreal es peligrosísima.

Los niños ahorcados del artista plástico Maurizio Cattelan, que tanta conmoción causaron hace unos años, no significan que Cattelan quiera asesinar infantes o que nos exhorte a hacerlo. Lo sorprendente en la crítica que prestó atención a Cattelan fue que pocos hablaron de lo vacío de la propuesta (elaborada más bien para alarmar), o de la estética (imaginada al vapor). El mundo criticó la visión violenta y eso sólo dejaba ver la ausencia de visión artística del mundo. Cuando un artista utiliza sólo elementos escandalosos para llamarlos arte y el mundo pone el grito en el cielo, nos damos cuenta de una cosa: que el arte no tiene nada que ver. Con Bret Easton Ellis sucedió algo que podría sonar parecido: demasiados cayeron en la provocación. Ellis puso una piedra y muchos cayeron. Eso sólo demuestra la ausencia de perspectiva literaria.

La violencia aún pertenece a la esfera del tabú; por lo mismo, es necesario aclarar las ideas más básicas al respecto. Una mala interpretación puede despertar al cuáquero que todos llevamos dentro y hacer suponer que este texto es una apología de la violencia. En un mundo de términos relativos, envilecidos por ideologías de cartón, es necesario señalar lo elemental. Existen dos tipos de violencia: *la real* y *la ficticia*. Una y otra jamás serán lo mismo. Sus funciones pueden ser diametralmente opuestas.

¿Por qué Bret Easton Ellis escupe tanta violencia? Pueden existir varias respuestas. Tal vez sea una reacción natural a un mundo en el que un niño de 16 años ya ha visto 18,000 asesinatos por televisión.¹ O bien, que el autor se sepa bien sus triquiñuelas comerciales e incluya en su texto los ingredientes necesarios para lograr una buena venta de libros.

¹ Cifra que nos entrega Douglas Coupland, basado en la revista *Connoisseur* de septiembre de 1989, en *Generación X*, 2000, Barcelona, Ediciones B.

Me imagino una escena entre los escritores analizados que, de creerles a críticos conservadores, se acercaría a la verdad. Todos quieren ser un éxito de ventas. Todos manejan a la perfección las engañifas mercadotécnicas. Pero como buenos capos literarios, deben repartir las tajadas del pastel. El capo Bret Easton Ellis se queda con las sierras eléctricas y las mutilaciones. El gángster Chuck Palahniuk obtiene los golpes, el vandalismo y los terroristas. Frédéric Beigbeder, de la *Vendetta Française*, logra la tajada correspondiente a la brutalidad psicológica. Todos tienen sus dosis de rudeza, todos serán un éxito.

Me cuesta trabajo creer que esta imagen sea acertada. No dudo que los autores hayan obtenido su ración diaria de agresividad, pero generalmente aquellas personas que resultan ser tan influenciables por la violencia, se dedican a matar transeúntes al azar o al menos, a molestar a su mascota con el palo de la escoba. No desperdiciarían su tiempo escribiendo una novela. De la misma manera, el salvajismo como gancho mercadotécnico resulta efectivo sólo hasta cierto punto. Se trata de una promoción devaluada por la excesiva oferta. El mundo contemporáneo, que con tanto énfasis rechaza la brutalidad, la ofrece con singular alegría.

La violencia regalada en los libros no resulta tan atractiva como para satisfacer los instintos más básicos. ¿Qué excitación nos puede producir leer a Coupland y saber que el número de muertos que causa medio kilogramo de plutonio reducido a polvo e inhalado es de 42 mil millones? Más aún, que la cantidad de plutonio existente en los Estados Unidos en kilos es de 172 mil y que si multiplicamos ambas cifras el total es de 16,000 billones de muertos.² Si de verdad queremos cortar con la violencia, resulta más atractivo ver los noticieros, el canal *Reality TV* con sus trepidantes persecuciones de policías reales contra maleantes reales. Los desplantes violentos de éstos y los golpes proporcionados con todo el peso de la ley de aquéllos. Cualquier brutalidad real en directo termina por desplazar a la ficticia. Leer literatura para satisfacer el morbo no funciona. Hay que embarcarse en la fastidiosa

9

² En este caso, el autor lo toma de *Science Digest*, julio de 1984.

JOSÉ MARIANO LEYVA

tarea de imaginar el cuadro. Además, como todo el mundo sabe, la realidad siempre supera a la ficción.

Otra respuesta al muestrario de violencia en estos autores se obtiene de Frédéric Beigbeder. En su libro *Windows on the World*, un ejercicio en el que se busca copiar la realidad a través de la ficción, hay un reclamo. La historia narrada es la del 11 de septiembre en las torres gemelas de Nueva York. El autor francés opina sobre un atentado que sucede en un país que no es el suyo, pero que produce las ilusiones que el resto del mundo desea. El país con el tipo de cultura al que el grueso de los gobiernos de Occidente aspira llegar. Un país que, por encontrarse a la vanguardia, contiene las contradicciones más definidas de ese futuro, de ese ideal. El atentado del 11 de septiembre en Estados Unidos pronto se volvió dilema universal, de la misma manera que se encuentra expandida la influencia estadounidense en el resto del globo. Como analiza Michel Houellebecq en *Las partículas elementales*, no existe ningún ejemplo de alguna moda venida de los Estados Unidos que no haya triunfado en Europa occidental algunos años más tarde. Houellebecq expone el inicio del proceso en los años setenta. Estados Unidos comienza a exportar con insistencia desde ideologías hasta siliconas para los pechos. Treinta años después, los demás países tenemos mucho que ver con esa sociedad, con sus contradicciones, sus supuestas corduras y sus discreciones impuestas, aunque existan muchos que no acepten de forma pasiva *ese* estilo de vida. Se entiende entonces que a Beigbeder le preocupe el atentado como si hubiera ocurrido en su propio país. Una misma cultura sembrada en distintos países, logra escritores disconformes y parecidos que atraen a lectores de diferentes latitudes.³

10

³ Al respecto, Ryu Murakami elabora un espeluznante relato: *Sopa de miso*, 2005, Seix Barral. Ahí, la violencia prodigada por un asesino serial sirve para analizar el choque cultural entre Estados Unidos y Japón. La adopción de los íconos norteamericanos sumerge a la cultura nipona en enigmas cargados de frivolidad, inocencia, ignorancia y contradicciones. El estilo literario de Murakami lo acerca a cualquier episodio violento del grupo de autores occidentales analizados. Una mirada a esos íconos la ofrece Palahniuk en *Error humano*, serie de crónicas que sintetizan buena parte de esa cultura: el sexo convertido en una actividad grupal

En *Windows on the World*, cada capítulo corresponde a los minutos que transcurrieron desde las 8:30 hasta las 10:29 de aquella mañana. Un lapso que abarca desde los instantes anteriores al impacto del primer avión, hasta el derrumbe de ambas torres. A los minutos nones les corresponde la historia de un esposo divorciado que lleva a sus hijos a desayunar, ese aciago día, al restaurante que se encuentra en la cima de uno de los edificios: el *Windows on the World*. Ahí, la cultura norteamericana aparece remachada con los agujijones de crítica, para ser curada después con cortesías. En los minutos pares, el autor realiza un ejercicio ejecutado con anterioridad: hablar de sí mismo. Aparece esa constante necesidad por contarnos procesos personales como un exhibicionista de las ideas y vivencias en carne propia. El autor inicia su recorrido en el restaurante *Le Ciel de Paris*, en la Torre Montparnasse y lo termina en su visita al *Ground Zero* en Nueva York. Lo que ahí se refleja (como el autor dice) es la escéptica cultura francesa y (como el autor no dice) el mundo moderno desde la óptica de un autor contemporáneo.

El tema ya es lo bastante violento como para obligarnos a dudar. ¿Escribe Beigbeder porque los atentados lo impactaron también a él? Podemos creerlo si atendemos declaraciones como la siguiente: “Con la caída del muro se terminó el sistema socialista. Con la caída de las torres, se cayó el sistema capitalista.” Pero podemos ser escépticos: ¿escribe Beigbeder para aprovechar el tema y lograr un éxito de ventas más? ¿Es un autor oportunista o un autor retratista? A mi parecer, el asunto se resuelve en el minuto 10:01.

Beigbeder habla de la cobertura mediática que tuvo el atentado. ¿Cuántas veces vimos caer las torres? Demasiadas. La repetición ha terminado por eliminar la violencia. La costumbre sustituye la emoción. El terror mostrado se parece más al pavor de celofán que pro-

y mecánica; el apetito por la destrucción de cosechadoras cuyos choferes mezclan patriotismo e ignorancia; el terror a lo desconocido, atomizado en dos personas que son agredidas por ir vestidos de botargas; el mantenimiento de la hipocresía en submarinos militares llenos de sodomitas que la opinión pública prefiere no ver.

JOSÉ MARIANO LEYVA

duce cualquier película de catástrofes norteamericanas. Aquellas que dejaron de filmar cuando la ficción se volvió el oráculo que anticipaba el futuro real. Lo que no se vio, o nos otorgaron en dosis minúsculas, fue la verdadera violencia. Dice Beigbeder:

No se ven los pedazos de gente que caían, las fuentes de sangre, el acero, la carne y el plástico soldados entre sí. Ustedes no olieron los cables eléctricos quemados, ese olor a cortocircuito multiplicado por 100,000 voltios. No oyeron los gritos animales, como de cerdos degollados, de terneras despedazadas vivas, excepto que no eran terneras sino cerebros humanos, capaces de suplicar.⁴

No sólo no las vimos, ni siquiera las intuimos. De pronto el World Trade Center eran dos compactos cuerpos de cemento y metal que caían una y otra vez. Nada de dilemas humanos.

Las reglas para algunos son bastante claras: es permisible mostrar la violencia sólo en algunos casos. La violencia en el mundo interconectado muta de valor. Aquella que se enseña, que es terrible, es de la que se puede sacar algún tipo de provecho, generalmente político. Sangre y vísceras en Panamá, una pantalla monocromática en verde para los bombardeos a Irak. No había razón para pigmentar al WTC con ese color, pero la salvaje realidad fue sustraída de su afectación violenta.

De pronto hay más violencia en los ficticios niños ahorcados de Cattelan que en uno de los peores atentados de la historia. Tal vez esto suceda porque dos edificios emblemáticos cayendo son suficiente para desatar una guerra, mientras que los restos humanos increparían al torpe gobierno que permitió la catástrofe. “Un edificio se derrumba y vemos infinitas veces el derrumbamiento. Pero no se les ocurra mostrar lo que había dentro: nosotros”, dice el personaje de *Windows on the World*.

⁴Frédéric Beigbeder, *Windows on the World*, 2004, Barcelona, Anagrama, p. 269.

Pues bien, Ellis, Palahniuk, Coupland y el mismo Beigbeder tienen una obsesión por mostrar lo que hay dentro. Sus historias muestran más las moles de cemento colapsando que los cuerpos carbonizados. A las buenas conciencias suele molestarles. Ellas son capaces de asistir a mítines contra la violencia de los artistas y los escritores, mientras dejan a sus hijos enchufados a la televisión, viendo un asesinato tras otro. Pero esto último no es problemático mientras los dispensadores de violencia victimen a extraterrestres color verde, cubanos color rojo o fumadores color cáncer. En ese caso no hay violencia, sólo hay patriotismo. Por el contrario, en las historias de Beigbeder aparecen grupos de agentes publicitarios escabechándose a una anciana jubilada de Miami, y en las historias de Ellis aparece un joven abogado, de probado éxito, adicto al capitalismo, que asesina sólo con sierras eléctricas *Black & Decker*. Las mentes estrechas recapacitan: aquí hay algo raro. ¿Dónde están los extraterrestres y los comunistas que siempre atacan mientras que el resto del mundo sólo se defiende? La violencia que cimbra la apatía es perniciosa, concluyen. Influye en nuestros hijos de forma nociva. Entonces, en un mundo de conceptos tan determinantes y simplistas, es necesario trastocar un poco los conceptos de violencia *bueno y malo*. Que la confusión ayude a aclarar el asunto.

La brutalidad aceptada es clara: hay deplorables enemigos y musculosos héroes.

La rudeza de los escritores, a primera vista, no tiene un motivo claro.

La brutalidad aceptada es un cigarro cuyo humo tonifica, un olor poderoso, catsup que desea ser sangre, una amante que no complica nada en la vida.

La rudeza de los escritores es el cigarro y el enfisema que va cortando la respiración en un lento y largo estrangulamiento. Es un fétido olor real. Es sangre que sale de una arteria cercenada y que impacta. Es la amante que quiere que te divorcies para que repitas el error con ella.

La brutalidad aceptada es el saldo de una ideología que miente para llegar a otros fines.

JOSÉ MARIANO LEYVA

La rudeza de los escritores recicla la imagen del artista incómodo, lleno de ángulos, que destroza el ordenado mundo ideológico y ancla sus raigones en una realidad poco utópica. Es más humana y por lo mismo contradictoria. Sin embargo su violencia también nos lleva a otros fines.

Los dos tipos de violencia sólo se parecen en que son ficticias. Pero ambas suelen tener consecuencias reales. La brutalidad ficticia aceptada puede provocar violencia real en los espectadores, en la medida que no tiene referentes críticos en su propuesta. Su oferta es estrecha y estrechas son las mentes influenciables: es posible sentirse aludido y condensar la rudeza observada en algo palpable. Sin embargo, eso depende más de la realidad inmediata que de la brutalidad a la que se está expuesto. La rudeza de los escritores difícilmente logrará el mismo efecto: dudo que las mismas mentes dediquen tiempo a leer y, si acaso lo hacen, que sean capaces de sentir el ímpetu trepidante que se puede lograr con cualquier programa de TV. El problema es que la crítica estrecha está convencida de que esto es posible. Se encuentran persuadidos de que los *aliens* con láser son inofensivos, mientras que la agresividad literaria es de lo menos saludable. Sin embargo, también hay otra razón: la violencia literaria toca fibras más delicadas.

14

¿Es posible humanizar a partir de escenas violentas? Probablemente. Un asesino que apuñala sólo muestra parte de su universo en ese acto. El origen de la brutalidad difícilmente será sólo por la violencia misma. Hay actitudes psicóticas, paranoicas; ácidas interpretaciones de la vida. Las propuestas artísticas que usan la violencia lo saben. En el caso de la literatura, esa rudeza también está íntimamente relacionada con otros elementos.

El arte y la violencia siempre han florecido juntos, pero los nexos que los unen suelen variar. Pero antes de llegar al sitio donde se encuentran los escritores referidos, es necesario detenerse en un peldaño anterior: J.G. Ballard.

II. El fuego redentor

En *Noches de cocaína*, Ballard expugna los complejos turísticos de las costas españolas, pobladas por ingleses, franceses y holandeses. Sitios en los que el tiempo está suspendido. Un mundo sin acontecimientos. Las cuadrillas de gente que ahí languidecen, engrosan el número de los jubilados modernos: no tienen más de 55 años y ya no tienen obligaciones por cumplir. Sin embargo, la deliciosa abulia pronto se convierte en angustiosa inercia. Es un atisbo del futuro de la humanidad: casas con terraza y albercas frente al mar. Pero los huéspedes han dejado de pisar la arena; jamás se zambullen en los ‘espejos zen’ en que se convirtieron las albercas. Tirados en camastros, gastan su tiempo consumiendo medicamentos para aniquilar la angustia provocada por la carencia de actividad. En medio de esas comunidades estáticas existe un complejo: Estrella del Mar, donde uno de los jóvenes directores se ha hartado de ese futuro instalado en el presente.

¿Cómo contrarrestar el efecto anestésico de la vida segura? Administrando dosis de violencia. Estrella del Mar pronto se vuelve afecta al juego. Sus habitantes comienzan a ser testigos de robos menores, luego aceptan con gusto el tráfico de drogas. El Xanax es sustituido por la cocaína, el Prozac por la heroína. El mismo directivo inconforme, Bobby Crawford, comienza a organizar persecuciones por la bahía que terminan en colisiones con fuego y disparos. Poco a poco, los jubilados reviven. Observan las canalladas con ojos expectantes. Desde las gradas del mundo ficticio, admiran el escenario de lo real. Luego vienen las violaciones. Espectáculos en amplios estacionamientos donde un hombre ataca a una mujer mientras los jubilados observan desde sus autos. Después Crawford incendia coches, lanchas y casas. El fuego se torna una cara atractiva de la violencia. El único fin es reactivar la ajada e inamovible vida de Estrella del Mar. Y el efecto es el deseado: se comienzan a inaugurar galerías de arte, los retirados toman cursos y se comienzan a ejercitar. Vuelven a estar vivos. La violencia de Crawford intenta cambiar el orden de las cosas:

JOSÉ MARIANO LEYVA

No... –Crawford se detuvo y me tomó de la mano.— Sí que importa. Charles, así va el mundo. Has visto el futuro y no funciona ni pasa nada. Los Costásoles de este planeta se están extendiendo. Los he recorrido en Florida y Nuevo México. Tendrías que visitar el complejo Fontainebleau Sud en las afueras de París... una réplica de estas residencias, pero diez veces más grande. Costasol no es obra de un promotor de pacotilla; fue planteada con cuidado para dar a la gente la oportunidad de una vida mejor. ¿Y qué han obtenido? Muerte cerebral...⁵

El fin último de Ballard, a diferencia de Ellis, Beigbeder o Palahniuk, es la violencia. La violencia que otorga dosis de vida en un mundo anquilosado. Una violencia de reacción. *Noches de cocaína* no es el único sitio en donde explota esta propuesta. En *Crash* se repite la consigna: personajes hastiados de la seguridad y la rutina, que anegan incluso su vida sexual, deciden enamorarse de cicatrices, deformidades y amputaciones provocadas por los voluntarios choques automovilísticos. Todo ello en una suerte de escape hacia el caos, consecuencia de un individualismo extremo que provoca seguridad excesiva. Un desprecio a ese estado en el que ya no sucede nada si no está planeado con varios días de antelación para garantizar nuestra integridad.

16 | El individualismo que explota en un escape caótico es una efigie tan antigua como 1935. Ese fue el año de la publicación de *Auto de Fe*, la única novela de Elías Canetti, el gran lector del siglo XX. Obsesionado con las multitudes como desfogue caótico del individuo, esos sitios donde se pierde la unidad para fundirse con el entorno, Canetti recrea uno de sus personajes más contundentes: Kien. Un profesor que recolecta varias obsesiones y las agrupa bajo una más poderosa: el extremo individualismo. Kien no sale de casa. Se refugia en su segura biblioteca. No quiere saber del mundo y sólo tiene noticias de él mediante las páginas de sus libros. La desdicha quiere entonces que Kien se case con la más vulgar de las mujeres. Una fémina de características tan espantosas que obligan al profesor a huir de su casa. Kien no lo soporta y queda inmerso en un mundo que tiene una terrible desven-

⁵ J. G. Ballard, *Noches de cocaína*, 1996, México, Grijalbo, p. 172.

taja: es preciso convivir con *los otros*. Su extremo individualismo se ve afectado, así que hacia el final de la novela, en un franco repudio al rasgo más característico de su personalidad, Kien se prende fuego junto con su biblioteca en medio de una fantasía que anima y dota de personalidad a los objetos de su estudio. Los extremos se tocan. El individualismo y la violencia coinciden en un punto. Es necesario reventar de alguna manera o de otra forma nos convertimos en los artífices de nuestra propia apatía.

La propuesta de Ballard indica que, en un mundo repleto de Kiens apáticos, individualistas y sin una masa cercana a la cual unirse, la violencia adquiere tonalidades terapéuticas. Crawford desea con toda el alma que los Kiens de los complejos turísticos se inmolen en un buen fuego. La propuesta de Ballard es antigua, pero jamás había sonado tan actual.

Sin embargo, Ballard no es Ellis ni Beigbeder. Ballard es mayor que ellos. Ballard conoció la guerra. Su crítica se reparte entre la violencia y la ausencia de la misma. A ambas les otorga la misma tonalidad nociva como Canetti al individualismo y al desafortunado escape caótico. Durante la Segunda Guerra Mundial, el Ballard niño estuvo preso en un campo de concentración japonés. La violencia ahí vivida la relata en *El Imperio del Sol*, novela que decepcionó a muchos de sus lectores porque otorgaba el andamiaje real que estructuraba sus infiernos ficticios. La Guerra mundial fue la experiencia que hizo germinar, tanto en Ballard como en Canetti, las teorías que combinan el individualismo, el escape caótico y el fuego. Una violencia que se transforma y busca nuevos fines en, por ejemplo, Patrick Bateman, el personaje principal de *Psicópata americano*.⁶

El presente es una época más anestesiada. Los jóvenes escritores no conocieron en carne propia ninguna guerra. A pesar de ese ridículo remedo llamado guerra antiterrorista, que sólo sirve para exportar la

⁶ Como simple dato anecdótico, es curioso notar que el actor que da vida al niño del *Imperio del sol* y al asesino de *Psicópata americano* en sus versiones filmicas son el mismo: Christian Bale.

JOSÉ MARIANO LEYVA

masacre a sitios lejanos, no han vivido jamás en una sociedad afectada por el hambre, por el caos. Lo que conocen bien es un mundo seguro, donde hay que crear espacios de escape, a falta de masa, a falta de guerra. A punto de terminar *13 '99 euros*, Frédéric Beigbeder contestó en entrevista:

–La fiesta, ¿es algo importante para usted?

–Absolutamente. Es durante una fiesta donde encontramos, la mayor parte de las veces, a la mujer de la vida. Donde sucede el primer achicharramiento de neuronas, la primera vez que probamos drogas. Varios de los episodios de la vida de un hombre, que yo considero como importantes, suceden durante las fiestas. Vivimos alegrías naturales o artificiales pero alegrías al fin y al cabo. No me da pena para nada este pasado. Contrariamente a mis padres o a mis abuelos yo no he vivido guerras o el mayo del 68. Mi generación es más bien consentida. La sola guerra que yo he librado es la de la cocaína. Como dijo el escritor Jay Mc Inerney: “*We have been through the cocaine war*”.⁷

Las celebraciones son nuestros experimentales remedos de guerras. Y no es una apología de la guerra, es más bien melancolía por aquel escape caótico tan bien narrado en 1935. Por lo mismo, estos escritores buscan una mayor violencia en sus libros, para que actúen como brutales píldoras contra la parálisis. No se trata ya de centros para jubilados, estamos hablando de sociedades enteras sumidas en la aburrición, en la apatía, en la inercia, en la pose. El futuro temido por Ballard se convirtió en el presente de Ellis. No es gratuito que sus asesinos se encuentren deambulando por exclusivos restaurantes en Nueva York, o que Beigbeder desfogue sus instintos psicóticos en Miami, ecosistema del estancamiento vendido como ícono *cool*. Chuck Palahniuk utiliza la boca de una anciana para decirlo:

18

⁷ Entrevista realizada por Sylvain Monier, marzo de 2000, en www.chez.com.

La gente ha estado trabajando demasiados años para hacer del mundo un sitio seguro y organizado. Nadie se dio cuenta lo aburrido que esto podría llegar a ser. Con este mundo lleno de propiedades privadas y límites de velocidad y lleno de zonas e impuestos y regulaciones, con todo el mundo probado y registrado y ubicado y grabado. Nadie dejó mucho espacio para la aventura, excepto aquella que puedes comprar. En una montaña rusa. En una película. De cualquier forma, siempre es de ese tipo de falsa excitación. Sabes perfectamente que los dinosaurios no se comerán a los niños. El público encuestado incluso desaprueba cualquier posibilidad de un falso desastre mayor. Y, debido a que no existe la posibilidad de un desastre real, de un verdadero riesgo, nos quedamos sin oportunidad de una verdadera salvación. Excitación real. Diversión. Descubrimiento. Inventiva.

Las leyes que nos mantienen seguros, son las mismas que nos condenan al aburrimiento.

Sin un acceso al verdadero caos, jamás tendremos verdadera paz.⁸

De alguna manera la violencia de estos escritores cumple con la tarea que Crawford soñaba. Ya no es la historia de un personaje creando violencia, ahora son autores que elaboran una intimidación. Pero además, utilizan la violencia de otra forma. Le encuentran utilidades humanísticas.

19

III. Sueños psicóticos

Advertía Ellis al principio de *Psicópata americano*:

Ésta es una novela y por lo tanto todos los personajes, situaciones y diálogos que en ella aparecen –a excepción de algunas esporádicas referencias a personas, productos y lugares por todos conocidos– son imaginarios y no se refieren a nadie en particular ni pretenden dañar los intereses de ninguna entidad.

⁸ En *Choke*, 2003, London, Vintage, p. 159. Traducción mía.

JOSÉ MARIANO LEYVA

La brutalidad es ficticia, pero la crítica es real. La sangre es simulada, pero el entorno se sugiere innegable. La violencia, en efecto, no daña ‘los intereses de ninguna entidad’. Son ‘las esporádicas referencias’ reales quienes lo hacen, por eso son una excepción, por eso están entre dos largos guiones. Su poder destructivo se potencia cuando se encuentran inmersas en el mundo violento.

Un ente real cometiendo una acción ficticia: Beckham rasurándose con navajas Gillette mientras sonrío a la cámara con mirada de agradable sorpresa. Buena publicidad. Un ente real cometiendo una violenta acción ficticia: Beckham usando la misma navaja Gillette para cortar el cuello de Victoria-Posh-Spice-Girl, dejando salir borbotones de sangre, mientras se ríe y tiene una pequeña erección. Mala propaganda. *Psicópata americano* es sólo mala propaganda.

La novela de Ellis está plagada de marcas comerciales, de esas ‘esporádicas referencias por todos conocidos’. En dos páginas se pueden leer hasta 33 marcas.⁹ Sin embargo, las baterías de la crítica rara vez se enfilan hacia una marca. Están asumidas, son parte de un mundo *normal*. Luego la normalidad del mundo se diluye. El personaje principal, Patrick Bateman, tiene 27 años. Viste “un traje de lana y seda con seis botones de Hermenegildo Zegna, una corbata de seda Ralph Lauren y zapatos de piel de Fratelli Rossetti”. Patrick reflexiona sobre lo que más le gusta: él mismo.

Soy joven, no tengo escrúpulos, estoy altamente motivado y soy muy ingenioso. En esencia lo que digo es que la sociedad *no* puede permitirse el lujo de prescindir de mí. Soy una *buena inversión*.¹⁰

Bateman es adicto a las marcas: de trajes, de coches, de bares, de restaurantes. Sus novias son adictas a la cara lencería, a largas sesiones de gimnasio, de estéticas, de SPA. Tanto las marcas, como Bateman, van delineando el mundo deseado por el norteamericano promedio,

⁹ En las páginas 32 y 33 correspondientes a la edición, 1992, México, Diana.

¹⁰ *Idem*, p. 13.

aunque también por muchos de los habitantes de la Tierra. Después llega la redentora violencia. El pujante Patrick Bateman da muestras de actitudes oscuras. Una fascinación por las biografías de Ted Bundy, el asesino serial de los setentas norteamericanos. Antes, el epítome del sueño norteamericano revisa las páginas de un diario con acentuada carencia de humanismo:

Vamos a ver..., modelos estranguladas, bebés tirados desde el techo de los edificios, niños asesinados en el metro, [...] –recorre las páginas con excitación–, jugadores de béisbol con sida, más porquería de la mafia, congestionamientos, vagabundos sin casa, diversos maniacos, enjambres de maricones llenando las calles, madres de alquiler, niños que consiguen entrar en un zoológico y torturan y queman vivos a varios animales, más nazis... y el chiste es, la gracia final es, que todo eso pasa en esta ciudad..., [...] espera un momento, más nazis, estorbos, estorbos, vendedores de bebés, mercado negro de bebés, bebés con sida, bebés drogados, un edificio que cae encima de un bebé, un bebé maniaco...

Ellis hace añicos el mundo soñado realizando una simple tarea: alumbrar las partes oscuras que el ideal no quiere ver. La falta de humanismo en Bateman es preocupación moral en Ellis. Las marcas comerciales y la deshumanización empatan alegremente. Se complementan. Los bebés sometidos a dosis de salvajismo recuerdan a las jóvenes generaciones expuestas a la inclemente dieta de violencia y falta de sorpresa. Una vez más los ancianos prematuros de Martin Amis, ahora crucificados por la violencia. Bateman descubre que los humanos también pueden ser objetos de cierta marca, caros o baratos. Un joven como él, con el físico afinado, con el dinero suficiente, se vuelve un artículo de lujo. Un empleado sin glamour, sin dinero, es desechable.

Primero asesina a un perro *chai-pei* (carísimo, al que hay que operar las bolsas que se forman bajo los ojos para evitar infecciones) y luego degüella a su dueño, un homosexual. En ese orden de importancia. Más tarde, es el turno de un pordiosero. Después llegan las prostitutas. Éstas no gozan de mayor prestigio que un juego de falsa bisutería:

JOSÉ MARIANO LEYVA

Encuentro una [prostituta] en la esquina de Washington con la Trece. Es rubia y delgada y joven, y lo más importante, es *blanca*, lo que es una rareza en zonas como ésta. Lleva unos shorts ajustados, una camiseta blanca y una chamarra de cuero barata, y si se exceptúa un moretón en su rodilla izquierda, tiene la piel pálida, incluida la de la cara. [...] Detrás de ella con unas letras rojas de metro y medio de alto que hay al lado de un almacén de ladrillo abandonado, está escrita la palabra ‘CARNE’.¹¹

El prestigio es el único axioma legítimo. Los humanos son objetos desechables. Las marcas tienen personalidad propia. Es posible ser violento con los primeros (los menos importantes) usando las segundas (lo más importante). Las personas sin prestigio adquieren importancia sólo cuando se revisten de marcas conocidas. Patrick Bateman con dos prostitutas:

Le pongo unas minúsculas pantaletas de encaje de Christian Dior y luego me quito toda la ropa –excepto unos tenis Nike– y Christie también se quita la bata Ralph Lauren y queda completamente desnuda si se exceptúa una mascada de seda y látex de Angela Cummings, que le ato cuidadosamente alrededor del cuello y unos guantes de gamuza de Gloria Jose para Bergdorf Goodman que compré en barata.¹²

22

Ese episodio termina con feroces golpes proporcionados por un gancho de ropa y quemaduras provocadas por unos cerillos del Gotham Bar & Grill. Sin embargo, el verdadero reto ocurre cuando Patrick comienza a eliminar a sus propias amigas y a las novias de sus amigos. Quemar ropa interior de almacén no provoca mucha emoción, pero inflamar un conjunto de Prada es una deliciosa locura que excita. Lo que hay dentro de los atuendos es dispensable. Entonces, junta a una puta de poca monta con una mujer adicta a la ropa interior Victoria’s Secret. Ambas reciben el mismo trato. Lo único que tiene personalidad propia son las ropas que visten.

¹¹ *Idem*, p. 156.

¹² *Idem*, p. 160.

A partir de ese momento, la mayor parte de los asesinatos narrados también son un bombardeo de marcas comerciales. Se mutila con un cuchillo italiano, se ponen periódicos del *New York Times* que impiden a la sangría manchar los sillones IKEA, los pañuelos de seda Cummings sirven para limpiar las vísceras sin marca. Una vez más la mala propaganda. Todo en los asesinatos es adquirible y desechable. La ausencia de humanismo es la verdadera cara de las marcas comerciales, del prestigio, del *marketing*. La supervivencia del Yo. El desprecio de la otredad. Comprar cierto auto o traje sirve para que los demás me vean. Yo soy lo importante, ellos deben limitarse a admirarme. El humanismo aburre, no hace comprar.

La violencia, ese referente continuo en las últimas generaciones, adquiere nueva tonalidad y muestra el lado fosco de algunos mitos modernos considerados benéficos. El prístino abogado luchando por la justicia y logrando el éxito se convierte en un agente de la trampa. Las marcas de prestigio, como sellos de alto estatus, deshumanizan. El éxito material como sinónimo de bondad forma parte de una confusión generalizada.

La violencia purifica, elimina los convenios sociales y se vuelve detestable para aquellos que necesitan de las breves hipocresías cotidianas para sentir que se avanza hacia buen fin. La inocencia ensamblada con el materialismo, otra herencia norteamericana. ¡Cómo va a ser tramposo ese abogado! ¡Es imposible que se aproveche de la necesidad de terceros! Ese médico, ¡cómo va ser poco respetable si maneja un Mercedes Benz! ¡Está en la labor por humanismo, no por negocio! ¡Cómo va estar frustrada esa mujer sólo porque compra compulsivamente!

Con sus contradicciones, Patrick Bateman nos muestra que el mundo ha cambiado. El auto ya no es el medio para llegar al trabajo. Ahora el trabajo es el medio para llegar al auto. La fama no es consecuencia de ciertos oficios. Ahora ciertos oficios se obtienen gracias a la fama. Así, los abogados no eligen la profesión para preservar la justicia: eligen un tipo de justicia para preservar su profesión. La proliferación de estudiantes médicos en las universidades no significa

JOSÉ MARIANO LEYVA

un sorpresivo brote de humanismo. Todo lo contrario. Los enfermos nunca desaparecerán. Siempre habrá moribundos, siempre habrá trabajo para conseguir esa casa, ese auto. Esos médicos y abogados no difieren mucho de Bateman. El fin ahora es el medio, y el medio se relega hasta el final.

Los productores de televisión lo saben. Las toneladas de programas que nos muestran cómo se hicieron ricos Britney Spears y Justin Timberlake, que nos dan una radiografía del éxito que gozan, siguen reduciendo los parámetros de superación en las mentes pusilánimes. Los patrocinadores saben que existen obsesivos de la limpieza, convencidos que el olor a limpia pisos es el natural, personas que utilizan más de 17 productos de higiene personal en el aseo diario.¹³ Saben que los jóvenes amantes de los bares con cadena, los aficionados a la exclusividad, los adictos a los salones VIP, siguen confundiendo poder adquisitivo con la idea de ser mejores personas. Pero esa mejoría sólo es la capacidad de ver a otros seres humanos bajo el cobijo de la ignorancia deshumanizadora. La humanidad de pronto es una ola de nuevos ricos que adquieren las marcas más caras pensando que eso forma parte del estatus. Ignoran el nexo que tienen con la deshumanización. Luego se preguntan por qué el mundo está tan mal, de dónde viene tanta maldad. La ignorancia y el individualismo se asustan del libro escrito por Bret Easton Ellis. En su pueril razonamiento, tal vez crean que ahí está el origen de la violencia. Pero la imagen de Bateman los altera por su cercanía con una realidad que apoyan entusiastas.

La escapatoria elaborada por Ellis no es un activismo de izquierda. La lucha de clases no tiene nada que ver. Las fórmulas ideológicas no son parte de la solución, sino del problema. La misma quimera que hace pensar en un auto como un símbolo que convierte a su conductor en una persona prominente, en vez de ser simple corneta

¹³ Bateman se levanta una mañana y usa los siguientes productos: Plax fórmula antiplaca, pasta de dientes Rembrandt, Listerine, un cepillo de dientes eléctrico Probright, un abrillantador Interplak, enjuague Cepacol, Shampoo Vidal Sasson y acondicionador Complex, en una obsesiva tarea que intenta reducir al protagonista en un autómatas libre de cualquier esencia humana.

del ego, se trasfiere a un militante convencido de que su ideología lo transforma en buena persona. No se da cuenta de que sólo se trata de un paliativo para su conciencia, que además le otorga un halo de unicidad. El humanismo no tiene nada que ver ni con las marcas, ni con la ideología de Opel. A últimas fechas, incluso es posible ver la combinación de ambas obcecaciones: Angelina Jolie adoptando niños del tercer mundo.

La violencia literaria se utiliza para evidenciar la otra violencia. La congénita, la escondida en estos lugares, en todas esas personas. ¿Sólo porque la sociedad no quiere ver la violencia del mundo ordenado estamos obligados a respetar su torcida congruencia? Ellis no lo hace. Regresa así el moralista detrás del cuchillo. El *American Dream* se vuelve el *American Psycho*.

Patrick Bateman es el espíritu norteamericano sin hipocresías. Hace todo lo que desearía hacer un hombre repleto de dinero, educado de esa forma. Es el individualismo que viola, mata y adquiere aparatos de lujo. Es la fama y el éxito sin límites, es todo lo que la publicidad hace creer que llegarás a ser. Es la ilusión de esa sociedad, es su héroe. Bateman realiza todo lo que aparece en Internet bajo los títulos *Hardcore*: BDSM, zoofilia, necrofilia, pedofilia, el sexo que cada vez tiene más adeptos. Bateman es el coche de tus sueños, la ropa de tus sueños, las escenas orgiásticas con las mujeres de tus sueños. Pero Bateman también es el vacío de las personas que sólo desean eso. Es el asesinato violento de tus sueños que elimina la vacuidad. El sitio donde todo es desechable y comprable.¹⁴ ¿Qué sucede cuando ya se tienen todos los coches, todas las mujeres, todo el sexo, toda la ropa, todo el vacío? Se agarra una clavadora, se elige a una buena amiga y se recrea el siguiente pasaje:

¹⁴ El ideal social y la violencia en Bateman recuerdan lo que el Mariscal Francés Gilles de Rais dijo tras ser acusado de 34 asesinatos y 140 desapariciones (la mayoría de niños): “Yo hice lo que otros hombres sueñan. Yo soy vuestra pesadilla” (*El País Semanal*, n° 1,539, 26 marzo 2006). Seis siglos después, el ficticio Bateman pone en tela de juicio el avance de la civilización. Él no es real, pero sus características lo son. Por lo mismo, no es coincidencia que otro joven escritor, J. K. Huysmans, haya utilizado a De Rais con el mismo propósito crítico cien años antes.

JOSÉ MARIANO LEYVA

Aunque el chardonnay le ha embotado los reflejos, el whisky escocés que tomé yo aguzó los míos. [...] La dejo inconsciente de cuatro golpes en la cabeza que le doy con la clavadora. [...] Entonces le estiro los brazos, colocándole las manos con las palmas hacia arriba en unas gruesas tablas de madera, y le clavo tres clavos en cada mano, esto hace que recupere la conciencia y se ponga a gritar. Después de rociarle los ojos, la boca, la nariz con un spray de autodefensa, le pongo un abrigo de pelo de camello de Ralph Lauren sobre la cabeza, lo que ahoga sus gritos, o lo que sean. [...] Bethany vuelve a perder el sentido y vomita. [...] Enciendo la Handycam Sony para poder grabar todo lo que sigue. [...] Me aprovecho de su estado de debilidad, me quito los guantes y, forzándola a abrir la boca, con las tijeras le corto la lengua. [...] Luego me la cojo por la boca, y después de eyacular y sacar la verga la rocío una vez más con el spray.

—Y otra cosa —grito, paseándome por el cuarto—. No es de Garrick Anderson. ¡El traje es de *Armani*! Giorgio Armani.¹⁵

26 | La violencia de Ellis se torna real, en la medida que hace referencia a una sociedad pródiga en racistas, xenófobos, asesinos seriales, individualistas extremos, adictos al Xanax, obsesos del prestigio, de los coches, de las marcas. Perversiones que conviven alegremente bajo un barniz de tranquilidad políticamente correcto. *Psicópata americano* puntualiza en lo siguiente: hay demasiadas coincidencias entre un hombre con un Porsche, la ropa más cara, que asiste a una sala VIP, y un asesino serial. Sus motivos individualistas son los mismos. El resto del mundo es dispensable.

Entonces, la paradoja de las mentes estrechas y ordenadas aparece: asustados de un mundo violento, educan a sus hijos con los valores individualistas más estrictos, los que consideran más seguros. Serían felices si sus hijos tuvieran el poder y el éxito de Bateman. Pero el paquete viene completo. Ese poder, éxito y aspiraciones están basados en la misma deshumanización del asesino, de la violencia que tanto rehuyeron.

¹⁵ En *Psicópata americano*, *op. cit.*, p. 222-3.

Con Bret Easton Ellis vemos el estrecho mundo real, diagramado con las pautas del ficticio universo de la violencia. Lo contrario no produce un efecto similar. Cuando la estrecha violencia real es la que afecta al matizado universo ficticio, sólo se producen malas obras artísticas, sólo hay esculturas de falsos niños ahorcados.

No es estrictamente necesario diseñar a un asesino para denotar violencia. Los primeros cinco libros del autor establecen situaciones y estados de ánimo de una violencia adquirida, congelada, imperturbable. Es la violencia más realista. Los *yuppies* son adictos a todas las drogas, pero el consumo carece de emoción. Las bellas mujeres sólo piensan en ropa, pero las compras han perdido su poder lenitivo. La frustración, entonces, es mitigada con cantidades industriales de Prozac. Las bondades apenas se sienten. Los desprecios, los maltratos y los ultrajes se hacen con el mismo tono usado para saludar. Incluso Patrick Bateman se torna un asesino serial sin mucha emoción. Más aún: la inflexión utilizada para narrar es impasible, como un zumbido constante pero sin variaciones. Forma parte de la crítica. La inercia de los personajes, narrada con indolencia, está presente en todas sus historias. La ficción vive sumida en el formaldehído de la apatía. La brutalidad de Ellis critica la desidia de una franja de jóvenes acostumbrados a todo y más.¹⁶

Utilizar la violencia como vehículo de la crítica no es tarea sencilla. Si alguien no lo cree, habrá que preguntarle al director cinematográfico Marek Kaniévski y al guionista Harley Peyton. Ambos se dedicaron a lacerar con ardua meticulosidad la novela *Menos que cero* de Ellis en la pantalla grande. El filme se estrenó en 1987, sólo dos años después que la novela. En él, toda crítica se esfuma.

La novela describe, sin mayor acción, la vida de un grupo de jóvenes amigos. La temporada corresponde al verano. El ocio es parte

¹⁶Sobre narrar los excesos juveniles con pluma firme y helada, existe un antecedente que resulta sorprendente por su precocidad: *Azul casi transparente* de Ryu Murakami. Una vorágine de heroína, pastillas, sexo y baja autoestima en un grupo de amigos que se acerca a la pesadilla casi generalizada, ocurrida cuando las ideologías terminaron por disolverse.

fundamental de la historia. También lo son las drogas: cada personaje tiene a su *dealer* privado. Sin importar el día o la hora (despreciables parámetros de personas que trabajan), consumen todo tipo de estimulantes.¹⁷ Y esto ocurre con la modulación del propio Ellis: sin que constituya un acontecimiento notable. De hecho nada es trascendental: los estéreos, los autos último modelo, las bacanales festivas, la entrada a los clubes nocturnos más exclusivos. Todo ello forma parte de lo natural. Sólo son elementos escenográficos para una vida rutinaria, henchida de aburrición.

Los personajes tratan de enamorarse pero nunca lo logran. Tampoco se preocupan mucho por ello. Son incapaces de terminar una frase. Los diálogos que aparecen en la novela siempre aparecen truncados. Una pregunta es respondida a medias, las personas se relacionan desde canales distintos. Cada quién desde su individualidad. No pueden recordar qué película vieron cinco minutos después de haber salido del cine. Son incapaces de discernir si el filme les gustó o no.

Nada, absolutamente nada en este mundo los hará reaccionar. Ni siquiera el cadáver de un pordiosero en un callejón. La muerte parece divertida, pero sólo unos minutos, después los amigos que descubrieron el cadáver, regresan a su vida privada de emoción, a su apatía natural. Ése es el énfasis de Bret Easton Ellis. Ése es el verdadero infierno.

Pues bien, la adaptación cinematográfica disuelve todo esto. Las horas que pasó Ellis tratando de retratar una generación congelada, en el filme termina siendo una historia con un mensaje claro: las drogas son malas. Los rasgos característicos de los personajes aparecen sólo a medias para dar prioridad a tres prototipos: una mujer enamorada, un hombre que decide seguir adelante con la vida y un drogadicto perdido. Esta historia, que tiene como hilo conductor un trío amoroso, podría pasar en los ochenta o en los setenta, en los veinte, en 1815. El sello generacional se pierde. Lo único que queda es una pésima lectura.

¹⁷ El tiempo deja de ser axioma. El exceso determina. Al respecto obtengo un par de líneas de dos canciones. Morrissey recitaba con melancolía: “*Everyday is like a Sunday*”. Beck aplicaba la ironía al emular a una mujer que decía: “*Thursday night, I think i’m pregnant again.*”

En ningún momento aparecen la apatía, el áspero nihilismo. En vez de esto, tenemos un *dealer* malo, un pobre drogadicto, una muchacha enamoradiza y un joven emprendedor. Los personajes de la novela no son ni malos, ni pobres, ni están enamorados, y mucho menos son emprendedores. ¡Ése es el problema! Están entumecidos en un abismo donde cualquier tipo de emoción o creencia se suspende.

Los creadores de la película jamás se atrevieron a usar la violencia como sí lo hizo Ellis. Sin la apatía que acepta la violencia, la historia es un melodrama aburridísimo que no dice nada nuevo. Convierte a los personajes en predecibles clichés. La película critica exactamente lo mismo que las mentes estrechas amonestan. Hay una feliz coincidencia. La novela, por el contrario, confronta a toda una generación. La pone delante de un sombrío espejo. Desnuda a una sociedad antes que darle coba. El efecto es igual al que produciría ver a un *yuppie* de los ochenta asustado porque alguien le informa que la iglesia es corrupta. Como si un joven de los noventa se pusiera a llorar porque le acaban de informar que la política se encuentra llena de trampas. Todo ello ya está arrojado. El denominador común es no creer en nada. Y esto también es noticia vieja. ¿No crees en nada? ¿Y qué tiene de nuevo eso?

IV. Los golpes de la crítica

Una suerte distinta corrió la adaptación de la novela de Chuck Palahniuk, *El club de la lucha*. El motivo puede ser simple: su realizador es David Fincher, creador de videos musicales y anuncios televisivos. Franja en la que se pueden encontrar vanguardias artísticas que no tienen remordimientos morales. Pero también contribuye que la novela se editara por vez primera en 1996 y la película en 1999. Entre la película *Menos que cero* y ésta hay 12 años de separación. Suficientes y repletos de cambios, como para atreverse a utilizar la violencia como vehículo crítico, sin mayor reparo moral.

Sin embargo, las fechas de nacimiento de los realizadores también nos dicen algo. Los temas de ambos libros van dirigidos a una franja

JOSÉ MARIANO LEYVA

generacional específica. Si el lector alcanzó la madurez en los años sesenta, la identificación con la nostalgia por el amor, la inquietud por el exceso de información o el giro narrativo violento de estos autores puede ser descifrable pero tendrá poca relación con su realidad inmediata.

Así las cosas, el trío que logró el éxito filmico *El club de la pelea* ostenta las siguientes fechas de nacimiento: el realizador, David Fincher, 1962; el guionista, Jim Uhls, 1961; y el escritor, Chuck Palahniuk, 1962. Ninguno de ellos pudo vivir con mente madura el mayo del 68. Son una generación post-ideológica. Forman parte de la Generación X, en la medida que Douglas Coupland nació en 1961.

El realizador que nos dio el bodrio filmico *Menos que cero*, nació en 1952 y el escritor Bret Easton Ellis nació en 1964. Kanievska todavía conoció el final de la época ideológica, los ochenta llegaron en su década de treintañero. No lo imagino viendo MTV. Es diez años mayor que la Generación X, mientras que el autor de la novela es casi post Generación X. Del *staff* de ambas películas, el mayor es Kanievska y el menor es Ellis. Sin embargo, tal vez todo sea culpa de la precocidad de Bret Easton Ellis, cuyo *Menos que cero* fue un éxito a sus 21 años.

30 | Vayamos entonces con *El club de la lucha*. La historia traza a tres personajes: el narrador y personaje principal,¹⁸ Tyler Durden y Marla. Entre ellos existe un triángulo amoroso, aunque el delta no lo sea tanto, porque el narrador y Durden son la misma persona. El primero es un hombre ordenado que no cesa de recordar la 'buena persona' que era. El segundo está harto de tanto orden. Repudia la nueva vida donde, en vez de ver revistas pornográficas, el pro hombre explora los catálogos de IKEA. Está harto del mundo donde los grupos de apoyo para cancerosos, tuberculosos, enfermos terminales, tienen la exclusividad del calor humano. El mundo donde nadie cumple sus sueños porque deciden sacrificarlos y ceñirse a la seguridad. El flamante sitio colmado de aburrición.

¹⁸ Que en la novela carece de nombre propio, alentado la identificación.

La consecuencia del hartazgo es la creación de clubes de pelea cuyo único propósito es confeccionar escapes caóticos esporádicos. Desfogar la frustración de la quimera moderna. Pero estos clubes pronto se vuelven un consorcio que también administra el caos en la ciudad. El proyecto Mayhem¹⁹ busca desquiciar a la ciudad. Contrarrestar el nocivo orden y la patológica seguridad.

A pesar del excelente bordado de Fincher, existen algunos huecos en el filme. En éste, el cerebro que imagina y organiza es Tyler Durden. En la novela todos contribuyen. Es Marla por ejemplo, quien descubre que la grasa humana es la mejor para elaborar jabones o crear inyecciones de colágeno para los labios. Palahniuk reparte la culpa entre todos sus personajes. Con ello, la historia final no es la de un hombre con personalidad múltiple, sino la de un mundo donde la violencia es una necesidad. Sin embargo, la escena del filme donde el narrador y Durden roban grasa humana de los desperdicios de un hospital resulta asaz representativa. La orden de Tyler es clara:

Nuestra meta son las grandes bolsas rojas de grasa de liposucción que llevaremos de regreso a la calle Papel y las mezclaremos con lejía y romero y se las venderemos de regreso a la misma gente que pagó por que se la sacaran. A veinte dólares la barra, ellos son los únicos tipos que pueden pagarlo.²⁰

La efigie casi antropófaga del autor puede repugnar. Es parte de la maquinación. Pero no es el fin último. ¿Qué propósito se persigue con la imagen de señoras inyectándose grasa humana en sus labios?

¹⁹ La palabra “Mayhem” se traduce como “mutilación criminal de una parte del cuerpo de otra persona”, sin embargo, de forma coloquial es sinónimo de caos. “*Something is in mayhem*”: algo es desastroso. Pero el nombre de ese proyecto sólo difiere en una letra del apellido del periodista británico Henry Mayhew (1812-1887), fundador de la revista *Punch (Golpe)*, que también tiene una obra en cuatro volúmenes de nombre *Labour and the London Poor (El trabajo y el Londres pobre)*, con claras tendencias anarquistas. Palahniuk declaró haber utilizado algunas travesuras de amigos suyos que eran meseros y anarquistas para darles un propósito más concreto en su historia.

²⁰ Chuck Palahniuk, *The Fight Club*, 2003, London, Vintage, p. 150. Traducción mía.

¿Adónde se quiere llegar con el retrato de una mujer bañándose con su propia grasa? La violencia descrita no es patrimonio exclusivo de Palahniuk. En una realidad instaurada desde antes, resulta punto menos violento que las mencionadas señoras se inyecten grasa, se quiten grasa, se estiren la piel y se corten el sobrante. No es grasa humana con la que se hace el colágeno de las operaciones estéticas, en realidad es grasa de vaca. ¿Cuál es más violenta, la realidad, la ficción?

Y el mundo está lleno de estas apetitosas violencias encriptadas: modelos, actrices, Pamela Anderson. La violencia literaria de Palahniuk sólo dota de una dimensión más amplia la violencia real. Nos muestra el maderamen. Y de cualquier manera Tyler Durden no es la primera persona a la que se le ocurrió hacer jabón con restos humanos.²¹ Que nadie se alarme: en este caso es ficción. El mundo ya está repleto de indiscutible violencia que no nos cansamos de encubrir o poner de moda.²²

Los discursos de Durden para justificar sus proyectos están henchidos de psicología. La *angustia colectiva* siempre está presente. Ese desasosiego que provoca la noción de la muerte, como el motor que impulsa a trascender. Volverse un superviviente, como dijo Elías Canetti. Para el pensador vienés, aquel escape caótico que fundía al individuo con la masa era una reacción a la certeza de muerte. La cólera que provoca la muerte. Chuck Palahniuk extiende su enojo a una civilización pasiva, ignorante y reacia a creer que algún día morirá. La ficticia sensación de seguridad que provoca la abulia. La aniquilación

32

²¹ Es curioso, una vez que terminé de escribir esta idea me di cuenta de que el sistema de autocorrección automática del programa *Word* en español, cambia sin consultar la palabra Tyler por la de Hitler.

²² Como bono extra a la violencia del mundo, en una suerte de prolongación del arte 'provocativo', me topé en el diario *Milenio* (México, 27 de agosto de 2004) la crónica de una *performance* de una artista argentina de nombre Nicola Constantina. En su más reciente entrega, a la mujer se le ocurrió una idea genial: hacer jabones a partir de su propia grasa. Una vez más, la crítica dejó ver su casta *artistique*: la comparación que los aterraba era la de los judíos en los campos de concentración. Interesante: cuando tanto la novela como la película de *Fight Club* salieron, nadie mencionó nada al respecto. Basta cumplir la dupla: artistas de vanguardia-críticos de retaguardia para que el efecto Buena Conciencia se cumpla.

de la necesidad por crear algo, por trascender. “Ésta es tu vida, y está terminando minuto a minuto”, recuerda con tenacidad Durden. Por ello, los personajes son asiduos participantes de los grupos de apoyo de cáncer, tuberculosis, enfisema, sin que se encuentren enfermos: “los funerales no son nada comparados con esto, dice Marla. Los funerales son una abstracta ceremonia. Aquí sí obtienes la experiencia real de la muerte”. Buscan con desesperación ese motor de vida, enfrentando cara a cara a la muerte, odiando la seguridad:

No me quiero morir sin algunas cicatrices. Ya no significa nada tener un cuerpo hermoso. Cuando veo esos coches completamente rojos, recién salidos de la exposición de un coleccionista de 1955, siempre pienso, qué desperdicio.²³

Son personajes que se rebelan frente a una época en la que la expiración de las ideologías y la superabundancia de seguridad tienen anestesiados a los individuos. En la misma queja arremeten contra el ideal del joven confeccionado en décadas pasadas. Ni el pasado ideático ni el futuro utópico se permiten como refugio. “Demasiados jóvenes, no saben lo que quieren”, dice un portero entrado en años al narrador. En los sesenta sí sabían qué querían: inmolarsé por una ideología. “Demasiados jóvenes tratan de impresionar al mundo comprando demasiadas cosas”, dice después el portero. De alguna forma tenían que mitigar la angustia colectiva los *yuppies* de los ochenta ya sin ideología. “Los jóvenes quieren el mundo entero”, dice el mismo personaje. La realidad es que al grueso de los jóvenes de los noventa no les importa mucho el mundo.

Tyler tiene una respuesta dirigida a esas generaciones post-ideológicas, post-ambiciosas, enclavadas en el bienestar y la seguridad, que no orquestan su trascendencia a la muerte. Una respuesta que se convierte en una suerte de edicto contemporáneo. Como toda elegía moderna, viene acompañada de un machacante *beat* en una canción

²³ *Idem*, p. 48.

JOSÉ MARIANO LEYVA

cortesía de los *Dust Brothers*. Un sitio en el que confluyen cine, música y literatura para denunciar el hartazgo:

This is your life, good to the last drop. It doesn't get any better than this. This is your life and it's ending one minute at the time. Only after a disaster we can be resurrected. It's only after you've loosed everything that you're free to do anything. Nothing is static, everything is evolving, everything is falling apart. You're not your bank account. You're not the clothes you wear. You're not the contents of your wallets. You're not your bowel cancer. You're not your grande latte. You're not the car you drive. You're not your fucking Khaki's. You have to give up. You have to realize than someday you will die. Until you know that, you're useless. I say, let me never be complete. I say, may I never be content. I say, deliver me from Swedish furniture. I say, deliver me from clever art. I say, deliver me from clear skin and perfect teeth. You have to give up. You have to give up... Welcome to Fight club. If this is your first night, you have to fight.

Mientras Bret Easton Ellis busca el hartazgo del lector, Chuck Palahniuk implanta una reacción en sus personajes. Los dos usan la violencia como utensilio. Pero Tyler Durden no encarna una salida viable al hartazgo de nuestra época y Palahniuk lo sabe. No es la escapatoria final. Tyler se muestra *cool* todo el tiempo y, más que un personaje creativo, busca con obsesión la catástrofe. Por ello no es el personaje principal. Al final de la novela es eliminado. Tyler Durden es la antesala para reinventar el mundo de otra forma. Es el paso previo (con toda su violencia crítica) de algo más importante.

Poco a poco, el proyecto Mayhem termina siendo un refugio de militantes. No está bien visto emborracharse, cada miembro debe comprar un arma y llevar el dinero de su funeral en sus zapatos. Son activistas peculiares contra toda ideología, salvo aquella engendrada en la esquizofrénica cabeza de su líder. Se acercan a un terrorismo producido esencialmente por su honestidad:

Quería destrozar todo lo bello que jamás tendría. Quemar la selva del Amazonas. Lanzar clorofluocarbonos directo a la capa de ozono. Abrir

las válvulas de desperdicios y destapar los depósitos de petróleo. Quería matar a todos los peces que no podría pagar para comer, y quemar las riveras francesas que nunca vería.²⁴

Una subversión contra toda breve ideología incluyendo al progresismo ecologista que otorga medallas. Contra esos hilos conductores que ignoran procesos más complejos y desgarradores:

Durante cientos de años, los seres humanos han jodido y han tirado basura y se han cagado en este planeta, y ahora la historia espera que yo me ponga a limpiar después de que ya pasaron todos.²⁵

Una mezcla de honesta frustración y redentora brutalidad que resulta más robusta a vivir soñando imágenes publicitarias, mientras limpiamos nuestra conciencia donando unas monedas a Greenpeace y separando la basura. No hay que malinterpretar: probablemente sea necesario salvar la tierra, pero hacer de ello el único hilo conductor, es excesivo. ¿Qué pasaría si el mundo estuviera menos poblado de personas correctas aunque irreflexivas, y más de personas irresponsables aunque reflexivas?

En un acto de irresponsable honestidad, Chuck Palahniuk niega los íconos y prototipos de su generación: la ecología, el progresismo, la seguridad. Los anestésicos que no permiten pensar con nitidez. Que sólo aquietan la conciencia. Ése es el verdadero fin de la violencia en *El club de la lucha*: destruir esos axiomas de civilización impuestos antes de comprender al ser humano. “Lo que tienes que entender es que tu padre es tu modelo de Dios.” Sutiles honestidades que observan al ser humano sin hipócritas muletillas espirituales. “Y si nunca conociste a tu padre, si tu padre huyó o murió o nunca está en casa, ¿qué podemos creer de Dios?”²⁶

²⁴ *Idem*, p. 123.

²⁵ *Idem*, p. 124.

²⁶ *Idem*, p. 140-1.

JOSÉ MARIANO LEYVA

La figura paterna en la familia Palahniuk no es precisamente consoladora. Su abuelo paterno mató a su esposa, luego intentó hacer lo mismo con su hijo quien, escondido bajo la cama, atestiguó el suicidio final del padre. Años después, en 1999, como cumpliendo un destino trazado tiempo atrás, el padre de Chuck Palahniuk fue asesinado por el ex esposo de una amante en las afueras de Spokane, Washington. Su cuerpo fue calcinado. Sólo quedaron identificables los registros dentales.²⁷ Está claro entonces, cuál es el modelo de Dios para este autor.

El arte y la violencia siempre van de la mano. Ambos encierran complejidades que obligan a pensar. No buscan nuestro reclutamiento a favor de alguna causa. ¿Cuántas imitaciones en la vida real existen del proyecto Mayhem? Ninguna. Ello, a pesar de que *El club de la lucha* es un recetario para lograr con éxito un desastre. ¿Cómo hacer NAPALM? Se mezclan por partes iguales jugo de naranja congelado y gasolina, o se revuelve arena para gatos y gasolina hasta que la mezcla resulte espesa. ¿Cómo crear un explosivo? Con “permanganato de potasio mezclado con azúcar en polvo. La idea es mezclar un ingrediente que se consumirá muy rápido con un segundo ingrediente que suplirá con el oxígeno suficiente para lograr que se queme. Esto se quema tan rápido que resulta en una explosión”.²⁸

Sin embargo, después de que la película saliera, el Departamento de Defensa de Estados Unidos enroló a David Fincher, entre otros directores de cine, para prever posibles ataques terroristas. No buscó al escritor de ideas raras, sino al realizador filmico. ¿Quién resulta más inocente? ¿El gobierno o las mentes influenciables? Pero los proyectos de Tyler Durden tienen una diferencia diametral con cualquier secta: van contra de las ideas fanáticas, de cualquier ideología. Todo es parábola. Una ficción violenta que nos permite elucubrar el presente con vistas en su pasado:

²⁷ Chuck Palahniuk, *Error humano*, 2005, Barcelona, Mondadori, p. 132-3.

²⁸ *The Fight Club*, op. cit, p. 186.

No tenemos una gran guerra en nuestra generación, o una gran depresión, lo que sí tenemos, es una gran guerra del espíritu. Tenemos una gran revolución contra la cultura. La gran depresión de nuestras vidas. Tenemos una depresión espiritual.²⁹

Palahniuk coincide con Beigbeder. Y los miembros del proyecto arremeten contra la depresión propagada. Durden pide que le entreguen 12 licencias de manejo correspondientes a 12 sacrificios humanos. Las inmoluciones son lo inverso. Consisten en la elección de un ciudadano que sea un irremediable fracaso que haya renunciado a sus sueños. La poesía vendida. Hasta ahí, la tarea resulta muy poco ardua. Luego lo obligan a revertir su situación poniéndole una pistola en la nuca. El caso plasmado en el filme es el de un dependiente en una tienda abierta las 24 horas. Durden predica con el ejemplo. Llega al local, saca su arma y le pide la cartera con sus credenciales. Descubre que el dependiente dejó trunco sus estudios de veterinaria. Durden le advierte con el cañón en su boca. Si no regresa a clases, si no se gradúa como veterinario, regresará para matarlo. Durden inspeccionará su progreso al día siguiente, en un mes, en seis meses, en un año. Si no se convierte en veterinario, si no cumple su sueño, perderá la vida.

La consigna es clara. Nada de que no estudié porque un golpe de suerte me convertirá en un ser famoso. Aquí sólo hay realidad:

Somos los hijos en medio de la historia, educados por la televisión para creer que algún día seremos millonarios y estrellas de cine y estrellas de rock, pero jamás lo seremos. Y apenas estamos comprendiendo esta realidad, dice Tyler. Así que no nos jodan.³⁰

La amenaza de muerte en los sacrificios humanos, la noción de que algún día desapareceremos, la violencia inyectada, todo el vehemente compendio es útil para levantarse y abandonar la eterna antesala de la

²⁹ *Idem*, p. 149.

³⁰ *Idem*, p. 166.

fantasía. Para dejar de ver con ojos anhelantes esa puerta con el rótulo FAMA Y DINERO, por la que nunca nos harán pasar.

Una espera que produce traumas y desórdenes mentales. “Tyler es una proyección. Es un desorden de personalidad disociada”, dice el narrador, a lo que el desorden en cuestión contesta: “Tal vez eres tú *mi* alucinación esquizofrénica.” Cuando alguien crea una personalidad múltiple, se acerca a la esquizofrenia (conjunción de los términos disociación e inteligencia). La personalidad múltiple nace de un trauma que reparte el peso doloroso en dos o más temperamentos. El trauma que crea a Tyler Durden es provocado por la misma antesala que produce anorexias, bulimias, depresiones, suicidios. Agradecemos al exceso de seguridad. Demos las gracias al sueño de popularidad que jamás se cumplirá. A esa fantasía de certidumbre que sueña que los suicidas sólo pertenecen a una franja específica con una anomalía genética, que eso jamás nos pasará a nosotros. Ignoremos que la tasa de suicidios en las últimas generaciones aumenta a una velocidad vertiginosa. Ignoremos la verdadera violencia.³¹

La estampa final de *El club de la lucha*, como la de *Windows on the World*, es un edificio colapsándose. Pero este edificio es el resultado de un ultrasonido que nos permite ver lo que ocurre en el interior. Ahí están Tyler, el narrador, Marla y los miembros de Proyecto Mayhem. Vemos el interior los personajes. Todos juiciosos de su entorno, todos hastiados. Percibimos la violencia creada, como escape a un mundo

38

³¹ La naturalidad con la que el mundo contemporáneo ve el suicidio, me llegó la semana del 11 al 17 de octubre de 2004 en forma de noticias. En *Milenio*, el día 12 advertí el titular: “Jóvenes japoneses pactan suicidio colectivo por Internet.” Eran dos casos. El primero involucraba cuatro hombres y tres mujeres que rondaban los 20 años, el segundo a dos mujeres de esa misma edad. Ambos grupos habían organizado el suicidio a través de *chats*, inhalaron monóxido de carbono de sus autos. El día 16, en el diario *La Crónica de Hoy*, se refería el suicidio de un niño de 12 años que había obtenido bajas calificaciones. El niño sufría de alcoholismo y resolvió colgarse de una cuerda en su propio cuarto. Esto en la ciudad de México. En el terreno de lo anecdótico, y como consecuencia de lo leído, recordé una discusión estadística que tuvimos mi madre y yo. Ella enumeró a amigos que se suicidaron y yo también. A pesar de la diferencia de edad (mi madre me tuvo a sus 28 años), el número de mis amigos suicidas casi doblaba el de mi madre.

cada vez más parecido a un parque temático. En este sentido, el edificio Parker-Morris que se desploma al final de la novela, resulta mucho más significativo que el WTC. La ficción iluminando la realidad, no la realidad elaborando burda ficción. En uno de los dos casos, la historia sí ha sido expugnada y ha demostrado sus contradicciones.

Como están las cosas, es suficiente que Durden sea consciente de su entorno, aunque no constituya la solución. La violencia sigue manteniendo su espíritu crítico y no se evangeliza como salida práctica. Jamás llega a ser la meta.

Pero hay una coincidencia. Las motivaciones de Tyler Durden para formar un ejército, son las mismas de Chuck Palahniuk, Bret Easton Ellis, Irvine Welsh y Frédéric Beigbeder para escribir. Por eso Tyler desaparece al final de la historia. En el mundo de la ficción está la violencia. En el mundo real, la creatividad. Y probablemente sea ésa la verdadera propuesta factible contra el hartazgo.

La creatividad y la violencia sostienen un nexo en los escritores señalados. Desde dos terrenos distintos (realidad y ficción) se hartan de lo mismo. Lo que asusta a las buenas conciencias es la creatividad más que la violencia. La creatividad descoloca. Es una forma de violencia. La violencia ficticia, la que procede de un arranque de creatividad, se acerca a la única forma viable de un arte que detona estereotipos. La violencia es el único valor que no se puede revindicar, no se puede explotar. Nadie puede aceptarlo como la meta a la que se quiere llegar. La violencia es el único estadio honesto que nos queda. El resto ya lo utilizaron, lo han convertido en palabras huecas, lo han gastado. La violencia, en un mundo de términos relativos, es lo único que sigue manteniendo su fuerza concreta. Sigue siendo contundente. Pero todo ese poder sería imposible si no estuviera la creatividad detrás. Imaginemos entonces una escena imposible, pero que también es real:

Al restaurante *Windows on the World* entra un joven con un traje impecable y lentes oscuros que tapan su mirada de psicótico. Avisa al edecán que es Patrick Bateman y que tiene una reservación en la mesa con la mejor vista del sitio. Minutos después, por la misma puerta, con

JOSÉ MARIANO LEYVA

un ojo morado, tres puntos en la frente y una costilla rota, entra Tyler Durden. Ocupa la misma mesa de Bateman, se sienta frente a él.

–Te imaginaba más parecido a Brad Pitt.

–La imagen no es importante–, contesta con una sonrisa Durden.

Dos figuras más se acercan a la mesa: un joven con atuendo de tenista se presenta, es Bobby Crawford. Regentea un complejo turístico para ancianos de nombre Estrella del Mar. Tras él, apenas levantando la mirada, se encuentra el hombre de mayor edad de todos. Tiene dos libros bajo el brazo, un saco que le queda grande y responde al nombre de Kien.

Una vez sentados, ninguno de los cuatro puede estar quieto. Se analizan. No son familia, pero en la fisonomía del otro descubren algo propio. Patrick Bateman rompe el silencio, una vez más dirigiéndose a Durden:

–¿Por qué vistes de forma deplorable? ¿No sabes que un hombre es lo que viste?

–Nadie es la ropa que usa. Nadie es el contenido de su cartera.

–Si tuviera en mis manos una sierra...

–¿Eres incapaz de explotar si no tienes un artefacto en tus manos?

–Para eso sólo hace falta fuego–, responde Crawford. A Kien le brillan los ojos y recuerda aquellas épocas en que con la masa era suficiente.

–Pero si creas violencia utilizando un artefacto de este mundo, también estás contradiciendo al mundo–, contesta Bateman.

–La contradicción más efectiva es la más sencilla–, regresa Durden.

–Me hablan de un futuro que yo ya temía–, dice Crawford.

–Pero, ¿de qué están hartos?–, pregunta una mesera con sonrisa idiota que lleva varios segundos parada al lado de ellos.

–De tu mundo seguro y aburrido.

–De tus pretensiones por mejorar que sólo prolongan una fantasía que te mantiene estática.

–De tu ignorancia y falta de creatividad.

–De lo único que tienes genuino: tu abulia que sólo es interrumpida por autos veloces, salas VIP y sueños de bodas con médicos o abogados.

La mujer entiende a medias y se va. Ellos se quedan en silencio.

–Yo estoy hartado de los setenta–, replica Crawford, después de pensar unos segundos.

–Yo de los ochenta–, regresa Bateman con la quijada apretada.

–Lo mismo pienso de los noventa–, dice Durden.

–Qué suerte tienen, –se atreve a decir Kien–, a mí lo que me ha hartado es todo el siglo XX.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

LA IGLESIA CATÓLICA Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA, 1913-1920*

*Gabriela Aguirre***

Fin del maderismo e inicio de la lucha por un proyecto social de nación

El 9 de febrero de 1913 el gobierno de Francisco I. Madero enfrentó un golpe de estado cuyo desenlace terminó con su vida. En el levantamiento, los conspiradores liberaron de prisión a Bernardo Reyes y Félix Díaz, quienes con el apoyo de las tropas de la Ciudadela y de los estudiantes de la Escuela de Aspirantes de Tlalpan, pretendieron tomar Palacio Nacional. El plan no se desarrolló como se esperaba debido a que fuerzas leales al gobierno maderista lograron la defensa eficaz de la plaza, aunque en esa acción el general Lauro Villar, uno de los pocos oficiales efectivos y leales, cayó gravemente herido. En el combate murieron el general Reyes y casi doscientos de sus hombres, situación que obligó a Félix Díaz a refugiarse en la Ciudadela.¹

El presidente Madero decidió, en consecuencia, nombrar a Victoriano Huerta como el encargado de combatir la sublevación, a pesar de que la honestidad y lealtad de este general eran bastante dudosas; fue

* El título original es: “La Iglesia católica y la Revolución mexicana 1913-1920: de la persecución a la conciliación”, reducido por razones de espacio.

** Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

¹ Charles C. Cumberland, *Madero y la Revolución Mexicana*, 1984, México, Siglo XXI, p. 267-9.

así como tuvo lugar el sangriento período conocido como “la Decena Trágica” cuyo final aconteció el 18 de febrero, día en que Madero y su vicepresidente Pino Suárez fueron arrestados por el general Blanquet a las órdenes del propio Huerta.

Por su parte, el embajador norteamericano Henry Lane Wilson, actor importante en la caída de Madero, invitó a Díaz y a Huerta a negociar con el objeto de mantener el orden en la ciudad. De esa reunión surgió el “Pacto de la Embajada” o “Pacto de la Ciudadela” en el que se acordó que Huerta ocupara la presidencia provisional con el compromiso de que convocara a elecciones y apoyara la candidatura de Félix Díaz para presidente; además incluyó la promesa de que ambos generales harían todo lo necesario para impedir la restauración del régimen maderista.²

Ante los hechos consumados, Madero y Pino Suárez fueron obligados a renunciar con el ofrecimiento de que se les daría un salvoconducto para abandonar el país, situación que no ocurrió dado que en la madrugada del 22 de febrero fueron asesinados cuando eran trasladados a la Penitenciaría. La versión oficial fue que habían perecido en un tiroteo entre los guardias y un grupo que trataba de liberarlos; en realidad fueron asesinados por dos oficiales a las órdenes de Huerta.³

La consecuencia inmediata a estos sucesos no se hizo esperar: el gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, objetó casi inmediatamente el acceso al poder de Victoriano Huerta considerándolo como un golpe de estado y declaró, por tal motivo, que su gobierno se mantendría independiente del poder central; asimismo, acusó al clero de ser aliado de Huerta por lo que, a partir de entonces, su movimiento asumió una marcada actitud hostil hacia la Iglesia que se manifestaría en una terrible persecución religiosa.⁴ Este anticlericalismo fue compartido

² *Ibid.*, p. 274. Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, 1982, México, Era, p. 131.

³ Cumberland, *op. cit.*, p. 276. Para Katz no sólo Huerta, sino también el embajador norteamericano, Wilson, fueron responsables del asesinato del presidente Madero. Véase Katz, *op. cit.*, p. 135-8.

⁴ Jean Meyer, *La cristiada. 2-el conflicto entre la iglesia y el estado 1926-1929*, 1989, México, Siglo XXI, p. 66-7.

por varios de los revolucionarios que se unieron al movimiento carrancista desplegando, en la práctica, diferentes formas de agresión.

La participación de los católicos y en general de los miembros de la Iglesia en el derrocamiento del régimen maderista es un capítulo que se ha prestado a diversas interpretaciones. Mientras algunos autores sostienen que tanto la jerarquía eclesiástica como ciertos integrantes del Partido Católico vieron con buenos ojos la salida de Madero e incluso apoyaron abiertamente a Huerta, otros consideran que la Iglesia no sólo estuvo al margen de los acontecimientos políticos, sino que los condenó en la prensa.⁵

Sea cual fuere lo ocurrido, lo importante es destacar que para los revolucionarios, con o sin razón, la Iglesia fue cómplice del cuartelazo contra Madero y jugó el papel de aliada fiel del gobierno huertista. Sin embargo, cabría señalar que este anticlericalismo ya existía mucho antes de que estallara la Revolución,⁶ sólo que, en esta ocasión, se presentó con nuevas formas en las que el uso de la violencia fue una constante.

Las razones de este comportamiento fueron diversas: para Berta Ulloa, el anticlericalismo de 1913 tuvo un carácter fiscal y xenófobo;

⁵ Como representantes del primer grupo están Alfonso del Toro y Alicia Olivera quienes aseguran que Huerta recibió dinero del clero a cambio de tolerancia. Por su parte, el segundo grupo lo constituyen escritores católicos como los jesuitas José Gutiérrez Casillas y Gerardo Decorme quienes niegan que la Iglesia haya participado en asuntos políticos. Véase Alfonso del Toro, *La Iglesia y el Estado en México*, 1927, México, Talleres Gráficos de la Nación, p. 360; Alicia Olivera, *Aspectos del conflicto religioso*, 1987, México, INAH, p. 53; Gutiérrez Casillas, *Jesuitas en México durante el siglo XX*, 1981, México, Porrúa, p. 78; Gerardo Decorme, *Historia de la Compañía de Jesús en la República Mexicana*, 1914, p. 4-5 (manuscrito). Un trabajo que analiza en detalle estas posturas e incluso utiliza fuentes nuevas para interpretar la participación de los católicos en el gobierno de Huerta es la tesis doctoral de Laura O'Dogherty. En este estudio la autora plantea tres conclusiones: primera, tanto Victoriano Huerta como Félix Díaz eran vistos por los católicos como una posibilidad de restablecer un régimen de paz y orden; segunda, que la nueva administración significó la restitución de algunos derechos políticos que los católicos consideraban que habían sido conculcados por el régimen de Madero; y, tercero, que el nuevo régimen prometía mejorar la situación de la Iglesia. Véase Laura O'Dogherty, *De urnas y sotanas: el Partido Católico Nacional en Jalisco*, 1999, México, El Colegio de México, tesis doctoral, p. 250-60.

⁶ Desde finales del siglo pasado, los liberales mexicanos habían mostrado su oposición a la Iglesia por medio de las Leyes de Reforma.

los revolucionarios tuvieron la necesidad de conseguir fondos y los obtuvieron confiscando propiedades, exigiendo préstamos forzados, tomando los bienes de los templos, conventos, bibliotecas, etc.; mientras que su carácter xenófobo se manifestó, con la expulsión de sacerdotes, frailes y monjas extranjeros.⁷ Por su parte, Jean Meyer habla de que, si bien las premisas filosóficas del anticlericalismo fueron las mismas que las de los liberales del siglo pasado con los revolucionarios, la oposición a la Iglesia adquirió una violencia y un sectarismo nuevos. El sectarismo se debió al surgimiento de individualidades destacadas y la violencia a la experiencia de las guerras de Reforma.⁸ En este sentido, se debe matizar que no todos los revolucionarios fueron anticlericales y que, los que sí lo fueron, ejercieron diversas modalidades de hostigamiento, según su sentimiento antirreligioso.⁹

⁷ Berta Ulloa, *La Constitución de 1917*, 1983, México, El Colegio de México, p. 424.

⁸ Meyer, *op. cit.*, p. 67.

⁹ Meyer aclara que los zapatistas fueron católicos y, por lo mismo, la Iglesia no fue molestada en esa región. Agrega que cuando todo el Episcopado mexicano estuvo en el destierro, monseñor Fulcheri, quien había sido obispo de Cuernavaca, se refugió en la zona zapatista pues se decía que él era el confesor de Zapata. Para Meyer los villistas tuvieron una postura parecida; las acciones del villismo contra la Iglesia fueron escasas y en su mayoría se debieron a sus generales Fierro y Urbina. Villa —dice Meyer— no compartió jamás los sentimientos de los jacobinos y comprendió muy bien el peligro que había en separarse de la base popular. *Ibid.*, p. 96-7. Sin embargo, esta postura se contraponen con la del jesuita Decorme, quien relata los atropellos de los villistas en la toma de Saltillo en donde el clero sufrió una terrible persecución y en especial los jesuitas. Véase Decorme, *op. cit.*, p. 39. También Alicia Olivera nos habla de que Villa comulgaba con una actitud anticlerical. Véase Olivera, *op. cit.*, p. 57-8. Una opinión más a tomarse en cuenta es la de Katz, quien sostiene que la postura de Villa ante la Iglesia fue ambivalente. Aclara que aunque Villa no fue antirreligioso y probablemente creía en el catolicismo, despreciaba a los curas; su mezcla de tolerancia ante la religión y convicción de que los sacerdotes explotaban a la gente —dice Katz— influyó en su política frente a la Iglesia. Por una parte, tras tomar la ciudad de Saltillo, sometió a los jesuitas capturados a un simulacro de ejecución para forzarlos a pagar un enorme rescate; por otra, cuando ocupó Guadalajara, ordenó que se reabrieran muchas iglesias que los carrancistas habían cerrado. Su periódico *Vida Nueva* atacó a los carrancistas por atentar contra la libertad religiosa cerrando iglesias e impidiendo el libre ejercicio de la religión católica. Finalmente, Katz concluye que la conducta que siguió Villa con la Iglesia pudo procurarles cierto apoyo adicional entre los campesinos, pero no el apoyo de la propia institución eclesiástica. Véase Friedrich Katz, *Pancho Villa*, 1998, México, Era, vol. 2, p. 23-5.

En forma prácticamente uniforme, la historiografía ha señalado a los constitucionalistas como el grupo que más se manifestó en contra de la Iglesia y, dentro de éstos, a los carrancistas. Sin dejar de lado la hostil participación de los obregonistas, gonzalistas, villistas, etc., fue el grupo liderado por Carranza el que encauzó la persecución religiosa en sus diversas modalidades: destrucción de iglesias; profanación de catedrales; destierro de obispos; ejecución de sacerdotes; clausura de templos y escuelas; saqueo y demolición de conventos; promulgación de decretos anticlericales, etc.¹⁰

Los años subsecuentes a 1913 fueron, así, años en los que la Iglesia católica experimentó un fuerte acoso cuyo motivo no puede encontrarse en una sola explicación. Además de un factor de índole económico, la persecución tuvo causas mucho más profundas: algunos revolucionarios atacaron al clero y al catolicismo por su influencia educativa sobre los niños y por su papel histórico en la vida política de la nación. Para el general Francisco Múgica, por ejemplo, había que comenzar por combatir las prácticas ‘más detestables’ como la confesión auricular porque según él era “donde estaba el peligro, donde residía todo el secreto del poder omnímodo que estos hombres negros y verdaderamente retardatarios habían tenido durante toda su vida de corporación en México”.¹¹ Para otros, el catolicismo era ‘un cáncer’, por lo que existían razones sobradas “no sólo para perseguir, sino aún para exterminar a esa canalla que [había] hecho que la sociedad mexicana fuese retardataria”.¹² Todos estaban convencidos de lo “inmoral que era la institución clerical en el país cuyos sacerdotes debían llamarse banda de ladrones, porque no eran otra cosa que estafadores de dinero de los trabajadores para poder enriquecerse y darse una gran vida”.¹³

47

¹⁰ Una descripción detallada sobre la persecución religiosa que sufrieron los jesuitas se encuentra en Decorme, *op. cit.*, p. 25-197; Berta Ulloa ofrece, de manera más breve, algunas referencias sobre el tema, Ulloa, *op. cit.*, p. 424-43; también Meyer cuenta algunas situaciones de la persecución, Meyer, *op. cit.*, p. 71-91.

¹¹ Meyer, *op. cit.*, p. 87.

¹² Esta idea era compartida por los constitucionalistas en general. Véase *ibid.*, p. 88.

¹³ *Ibid.*, p. 88-9. Un ejemplo del anticlericalismo revolucionario se observa en el decreto expedido el 23 de julio de 1914 por Antonio I. Villarreal, en su calidad de gobernador y

Para la mayoría de los constitucionalistas, la Iglesia representó un peligro que había que eliminar, pues su presencia en los ámbitos de la vida social era indiscutible; de hecho, su existencia significaba una competencia real en la que los revolucionarios se encontraban en desventaja; de ahí su actitud hostil y persecutoria. Sus argumentos acusatorios contra el clero católico en realidad obedecían a un sentimiento de inferioridad frente a una institución que mostraba grandes avances en materia social. Esta desventaja se dejó ver en la aplicación de un proyecto social católico en el que laicos y clérigos tenía participación y en el que todos los sectores sociales estaban incluidos. La meta: restaurar el orden social cristiano.

A mediados de 1914, cuando el general Huerta se vio obligado a salir del país ante el triunfo de los constitucionalistas, la Iglesia ya contaba con una serie de organizaciones laicas que fueron su apoyo para fortalecer y difundir su proyecto social. Aunque de reciente creación, estas corporaciones mostraron su eficacia, sobre todo, en los difíciles años de la persecución religiosa. La Asociación de las Damas Católicas Mejicanas [*sic*], la Asociación Católica de la Juventud Mexicana, los Caballeros de Colón y la Confederación Nacional de los Círculos Católicos de Obreros¹⁴ sirvieron de soporte al catolicismo social, en especial, en momentos en los que el clero tuvo muy poco margen de acción.

Con esta base corporativa, entendida como una estructura conformada por diferentes cuerpos sociales, la Iglesia pareció llevar la

comandante militar del estado de Nuevo León. En él, expresaba su determinación de “someter y castigar” al “Clero Católico Romano” por su actuación como “pernicioso factor de desorganización y de discordia”. Por tal motivo, el decreto determinaba, entre otras cosas, el “sometimiento de las escuelas católicas a la autoridad civil”. Véase Gloria Villegas, “Estado e Iglesia en los tiempos revolucionarios” en *Relaciones Estado-Iglesia*, 2001, México, Secretaría de Gobernación, p. 191-2.

¹⁴ La Asociación de Damas Católicas Mejicanas se fundó en el año de 1912; en 1920 cambió de nombre por el de Unión de Damas Católicas. La Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM) nació también en 1912. Los Caballeros de Colón se estableció en el país en 1905 y la Confederación Nacional de Círculos Católicos de Obreros se constituyó a finales de 1911.

delantera con respecto al grupo que pretendía tomar las riendas del país; es decir, mientras los revolucionarios intentaban romper con los esquemas del antiguo régimen porfiriano, la Iglesia se organizaba y se fortalecía, aprovechándose de ello para ganar terreno.¹⁵

A diferencia de la Iglesia, la poca claridad de un proyecto social por el cual los constitucionalistas defendieran su causa se observó desde los inicios de la Revolución, de tal forma que el Plan de Guadalupe con el que Venustiano Carranza, entonces gobernador de Coahuila, se levantó en contra del gobierno central, no contempló demanda social alguna.¹⁶ De hecho, poco antes de que el líder revolucionario lo diera a conocer, manifestó a sus seguidores lo siguiente:

Esta Revolución debe ser sólo, y saberlo todo el mundo, para restaurar el orden constitucional, sin llevar al pueblo, con engaños, a una lucha que ha de costar mucha sangre, para después, si no se cumple, dar lugar a mayores movimientos revolucionarios. Las reformas sociales que exige el país deben hacerse; pero no prometerse en este plan, que sólo debe ofrecer el restablecimiento del orden constitucional y el imperio de la ley.¹⁷

¹⁵ Cabe aclarar que la Iglesia respondió a las acusaciones hechas en su contra con la promulgación de algunas cartas pastorales, entre las que destacó la elaborada en noviembre de 1914, desde La Habana –refugio de algunos preladados–. En ella, además de anunciar que existía “un plan fraguado para aniquilarla”, hacía hincapié en distinguir entre las medidas practicadas por la Iglesia para ayudar a los obreros y las promesas incumplidas e incompetentes por parte de los jefes revolucionarios, quienes “habían pretendido ganarse a los obreros y jornaleros católicos repartiéndoles las sobras de lo quitado a los capitalistas y ricos y halagándolos con decretos arbitrarios sobre jornales”. Véase Villegas, “Estado e Iglesia...”, p. 195-7.

¹⁶ Este Plan, promulgado el 20 de marzo de 1913, desconoció al gobierno “traidor” de Huerta; estableció la formación del Ejército Constitucionalista bajo la dirección de Venustiano Carranza como Primer Jefe, quien una vez conseguido el triunfo, asumiría la presidencia provisional para posteriormente convocar a elecciones generales. Gloria Villegas, *México y su historia*, 1984, México, UTEHA, tomo 10, p. 1331.

¹⁷ Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana*, 1973, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM-Era, p. 195-6. De acuerdo con este autor, para Carranza las reformas sociales no eran el propósito fundamental de la Revolución; éstas debían llevarse a cabo como parte de un proyecto nacional más amplio, una vez que el objetivo primordial se lograra, y éste era la toma del poder. *Ibid.*, p. 198.

GABRIELA AGUIRRE

Poco duró a Carranza mantenerse en esta postura. El 24 de septiembre de 1913 –seis meses después– pronunció un importante discurso en Hermosillo, Sonora, cuyo contenido parecía sugerir la necesidad de ofrecer reformas sociales, por lo que el primer jefe se vio obligado a redefinir su postura:

El Plan de Guadalupe [dijo] es un llamado patriótico a todas las clases sociales, sin ofertas y sin demandas al mejor postor. Pero sepa el pueblo de México que, terminada la lucha armada a que convoca el Plan de Guadalupe, tendrá que principiar formidable y majestuosa la lucha social, la lucha de clases, queramos o no queramos nosotros mismos y opóngase las fuerzas que se opongan, las nuevas ideas sociales tendrán que imponerse en nuestras masas; y no es sólo repartir tierras y las riquezas nacionales, no es el sufragio efectivo, no es abrir más escuelas, no es igualar y repartir las riquezas nacionales; es algo más grande y más sagrado; es establecer la justicia, es buscar la igualdad, es la desaparición de los poderosos, para establecer el equilibrio de la conciencia nacional.¹⁸

En diciembre de 1914, Carranza expidió las “Adiciones al Plan de Guadalupe”, documento que exponía la necesidad de realizar reformas indispensables que garantizaran la igualdad de los mexicanos, entre ellas, la expedición de leyes agrarias para mejorar las condiciones del peón rural, del obrero, del minero y en general del proletariado.¹⁹ Sin embargo, tales medidas obedecieron más a fines políticos que a un proyecto social por el cual se estuviese luchando; en los hechos la facción carrancista necesitaba de un mayor apoyo popular para contrarrestar a las facciones de Villa y Zapata por lo que, las medidas de corte social que el primer jefe empezó a practicar, respondieron a la necesidad de ganarle el terreno a dichas facciones.

En este contexto, Carranza expidió la conocida Ley Agraria de 6 de enero de 1915, cuyo propósito fundamental fue revestir de carácter

¹⁸ Juan Barragán Rodríguez, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista. Primera época*, 1985, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, p. 217.

¹⁹ Villegas, *México y su historia*, p. 1347.

legal las expropiaciones de tierras para dotar a los pueblos, en vez de limitarse a ‘ocupaciones de hecho’ como hasta entonces las estaba llevando a cabo –de manera ilegal– el zapatismo.²⁰ Esta estrategia legalista –dice Arnaldo Córdova– llevó al primer jefe a descalificar políticamente a los zapatistas y a los villistas acusándolos de simples delincuentes: “las facciones que, después de la derrota del huertismo, han combatido al Gobierno Constitucionalista, se han distinguido, a la vez por su falta de orden, o lo que es lo mismo, por la ausencia completa de ley, por la carencia de toda clase de respeto al ajeno”.²¹

Sin embargo, no puede olvidarse, la Ley Agraria del 26 de octubre de 1915 y el Programa de reformas político-sociales de la Revolución aprobado por la Soberana Convención Revolucionaria, definían las reivindicaciones agrarias como la ‘razón íntima’ y la ‘finalidad suprema de la Revolución’ y señalaban como su objetivo específico la reglamentación de los principios del Plan de Ayala para su inmediata aplicación. De acuerdo con Córdova, el Programa fue una respuesta tardía a los grandes problemas políticos y sociales, que llegó cuando el ejército villista había sido destruido por completo y los zapatistas estaban siendo asediados en su propio terreno por los carrancistas. Éste constó de un “Manifiesto a la Nación”, cinco grupos de artículos referentes a ‘la cuestión agraria’, ‘la cuestión obrera’, reformas sociales, reformas administrativas y reformas políticas. Lo importante a destacar es que, si bien los constitucionalistas lanzaron las primeras leyes de reformas sociales, el debate comenzó en la Convención y esas mismas leyes respondieron a la necesidad de ganar la partida a los zapatistas y a los villistas como ya se mencionó.²²

²⁰ Córdova, *op. cit.*, p. 202.

²¹ *Ibidem.*

²² *Ibid.*, p. 165-8. Un análisis más detallado de las sesiones de debate de la Soberana Convención Revolucionaria muestra que la discusión sobre cuestiones laborales (reconocimiento legal del sindicato y derecho de huelga y sabotaje) fue muy intensa y rica en contenido social. Ello nos habla de que los convencionalistas también fueron importantes impulsores de las reformas sociales, cuestión que necesariamente tuvo que influir en el contenido del artículo 123 de la Constitución de 1917. Véase Florencio Barreda Fuentes, *Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria*, 1965, México, Conmemoraciones cívicas de 1964, tomo III, p. 361-79, 387-408 y 439-502.

GABRIELA AGUIRRE

Convencionistas y constitucionalistas promovieron –por causas diversas– reformas sociales de gran trascendencia: salario mínimo, jornada laboral, descanso obligatorio, reparto agrario, etc.; sin embargo, a diferencia de la Iglesia, sus propuestas no tuvieron proyección nacional; así, el movimiento revolucionario estaba dividido y, por lo mismo, no pasaron de ser enunciados con un escaso resultado práctico.

En contraste, la política eclesial, definida en la *Rerum Novarum*, ganaba espacio sin necesidad de recurrir a leyes o a decretos (aunque sí los hubo). Apoyada en su estructura parroquial y organizada en cuerpos sociales (damas católicas, caballeros de Colón, jóvenes y obreros) la Iglesia difundió sus principios de caridad, amor y justicia, con lo cual su respuesta a los problemas sociales y en especial a la difícil situación que vivía el obrero, pareció ser más efectiva que la de los revolucionarios.

En este contexto de lucha de facciones, se logró concretar en febrero de 1915 el “Pacto de la Casa del Obrero Mundial”, mediante el cual los obreros se comprometieron a organizar batallones de lucha que apoyarían al constitucionalismo, a cambio de mejores condiciones laborales; fue así, como ‘de golpe’, que el constitucionalismo triunfó política y militarmente, desprestigiando a la lucha villista y zapatista como lucha revolucionaria.²³

En febrero de 1916, cuando finalmente Carranza, en calidad de presidente provisional, logró establecerse en la ciudad de México, dio marcha atrás a sus reformas sociales mostrando con ello el perfil conservador de su lucha. De este modo, la facción triunfante no fue promotora de un cambio social en el que estuviese contemplado dar una solución al problema obrero y campesino, por lo menos no a corto plazo.²⁴

²³ Córdova, *op. cit.*, p. 204. Sobre el papel que ejercieron los ‘batallones rojos’ y las reformas de tipo laboral que tanto la Iglesia como los revolucionarios plantearon se hablará más adelante en el capítulo IV de esta investigación.

²⁴ Parece ser, a juicio de Arnaldo Córdova, que Carranza temió como a ninguna otra cosa, la posibilidad de que las reformas escapasen al control del Estado. Las reformas siempre fueron para él –dice el autor– un medio de manipulación, una necesidad imperiosa, para mantener el poder que había logrado organizar. *Ibid.*, p. 217.

En este escenario de competencia, donde la facción triunfante de la Revolución pareció estar en desventaja frente a posturas sociales más avanzadas como las que la Iglesia sostenía, tomó consistencia la intención de modificar la Constitución de 1857 y más tarde de crear una nueva. El ala radical del carrancismo dominó el Congreso Constituyente reunido a finales de 1916 en la ciudad de Querétaro, con lo cual el proyecto de reformas propuesto por Carranza no fue aceptado. Este fue considerado muy limitado en algunos aspectos, por lo que los diputados allí reunidos terminaron elaborando una nueva Constitución cuya promulgación tuvo lugar el 5 de febrero de 1917.²⁵

La nueva Carta Magna rebasó las expectativas de Carranza logrando plasmar transformaciones sociales y económicas de gran alcance. Para la Iglesia, esta nueva legislación representó un duro golpe pues

²⁵ Tanto los artículos anticlericales como los de corte social figuraron en el proyecto de reforma de Venustiano Carranza; no obstante, su contenido no pareció satisfacer las expectativas de los diputados encargados de aprobarlos. Por ejemplo, el artículo 3º que tuvo como tema central la discusión de la libertad de enseñanza fue uno de los más debatidos puesto que mientras que en la propuesta del primer jefe sólo se especificaba que la educación laica se daría en establecimientos oficiales, la contraparte expuso la importancia de que ésta se diera también en los particulares. El artículo 24 fue, asimismo, ampliamente comentado habiéndose aceptado prácticamente tal y como Carranza lo formuló; sin embargo, no faltaron voces que propusieron prohibir la confesión auricular al sacerdote de cualquier culto. Esta iniciativa no fructificó por lo que el mencionado artículo decretó la libertad de creencia religiosa y estableció que “todo acto religioso de culto público se celebrase dentro de los templos”. El artículo 130 constitucional fue —a juicio de Rabasa— la expresión máxima o cristalización del anticlericalismo revolucionario pues no sólo incorporó las Leyes de Reforma, sino que incluso fue más allá al establecer la facultad de los estados a “determinar según las necesidades locales el número máximo de ministros de cultos”. Asentó, a su vez, que la “institución denominada Iglesia carecía de personalidad jurídica alguna en tanto que sus ministros serían considerados como personas que ejercían una profesión y sujetos a las leyes de la materia”. Otro elemento nuevo que integró este artículo fue el relacionado con la nacionalidad, estipulando que se requería ser mexicano por nacimiento para ejercer el ministerio. Rabasa aclara, además, que a este artículo el constituyente le añadió dos importantes elementos: uno, que ninguna corporación religiosa o ministro de culto podría establecer o dirigir escuela de instrucción primaria y, dos, que las escuelas primarias particulares se sujetaban a la vigilancia oficial. En cuanto al artículo en materia laboral, el criterio de Carranza fue ampliamente superado por los diputados reunidos en Querétaro, habiéndose elaborado uno nuevo —el 123— intitulado “Trabajo y previsión social”. Véase Emilio O. Rabasa, *El pensamiento político y social del Constituyente 1916-1917*, 1996, México, UNAM, p. 100-15, 124-5 y 127-30.

GABRIELA AGUIRRE

no sólo la limitó en sus facultades más comunes, sino que incluso se apropió —por así decirlo— de su proyecto social por el cual un importante sector del alto clero y miembros distinguidos del extinto Partido Católico parecían haber tenido la delantera.

Desde el punto de vista religioso, el texto constitucional cumplió con las expectativas que los revolucionarios se habían trazado: acabar con el poder de la Iglesia. Por principio de cuentas se reestableció la educación laica (artículo 3); se prohibieron los votos monásticos y las órdenes religiosas (artículo 5); se negó a la Iglesia el derecho a poseer, adquirir o administrar propiedades, así como a ocuparse de establecimientos de beneficencia; todos los lugares de culto fueron considerados propiedad de la nación (artículo 27); quedó prohibido el culto externo (artículo 24); se negó el derecho a los ministros de las religiones a tener injerencia en asuntos políticos y se desconoció personalidad alguna a las iglesias. Y por último, se limitó el número de sacerdotes y se estableció que sólo los mexicanos podían ejercer el ministerio (art. 130).²⁶

54 | Entre las reformas sociales sobresalió el artículo 123 en el que se definieron las relaciones entre el capital y el trabajo, estableciéndose la protección de los intereses de los trabajadores: la creación de los tribunales de trabajo, el mejoramiento de las condiciones laborales y la reglamentación del trabajo de la mujer y de los adolescentes. Además, se garantizó el contrato de trabajo en beneficio del trabajador; se reconoció el derecho de huelga, la libertad sindical, el derecho al descanso dominical, se estableció el requisito del salario mínimo y se limitó la jornada laboral.²⁷ Estos nuevos planteamientos sociales tuvieron, sin lugar a duda, gran similitud con los propuestos en la dieta de Zamora de 1913 cuando el jesuita Méndez Medina expuso su conferencia sobre “La cuestión social en México”.

En ese entonces los temas principales del artículo 123 fueron analizados por los católicos allí reunidos y considerados como los

²⁶ Para mayores detalles sobre los artículos anticlericales véase Ulloa, *op. cit.*, p. 452-65.

²⁷ Villegas, *México y su historia*, p. 1354. Una versión completa del artículo 123 se encuentra en Ulloa, *op. cit.*, p. 333-7.

principios básicos por los que se debía luchar para atender el problema social; entre ellos podemos considerar la jornada máxima, el salario mínimo, el descanso obligatorio, la creación de tribunales de conciliación y arbitraje, los seguros e indemnizaciones, la prohibición del trabajo nocturno a mujeres y niños y, tal vez uno de los más importantes, el derecho de asociación profesional entre los obreros. Cuatro años después los constitucionalistas los adoptaron como suyos en este artículo que fue de gran importancia pues recuperó el sentido social de la Revolución; después de varios años de guerra, parecía que la recompensa llegaba a campesinos y obreros.²⁸

Con la Carta Magna quedaba claro que la legislación era la vía más adecuada para enfrentarse al poder eclesiástico, sobre todo si tomamos en cuenta que, por el momento, el grupo en el poder carecía de los medios económicos para obstruirlo. De esta manera, la nueva Constitución vino a cerrar un ciclo (iniciado en 1913) en el que la Iglesia experimentó persecución y hostigamiento y cuyo efecto más visible no sólo fue el saqueo, destrucción y cierre de templos sino, incluso, el destierro y dispersión de los principales miembros de la jerarquía eclesiástica y del clero en general. Pese a ello, como ya se dijo, la Iglesia logró sobrevivir —en gran medida— gracias al papel que los grupos laicos ejercieron en circunstancias tan difíciles para ella.

55

El carrancismo y el clero católico

Si bien el balance de la Revolución fue negativo para el clero católico, éste no lo perdió todo: el destierro, la persecución, el robo, la profanación y, finalmente la propia Constitución de 1917, afectaron fuertemente sus intereses, sin embargo, en cierto sentido lo fortalecieron.

²⁸ Entre los autores que señalan la existencia de una correlación entre el artículo 123 constitucional y los postulados expresados en la dieta de Zamora se encuentran: Decorme, *op. cit.*, p. 16 y Ulloa, *op. cit.*, p. 337. Un estudio comparativo entre este artículo y la política social de la Iglesia lo ofrece Joaquín Márquez Montiel S. J., *La doctrina social de la Iglesia y la Legislación Obrera Mexicana*, 1939, México, Donceles 99 A., Apartado 2181.

El Episcopado en el exilio, localizado básicamente en las ciudades de San Antonio, Chicago, San Diego y La Habana, desarrolló una importante comunicación interna, misma que lo llevó a un proceso de reflexión y autocritica sobre la situación de la Iglesia en México. Esta circunstancia se tradujo, en la práctica, en la búsqueda de mecanismos de acción por parte de la jerarquía católica que permitiesen afrontar de la mejor manera posible la situación adversa que vivía.

Entre las acciones que emprendieron los preladados mexicanos en el exilio, estuvieron las de establecer relaciones cercanas con el clero católico de los Estados Unidos²⁹ y una muy asidua correspondencia con la Santa Sede. Es decir, a lo largo de cuatro años y fracción, tiempo que duró el destierro,³⁰ entablaron una estrecha relación con obispos norteamericanos y con los principales personajes de la curia romana, situación que coadyuvó a su fortalecimiento pues de estas dos instancias recibieron un respaldo importante.³¹

A ello habría que agregar el que se hubiese logrado concretar, aunque fuese en el extranjero, la idea de fundar un seminario interdiocesano con el propósito de no abandonar la formación del clero, profundamente afectado por la clausura de varios de sus seminarios. En esta ocasión el obispo de Tulancingo, Juan de Jesús Herrera y Piña, junto con monseñor Francis Kelly, presidente de la organización *The Catholic Church Extension Society*, fueron los principales promotores

56

²⁹ Entre los preladados norteamericanos que más ayudaron a los mexicanos estuvieron el arzobispo de Chicago, Jacobo Quiegley; el obispo de San Diego, Juan G. Shaw; el obispo Francis Kelly, presidente de la organización *The Catholic Church Extension Society* con sede en Chicago; así como Guillermo Hume, rector de la curia episcopal de San Antonio. Véase Eduardo Chávez Sánchez, *Historia del Seminario Conciliar de México*, 1981, México, Porrúa, tomo II, p. 893.

³⁰ Cabe aclarar que este tiempo no fue igual para todos los preladados; éste dependió de las circunstancias específicas que cada uno afrontó. En términos generales podemos decir que la gran mayoría salió entre 1914 y 1915, habiendo regresado entre 1918 y 1919.

³¹ Chávez Sánchez nos da a conocer una interesante correspondencia entre algunos obispos y arzobispos mexicanos con el clero norteamericano y con el delegado apostólico de México radicado en Washington, monseñor Giovanni Bonzano. A través de ella los preladados se quejaban de la difícil situación que experimentaba el clero católico en México e informaban a detalle su visión de la persecución religiosa. Véase Chávez Sánchez, *op. cit.*, p. 917-26.

de este proyecto, mismo que pudo realizarse a mediados de 1915. El nuevo seminario recibió el nombre de “San Felipe Neri” y se ubicó en un poblado cercano a San Antonio, Texas, denominado Castroville; contó con ciento ocho alumnos inscritos, provenientes de trece diócesis mexicanas de los cuales llegaron a ordenarse de presbíteros cincuenta y nueve.³² Para marzo de 1918 el Seminario dejó de operar por falta de recursos; no obstante, su existencia fue un importante esfuerzo de los preladados residentes en el extranjero para no dejarse vencer ante los tiempos adversos.

A grandes rasgos, podríamos decir que el exilio favoreció la creación de un ‘bloque común’ entre los exiliados y la Santa Sede que, si bien tuvo como principal obstáculo la falta de un territorio donde ejercer las funciones eclesiales, cuando la diáspora terminó, la jerarquía mexicana contó con la capacidad para reasumir su papel y emprender su política social en un lapso relativamente breve.

En este contexto, el Vaticano³³ jugó un papel estratégico al conseguir no sólo el retorno de los preladados a sus diócesis, sino también la reestructuración del Episcopado en su conjunto, nombrando obispos afines a su política social. Si tomamos en cuenta que con la Revolución, la alta jerarquía se desintegró ocasionando, por lo menos, una división entre los preladados en el exilio y los que se quedaron en el país, era de suma importancia para la Santa Sede recobrar el control del clero nacional promoviendo el regreso de los obispos y haciendo los nombramientos para ocupar las vacantes existentes con sacerdotes formados bajo la óptica del catolicismo social. Su objetivo sería constituir un Episcopado con preladados proclives a ejercer la acción social católica para fortalecer la presencia de la Iglesia en el país.³⁴

³² *Ibid.*, p. 903.

³³ Aunque el Estado Vaticano surgió como tal en 1929, se utiliza este término porque así también se denomina la residencia pontificia.

³⁴ Un ejemplo de la división que se dio entre los miembros del clero fue el caso del arzobispado de México. Ante la ausencia de su arzobispo, José Mora y del Río, el encargado de la sede fue Antonio Paredes, nombrado vicario general. De acuerdo con los informes que nos brinda Chávez Sánchez, este prelado entró en conflicto con varios miembros de la

GABRIELA AGUIRRE

De ellos, los más allegados a la postura de Roma eran los exiliados; de ahí el interés del papa Benedicto XV por promover el regreso a sus diócesis.

A la desunión que se dio dentro de la alta jerarquía eclesiástica habría que agregar el fallecimiento de algunos obispos debido a su edad, la deficiente formación de otros o la indiferencia con respecto a los problemas; todo esto dejó ver la existencia de una crisis que sufrió el Episcopado mexicano en su conjunto. Sobre esta situación José María Troncoso, superior de los josefinos, dio su versión a Buena-ventura Cerreti, importante funcionario del Vaticano, cuando le escribió a mediados de 1917:

Quizá [Ud.] mejor que yo conoce al Episcopado y habrá observado que en general es bueno pero adolece de unión, debilidad de carácter, falta de desprendimiento en muchos y de talento práctico en casi todos, para conducir a la Iglesia por el camino que exigen los actuales tiempos y las peculiares condiciones en que ahora se halla la Iglesia mexicana.

Recordará que se hacían grandes fiestas religiosas en México en las que había un verdadero derroche de esplendor inusitado; pero estaba descuidada por completo la instrucción de la clase obrera, la prensa, las escuelas, las misiones entre indios infieles, etc. Es cierto que a últimas fechas se hizo algo y yo mismo procuré dar un impulso a la educación de la clase obrera; pero fue ya tarde cuando la avalancha que se había formado era incontenible.

Por tanto, ya que no es cosa fácil transformar al Episcopado en un momento, quizá mucho podría conseguirse con el nombramiento de un delegado apostólico, cuando las circunstancias lo permitan [...] Este delegado, enérgico, prudente y competentemente autorizado por la Santa Sede, podría ir conduciendo al Episcopado actual para adquirir

jerarquía incluido el propio arzobispo debido a la actitud poco solidaria que, de acuerdo con ellos, mostró hacia los exiliados, actuando de manera independiente e incluso minimizando la persecución religiosa. Por medio de la correspondencia que establecieron monseñor Herrera, obispo de Tulancingo, y Orozco y Jiménez, arzobispo de Guadalajara y, a su vez, entre éste y Mora y del Río, se sabe de las discrepancias que se dieron entre el susodicho vicario Paredes y los obispos en el exilio. Véase *ibid.*, p. 905-9.

este talento práctico para la lucha y formar al futuro episcopado de esta manera.³⁵

El contenido de la carta debió haber llegado a los oídos del Papa pues, apenas se dio la oportunidad, llegó a México monseñor John J. Burke, enviado especial del Vaticano (no en calidad de delegado sino en representación personal), a realizar las gestiones necesarias para conseguir el regreso de los preladados al país y negociar la aplicación de los artículos anticlericales, así como para conseguir la reorganización de la Iglesia.³⁶ Su presencia, registrada en enero de 1919, hasta donde se sabe no causó problemas y de hecho se le dieron todo género de facilidades para viajar e inspeccionar las diversas diócesis por todo el país.³⁷

³⁵ “Carta de José María Troncoso, S. J., Sup. Gral. a Buenaventura Cerreti” citada por Chávez Sánchez. *Ibid.*, p. 917-9.

³⁶ Véase Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México 1896-1930. Bajo el cielo de México 1920-1924*, 1993, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, p. 18-9.

³⁷ La presencia de monseñor Burke en nuestro país y los asuntos que vino a tratar con el presidente Carranza no están del todo claros. Tanto Jean Meyer como Antonio Rius Facius lo citan brevemente en sus estudios. Véase Meyer, *op. cit.*, p. 108-9; Antonio Rius Facius, *La juventud católica y la Revolución Mexicana*, 1963, México, Jus, p. 133. Por su parte, Aurelio de los Reyes ofrece una explicación más amplia de las razones de la llegada de monseñor Burke a nuestro país dejando en claro que tuvo instrucciones expresas del Vaticano de arreglar los asuntos de la Iglesia y su relación con el gobierno. Véase Aurelio de los Reyes, *op. cit.*, p. 18-9. Una postura aparentemente contraria se encontró en la correspondencia de Mora y del Río en la que el arzobispo Leopoldo Ruiz le escribió pidiéndole informes, en nombre de monseñor Kelly, sobre las facultades que monseñor Burke ejerció en el país. El arzobispo contestó diciéndole que dicho prelado no recibió ninguna autorización para arreglar asuntos eclesiásticos o para conseguir el regreso de algunos preladados. Esta negativa de Mora y del Río a reconocer las facultades de Burke en el país puede comprenderse por la peligrosa situación por la que la Iglesia atravesaba; posiblemente el arzobispo no quiso evidenciar los trabajos de un prelado extranjero en México (recuérdese el artículo 130). En los hechos, las gestiones de Burke tuvieron resultados; cómo explicar de otra forma que durante su estancia fue que se dio el retorno de los preladados y, más aún, que se dieron nuevos e importantes nombramientos dentro del Episcopado nacional. Véase Archivo Histórico del Arzobispado de México, AHAM; Sacerdotes difuntos; Mora y del Río; correspondencia arzobispado de Michoacán; gaveta 152; carta de Leopoldo Ruiz a Mora y del Río; Morelia, 26 de enero de 1920. Respuesta, México, 29 de enero de 1920.

Era evidente que el clima anticlerical había cambiado por uno de tolerancia y moderación en el cual las normas constitucionales no fueron acatadas, quedando las cuestiones relativas a la nacionalidad de los sacerdotes y su injerencia en asuntos educativos al margen de las prioridades de los funcionarios públicos; de esta forma, la vida religiosa volvió a la normalidad.

La explicación de esta actitud tal vez se encuentre en el hecho de que Carranza nunca estuvo del todo convencido de las disposiciones anticlericales por considerar que en México no se aceptarían pacíficamente.³⁸ Ello lo llevó a presentar al Congreso de la Unión dos iniciativas de reforma constitucional dirigidas a derogar los párrafos séptimo y octavo del artículo 130 referentes al límite en el número de sacerdotes y su nacionalidad; no obstante, ninguna fue modificada.³⁹ De cualquier forma, durante su régimen no se intentó hacer válidos estos preceptos, mostrando en cambio, disposición por aplicar una política de acercamiento con la Iglesia.

Otra razón de esta actitud tal vez se encuentre en el supuesto compromiso que adquirió el primer jefe con el gobierno de los Estados Unidos, en el sentido de garantizar la libertad religiosa, como una de las condiciones que este país le imponía para su reconocimiento oficial; lo que ocurrió desde octubre de 1915 y para entonces (1917-1919) la presión de hacerlo cumplir seguía vigente.⁴⁰

³⁸ La tesis de que Carranza no fue tan radical como el grupo que él representó la sostienen varios autores. Véase Meyer, *op. cit.*, p. 68; Charles C Cumberland, *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas*, 1975, México, FCE, p. 342-4; Francisco Barbosa Guzmán, *Jalisco desde la Revolución*, 1988, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, Universidad de Guadalajara, p. 227-8.

³⁹ La iniciativa decía lo siguiente: "Se derogan los párrafos séptimo y octavo del artículo 130 de la Constitución, que respectivamente dicen: Las legislaturas de los estados únicamente tendrán facultad de determinar, según las necesidades locales, el número máximo de ministros de los cultos. Para ejercer en México el ministerio de cualquier culto se necesita ser mexicano por nacimiento". Véase Meyer, *op. cit.*, p. 108.

⁴⁰ De acuerdo con esta versión, el Secretario de Estado de los Estados Unidos justificó este reconocimiento expresando lo siguiente: "antes de decidirnos a reconocer el gobierno del Sr. Carranza, le han sido pedidas las seguridades del caso en mérito al tratamiento de los religiosos. Y el [gobierno de] Carranza ha hecho la siguiente declaración: los religiosos

En términos generales, la situación de los católicos mejoró: la presencia de la Iglesia aumentó por medio del culto, los obispos regresaron al país, volvieron a establecerse las órdenes religiosas, se llevó a cabo la devolución de templos y, sobre todo, se pudo continuar con la obra de acción social católica.⁴¹

No obstante, una vez más, los problemas de la sucesión presidencial trajeron desajustes y ante el estallido de un nuevo levantamiento, en esta ocasión iniciado por el grupo de Sonora,⁴² el presidente Carranza se vio obligado a abandonar la ciudad con el propósito de establecer su gobierno en Veracruz. En el camino se dio el desenlace: fue asesinado en el poblado de Tlaxcalantongo, cuando descansaba en una humilde choza la noche del 20 de mayo de 1920.⁴³

que no se han mezclado, ni se mezclen en la política activa de la nación, pueden libremente regresar a México, donde encontrarán protección para sus vidas y para sus bienes, y gozarán de completa libertad para continuar atendiendo su obra de religión, sólo que su actividad no se extienda hasta el campo político". Véase Chávez Sánchez, *op. cit.*, p. 897-8.

La influencia norteamericana para evitar que el gobierno mexicano cumpliera con los artículos constitucionales relacionados con la cuestión religiosa también se dejó ver en el informe preliminar que el Subcomité Fall dio a conocer el 20 de mayo de 1919, la víspera del asesinato de Carranza. En dicho documento se recomendaba al senado de ese país condicionar el reconocimiento de Carranza o, en su caso, retirarlo hasta que se derogaran los artículos 130 y 3 constitucionales, mismos que afectaban a los misioneros estadounidenses residentes en México y a sus educadores y escuelas establecidas en el territorio nacional. Mediante este informe quedaba claro que no sólo la Iglesia católica sufría los efectos de la nueva Constitución, sino que también la Iglesia protestante de Estados Unidos, con una cierta presencia en nuestro país, había salido perjudicada con la reciente legislación mexicana. Véase Carmen Collado Herrera, "Del Capitolio a Bucareli: ¿cesión de soberanía o realismo político?" en Ana Rosa Suárez Arguello (coord.), *Pragmatismo y Principios. La relación conflictiva entre México y Estados Unidos, 1810-1942*, 1998, México, Instituto Mora, p. 329-30.

⁴¹ Barbosa Guzmán, *op. cit.*, p. 238.

⁴² Este grupo estaba integrado por Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta, entre otros, quienes elaboraron el Plan de Agua Prieta, dado a conocer el 23 de abril de 1920. En él, básicamente se desconocía al presidente por su imposición y se nombraba como jefe supremo del Ejército Liberal Constitucionalista al hasta entonces gobernador de Sonora, Adolfo de la Huerta. Un aspecto muy importante del plan era que asumía la autoridad de la Constitución vigente, es decir, la recién promulgada de 1917. Véase Álvaro Matute, *Historia de la Revolución Mexicana 1917-1924. La carrera del caudillo*, 1980, México, El Colegio de México, p. 109.

⁴³ Sobre la muerte de Carranza surgieron dos versiones. La primera sostuvo que el Presidente murió balaceado desde fuera del jacal donde se encontraba y la segunda planteó que

GABRIELA AGUIRRE

El vacío dejado por Carranza abrió el espacio para que el grupo de Sonora tuviera acceso al poder; así, a tan sólo diez días del magnicidio, Adolfo de la Huerta tomaba posesión como presidente provisional.

Estas nuevas circunstancias que el país afrontaba, no modificaron las actitudes moderadas hacia la Iglesia que el grupo en el poder venía ejerciendo. En palabras de monseñor Burke, aún de visita en el país, existía la mejor disposición tanto del presidente provisional, de De la Huerta, como del presidente electo, Álvaro Obregón, de que se respetaría la libertad de enseñanza y de religión,⁴⁴ incluso, en un informe que dirigió al Papa, le hizo saber sobre el regreso de los obispos al país —después del exilio forzoso— sugiriendo que era un momento propicio para que se formalizase el envío de un representante autorizado del Vaticano que ayudara a mejorar las relaciones entre la Iglesia y el Estado mexicano.⁴⁵

Pese al escaso tiempo que de la Huerta estuvo en el poder⁴⁶ (seis meses), su postura hacia el clero permitió que la alta jerarquía eclesiástica volviera a tomar las riendas de sus diócesis propiciando un ambiente tolerante que, en definitiva, la Iglesia supo aprovechar. Por el momento, las protestas contra la nueva Constitución se suspendieron, no así los trabajos de acción social católica; éstos continuaron desarrollándose de manera más contundente. Las condiciones estaban dadas para ello.

después de haber sido herido en una pierna, don Venustiano Carranza optó por suicidarse. Véase Enrique Krauze, *Puente entre siglos Venustiano Carranza*, 1987, México, FCE, Biografía del poder/5, p. 161-72.

⁴⁴ “Un delegado de S.S. Benedicto XV viene a México”, *El Universal*, 11 de octubre de 1920, p. 1.

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ Adolfo de la Huerta gobernó en calidad de presidente sustituto del 1 de junio de 1920 al 30 de noviembre del mismo año.

EL AMBIENTE: OTRA CONDICIÓN DEL SER*

*Pilar Chiappa***

Introducción

Desde hace mucho tiempo los seres humanos atestiguamos la consumación de lo que, para la mayoría de nosotros, sólo pertenecía a la ficción. Este proceso, desde la mera ideación hasta la constatación, es tan excitante como abrumador, sobre todo ante los cambios recientes en su aceleración y dirección. Es apasionante encontrar un sumergible *Deep Flight* a la venta y pensar en la posibilidad de protagonizar un viaje submarino de veinte mil leguas, pero desconcierta imaginarse entre los epsilones o, peor, pensar que alguien efectivamente quiera hacer una copia de Arnold Schwarzenegger, aunque sea mediante un personaje cinematográfico.

El hecho es que la tecnología contemporánea casi hace posible *diseñar* un genoma humano. Tan sólo el temor de que esto pueda significar la creación de un ser humano que se comporte *a la medida de otro* nos impone transitar por una reflexión más profunda. Uno de los posibles recorridos inicia con el reconocimiento de que nuestro genoma es una condición para el ser humano. Diversos autores se han aventurado por este camino y han relatado los paisajes que sus miradas han captado. En sus textos hay ciertas coincidencias que van más allá

63

* Este texto forma parte del libro que aparecerá próximamente bajo el título *¿Transformar al hombre? Perspectivas éticas y científicas*, Lizbeth Sagols (coord.), UNAM/Fontamara.

** Investigadora de la rama biomédica C, Departamento de Etología, Dirección de Investigaciones en Neurociencias, Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente.

de los motivos, los matices y las técnicas que muestran la herencia disciplinar de cada autor. Desde mi lectura, la más relevante de tales coincidencias es el reconocimiento de la necesidad de otra condición de ese mismo proceso de formación de un ser humano: el ambiente (una necesidad que cumple el procedimiento de “sincración a través del nervio óptico”¹ en la película protagonizada por el actor ya mencionado). Sin embargo en algunos de estos textos, particularmente en *Las naturalezas humanas* de Paul R. Ehrlich² y en *Genoma humano y dignidad humana* de Juliana González Valenzuela,³ encuentro que la categoría ambiental, a diferencia de la categoría genómica, está descrita de manera profusamente distinta. Además, ambas difieren de la concepción de Richard C. Lewontin, la cual, a mi juicio, presenta múltiples ventajas para la conceptualización de una de las condiciones que posibilitan la diversidad del comportamiento humano, ya sea que éste se despliegue en conglomerados culturales, ya en la singularidad de cada persona. Por ello, considero que la revisión de algunos de los conceptos de ambiente podría dirimir la aterradora sospecha de que el diseño de un genoma sea la materialización de un ser humano a la medida de otro.

64

¹ En la película *The Sixth Day* (del director Roger Spottiswoode, con el guión de Cormac Wibberley y Marianna Wibberley, 2000, Estados Unidos/Canadá), la ‘sincración’ es algo así como una grabación en CD de la memoria de cada persona, desde su nacimiento hasta el momento mismo en que se efectúa; supongo que se trata de un *uploading*, que es el procedimiento que posibilita la transferencia del ‘contenido’ del cerebro a un nuevo ‘soporte’ (ya sea una computadora, ya otro cerebro). Para que un clon sea una verdadera copia y pueda sustituir a la persona clonada debe ser grabado con esta información. El aparato con el que se lleva a cabo es similar a un oftalmómetro y la persona no siente nada. De hecho, la sincración de Adam Gibson, el personaje clonado en la película, sucede mientras él cree que le están haciendo un examen de la vista. La metáfora de la memoria de una persona como una acumulación cronológica de datos en un archivo también está presente en *Paycheck* (del Director John Woo, con un guión de Dean Georganis, basado en el relato del mismo nombre de Philip K. Dick, 2003, Estados Unidos), aunque en esta película la memoria no se transfiere del cerebro humano a un objeto, tan sólo se marca para posteriormente tener una referencia temporal durante el procedimiento de borrado.

² P. R. Ehrlich, *Naturalezas humanas. Genes, culturas y la perspectiva humana*, 2005, México, FCE.

³ J. González Valenzuela, *Genoma humano y dignidad humana*, 2005, Barcelona, Anthropos.

Nociones de ambiente, aclaración de términos

Ambiente y entorno son dos vocablos con los cuales se significa un gran número de entes y de fenómenos tan dispares entre sí como el clima, el tipo de vegetación preponderante en una zona, las clases de animales que viven en un lugar y, para los humanos, hay que añadir entre otros factores, la dinámica familiar, la estrategia educativa, la economía y la política. Para darse cuenta de ello basta usar una de estas dos palabras y convertir en adjetivo al fenómeno, por ejemplo, el ambiente climático o el entorno climático; sin embargo, cuando se intenta significar una condición para el ser humano podría convenir hacer una precisión.

Uno de los diccionarios más acreditados de la lengua española indica:

ambiente. (Del latín ‘ambiens,-entis’, circundante, de ‘ambire’, deriv. de ‘ire’, IR, con el prefijo ‘AMB-’, alrededor.) [...] (3) ‘Atmósfera. Medio.’ [...] Con respecto a una persona, animal o cosa, conjunto de circunstancias y cosas favorables a su desarrollo que los rodean.⁴

En diversas ediciones de otro prestigiado diccionario⁵ se puede constatar que el uso de esta palabra no ha cambiado desde 1726. Aun así, se podría cambiar su significación; una forma es partir de la traducción de su prefijo. *Amb-* se puede traducir como alrededor, que rodea o, incluso, que cerca. No obstante, la traducción puede variar sobre todo si se considera que ambiente pertenece a una familia de palabras que implican por lo menos dos elementos inseparables, tales como *ambiguo*, discutir, o *ambigue*, ambiguo o equívoco.⁶ Es decir,

⁴ María Moliner, *Diccionario de uso del español*, 1979, Madrid, Gredos.

⁵ Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, facsimiles de las ediciones comprendidas entre 1726 y 1984 (<http://buscon.rae.es/ntle/SrvlttGUILoginNtle>); fecha de consulta: 12 de mayo de 2006.

⁶ Guido Gómez de Silva, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, 1985, México, El Colegio de México/FCE.

ambiente puede ser la entidad que pertenece a dos elementos. Creo que la diferencia entre estas dos traducciones es importante. Con la primera, se piensa en lo que está alrededor de los organismos; éstos aparecen rodeados, incluso cercados o constreñidos, por un ambiente. De este modo, nadie dudaría en designar a la selva lacandona como el ambiente *natural* de los monos araña; en cambio, en la segunda interpretación de la palabra ambiente, el verbo *ambire* es un ir y venir dentro de un dominio que pertenece a dos *-ens*, entidades, de ahí el *ambiens*. Así, referir el ambiente de un organismo implica individualizar sus dominios y se vuelve insoluble al organismo. Esto es, el ambiente de un organismo no es todo lo que le rodea y sus límites no sólo están fuera del organismo, por lo cual la designación del ambiente natural de una especie no sería nada fácil.

Alejandro R. Malpartida⁷ también ha intentado describir una doble pertenencia entre los organismos y lo que está fuera de ellos, pero utiliza la palabra entorno. Sus argumentos son similares a aquellos que he venido señalando:

La palabra entorno proviene del griego en, entre y tornos, movimiento circular, con lo cual se da la idea de ‘alrededor de’ [...] ‘lo que rodea’ *permanece en tanto se establece el vínculo*, de manera que es entorno en tanto lo ‘es’ para ‘algo o para alguien’. Así este término tiene desde su origen un sentido más completo [que el de ambiente, medio o medioambiente] en cuanto que vinculante.⁸

He preferido utilizar el término ambiente por tres motivos: 1) En las ediciones sucesivas del *Diccionario de la lengua española*,⁹ las palabras ‘ambiente’ y ‘entorno’ aparecen como sinónimos sólo a partir de 1984; antes, entorno se usaba como sinónimo de contorno o de dobladillo; 2) Malpartida mismo escribe: “[la palabra ambiente] es

⁷ Ecólogo de la Universidad Tecnológica Nacional en Buenos Aires.

⁸ A. R. Malpartida y L. Landeros, “Aproximación a la unidad sociedad-naturaleza: el ecotorno”, *Rev. Chi. Hist. Nat.*, 68, 1995, p. 419-27. <http://www.sintesys.cl/PUBLICACIONES/ECOTOMO.pdf>; fecha de consulta: 17 de enero de 2006; cursivas mías.

⁹ RAE, *op. cit.*

equivalente a circunstante pero en sentido activo”. Creo que este último sentido refiere a una pertenencia contingente que, como explicaré más adelante, podría ser útil en la definición de una condición para el ser humano. 3) Ambiente es una palabra que ha sido objeto de una resignificación similar en las ciencias sociales:

Filósofos, economistas, sociólogos y educadores, al hacer suyas las problemáticas que surgen de la relación del hombre y la naturaleza [...] han ampliado y modificado el significado de ambiente. [...] Esta tendencia ha enriquecido conceptualmente la noción de ‘ambiente’ al ampliar su radio de acción de un estado referente a lo natural, a una interacción y un proceso ‘sociedad-naturaleza’.¹⁰

Tal vez, después de todo, no sea tan importante cuál sea la palabra, sino su significado, porque “las propiedades semánticas de una palabra cambian de época en época; su significado depende de las teorías o ideologías en las que participe discursivamente, así como de las disciplinas o áreas del conocimiento donde se aplique”.¹¹

El entorno en la biología evolutiva

La idea de que los sistemas orgánicos concuerdan con el uso que tienen en un entorno dado (por ejemplo, las alas y el vuelo por el aire) es antigua y ha sido el fermento de explicaciones muy distintas acerca de su origen. Por ejemplo, hay explicaciones que atribuyen el origen de esa concordancia a una intención divina y hay otras explicaciones que refieren a un proceso de cambio paulatino del sistema orgánico en relación con el entorno. En la biología evolutiva contemporánea se toma como punto de partida precisamente una explicación de este último tipo, la darwiniana, la cual atribuye esa concordancia entre los

¹⁰ M. F. Pacheco Muñoz, “El ambiente, más allá de la naturaleza”, *Elementos*, 57, 2005, p. 29-33.

¹¹ *Ibidem*.

sistemas orgánicos y su uso principalmente a los procesos de selección que van sucediendo en el tiempo.¹²

En el resumen del capítulo IV de *El origen de las especies*, Charles Darwin escribió:

Si bajo las condiciones variables de vida los seres orgánicos presentan diferencias individuales en casi todas las partes de su estructura, y esto no puede negarse; si debido a su proporción geométrica de incremento hay una intensa lucha por la vida en alguna edad, estación o año, y esto tampoco puede negarse; entonces, considerando la infinita complejidad de las relaciones de todos los seres orgánicos entre sí y con sus condiciones de vida, por la cual resulta ventajosa para ellos una infinita diversidad de estructura, constitución y hábitos, sería extraordinario que no hubiesen surgido nunca variaciones útiles para el bienestar de cada ser, del mismo modo que han surgido muchas variaciones útiles al hombre. Pero si las variaciones útiles a un ser surgen alguna vez, seguramente los ejemplares caracterizados por ellas tendrán las mejores probabilidades de ser preservados en la lucha por la vida, y debido al fuerte principio de la herencia, tendrán a producir descendientes caracterizados de la misma manera. Este principio de preservación, o la supervivencia de los más aptos, es lo que he llamado selección natural.¹³

68

La explicación anterior y los procedimientos para someterla a prueba requieren que la composición biológica tenga un cierto grado de variabilidad y de heredabilidad, pero no especifica qué es lo que varía (los genes, el desempeño, etc.) ni cómo se hereda esto¹⁴ (una posibilidad sería a través de la reproducción); de hecho, los procesos de selección y de la herencia genética tuvieron un desarrollo inicial-

¹² Uso el plural con referencia a los tres principales procesos de selección: natural, sexual y familiar.

¹³ Charles Darwin, *El origen de las especies*, 1982 (1859), México, Porrúa.

¹⁴ Paul E. Griffiths y Russell D. Gray, "The Developmental Systems Perspective: Organism environment systems as units of development and evolution" en M. Pigliucci y K. Preston (eds.), *Phenotypic integration. Studying the ecology and evolution of complex phenotypes*, 2004, New York, Oxford University Press, p. 409-31. Disponible también en: http://www.uq.edu.au/biohumanities/webpdfs/DS_Perspective.PDF; fecha de consulta: 18 de enero de 2006.

mente independiente. De este modo, la formulación darwiniana desde un principio dejó abierta la posibilidad de empatar los procesos de selección con otras formas de herencia no genética o extragenética, como la modulación conductual que pasa de un organismo a otro mediante alguna forma de aprendizaje social (una adquisición que puede influir en el desempeño biológico, independientemente de que se trate de genotipos distintos o idénticos), o el hecho de que los organismos hagan modificaciones en el ambiente que afectan el desarrollo de otros organismos. No obstante aquella apertura inicial, la investigación sobre la herencia no genética quedó relegada por unas décadas con respecto a la de la herencia genética. Tal vez esto sea una consecuencia de las diferencias relativas en nuestra capacidad para mensurar los componentes biológicos de una población, ya que hoy en día los instrumentos disponibles para medir la variabilidad y la heredabilidad genética¹⁵ son mucho más precisos que aquellos para medir esas mismas características en lo no genético. Sin embargo, también es posible que el problema no haya sido sólo instrumental, sino también conceptual.

Está claro que los procesos de selección dependen estrictamente de los desempeños momentáneos y diferenciales de los organismos en la interacción con un componente del entorno, por lo cual, cualquier factor que modifique esa interacción podría redirigir los procesos. A menudo un proceso de selección inicia con un cambio en el entorno: la presencia de un antibiótico en el entorno de una población de bacterias puede alterar el desempeño biológico de estos organismos, de tal manera que algunas bacterias se desempeñarán mejor que otras, con lo cual, en la siguiente generación, la población de bacterias estará formada en su mayoría por las que hayan heredado la composición que favoreció el buen desempeño ante la presencia de ese antibiótico. Otras veces ocurre un proceso de selección a partir de un cambio en

¹⁵ La heredabilidad genética o determinación genética de un carácter es una partición de la variación fenotípica total en un componente debido a la variación genética y otro componente debido a la variación ambiental.

la composición biológica de algunos organismos de una población. En este sentido es sustancial lo que se considera como composición biológica. Por un lado se puede considerar la parte genética, donde el cambio en la composición biológica estaría dado, por ejemplo, a través de una mutación. Pero, por otro lado, se puede considerar la posibilidad de que los organismos modifiquen su forma de interacción con el entorno por vías extragenéticas, incluyendo la posibilidad de que estas nuevas formas puedan ser transferidas de un organismo a otro, por ejemplo, a través del aprendizaje social. En ambos casos las adaptaciones que los procesos de selección forjan con el tiempo, tal y como las distinguimos en un momento dado, están constreñidas por la concatenación particular de los cambios sucedidos con anterioridad.

Parafraseando a Darwin: si hay variabilidad en la composición biológica¹⁶ de los organismos; si la composición biológica tiene cierto grado de heredabilidad; si la composición biológica asiste las interacciones de los organismos con el entorno; *si la interacción con determinados componentes del entorno está limitada...* Entonces las composiciones biológicas que favorezcan la interacción con determinados componentes del entorno se heredarían en mayor proporción que aquellas composiciones que asistan los desempeños perjudicados. Con lo anterior se podría afirmar que la repetición continuada de estos procesos podría resultar en una cada vez mayor concordancia entre los sistemas orgánicos y su uso en la interacción con un componente del entorno.

Son muchos los autores¹⁷ que, de manera más o menos reciente, hacen énfasis en el potencial evolutivo de la herencia no genética, como los sesgos en las preferencias dietéticas y las conductas aprendidas socialmente, que podríamos definir como la transmisión de formas

¹⁶ Nótese que no califico a esta composición de genética porque, como explicaré más adelante, esto permite incorporar otros elementos biológicos, mas no genéticos, en la herencia con modificación.

¹⁷ Por ejemplo, K. N. Laland, J. Odling-Smee y M. W. Feldman, "Niche construction. Biological evolution and cultural change", *Behavioral and Brain Sciences*, 23(1), 2001, p. 131-46. J. Stamps, "Behavioural processes affecting development: Tinbergen's fourth question comes of age", *Animal Behaviour*, 66(1), 2003, p. 1-13. Griffiths y Gray, *op. cit.*

de interacción con el entorno, y que constituirían propiamente una herencia ecológica. Está claro que entre estos autores hay distintas corrientes. Por ejemplo, algunos de ellos abogan por lo que han llamado “la teoría de sistemas en desarrollo”, la cual sostiene que la unidad fundamental que se somete a los procesos de selección es el ciclo de vida que genera la interacción de un organismo en desarrollo con su entorno; otros son partidarios de la biología evolutiva del desarrollo, la cual retiene que la unidad de herencia es el material genético. Pero de manera general, todos ellos sostienen que se debe encarar la evolución a través de la herencia no genética, sobre todo cuando se refiere a los términos que implican la interacción entre el organismo y su entorno, como los de adaptación, nicho ecológico y fenotipo; los cuales describo a continuación de manera más o menos separada, aunque estén íntimamente relacionados.

Adaptación

En los glosarios de diversos libros de texto sobre evolución de publicación reciente aparecen diversas definiciones de adaptación, tales como “Adaptación: carácter que aumenta la capacidad de un individuo para sobrevivir o reproducirse en comparación con individuos sin el carácter”;¹⁸ o “se refiere a los cambios genéticos que permiten a un organismo sobrevivir y reproducirse en un ambiente específico.”¹⁹ Tales definiciones implican la posesión de genes que son afortunados porque pueden reproducirse más que otros genes en un ambiente dado. El organismo se vuelve un mero portador de variaciones aleatorias que pueden ser las combinaciones afortunadas. Es una visión parcial en la que lo genético está amplificado y sobrepuesto con respecto del desempeño biológico. En un imperio de lo genético los efectos de la herencia extragenética están relegados; sin embargo, el peligro está

¹⁸ S. Freeman y J. C. Herron, *Análisis evolutivo*, 2002, Madrid, Pearson educación.

¹⁹ C. R. Ember, M. Ember y P. Peregrine, *Antropología*, 2004, Madrid, Pearson educación.

PILAR CHIAPPA

en que ahí parecen casi lógicas algunas expresiones espeluznantes acerca de nuestro propio comportamiento, tales como “somos máquinas de supervivencia, vehículos autómatas programados a ciegas con el fin de preservar las egoístas moléculas conocidas con el nombre de genes.”²⁰

Nicho ecológico

Las definiciones de nicho ecológico que se publicaban hace tres décadas, tales como “el estado de un organismo en su ambiente”²¹ o “la posición de un animal en el ambiente, la cual está caracterizada por algo más que el hábitat en el cual esperamos encontrarlo”²² fueron precursoras de una idea más contemporánea según la cual el nicho ecológico es un dominio multidimensional, en el que cada dimensión corresponde a una interacción biológicamente relevante entre la unidad de análisis (un organismo, una población, etc.) y una parte o dimensión de su ambiente (por ejemplo, la interacción entre depredador y presa). Sin embargo, estas definiciones siempre han tenido dos vertientes conceptuales, que fueron bosquejadas en las primeras décadas del siglo XX por Joseph Grinnell y Charles S. Elton y que han sido motivo de controversia desde entonces. De manera escueta, las argumentaciones giran en torno a tres tópicos que remiten directamente a las ideas de Lewontin que describí en el apartado de adaptación: 1) si el nicho es de los ambientes o de los organismos; 2) si se trata de distribuciones y hábitat o del uso de los recursos; y, 3) si lo importante es lo que se observa en la actualidad o las potencialidades no expresadas.²³ Sin embargo,

²⁰ Richard Dawkins, *El gen egoísta*, 1985, Barcelona, Salvat Editores.

²¹ *McGraw-Hill Dictionary of Life Sciences*, 1976, New York, McGraw-Hill Book Company.

²² C. P. Hickman, C. P. Hickman Jr. y F. M. Hickman, *Biology of animals*, 1978, Saint Louis, The C. V. Mosby Company.

²³ Véase, por ejemplo: F. A. Milesi y J. López de Casenave, “El concepto de nicho en ecología aplicada: del nicho al hecho hay mucho trecho”, *Ecología Austral*, 15, 2005, 131-48. M. A. Leibold, “The niche concept revisited: mechanistic models and community context”, *Ecology*, 76(5), 1995, p. 1371-82.

las referencias más comunes al nicho ecológico consideran principalmente la vertiente en la que los organismos ocupan o invaden nichos preexistentes. Stephen J. Gould describió esta forma de explicación evolutiva: “El [...] llenado del barril ecológico: en teoría darwiniana convencional, el organismo propone y el ambiente dispone.”²⁴ En esta visión parcial los organismos pierden grados de libertad para su desempeño biológico, ya que la expresión de sus potencialidades genéticas en circunstancias dadas es independiente de sí mismo, es casi fortuita con respecto de su propio devenir.

Fenotipo

El fenotipo es el resultado de la interacción entre el organismo y el entorno o “el fenotipo [...] es el organismo tal como lo vemos.”²⁵ Actualmente se pueden reconocer tres procesos fenotípicos en correspondencia con el genotipo: 1) el fenotipo estable (como el color de los ojos), el cual es poco modificable a través de la interacción ambiental y tiene una sola expresión dentro del genotipo durante la ontogenia; 2) el fenotipo plástico (como el sexo en algunos reptiles o la identidad del demostrador en el aprendizaje social que se deriva de la ‘impronta’ de los patos al nacer²⁶), el cual es altamente modificable a través de la interacción ambiental y tiene una sola expresión dentro del genotipo durante el desarrollo de un organismo; y, 3) el fenotipo flexible o fenotipo plástico reversible (como el sistema de apareamiento en los macacos bonete²⁷), el cual es altamente modificable a través de la interacción ambiental y tiene muchas expresiones dentro del genotipo

73

²⁴ S. J. Gould, *La vida maravillosa*, 1989-1999, Barcelona, Crítica, p. 230.

²⁵ R. E. Leakey, “Introducción”, en Darwin, *op. cit.*

²⁶ Esto es lo que llamó ‘la impronta’ cuando Konrad Lorenz mostró que los patos en el momento de la eclosión establecen una interacción social de tipo ‘madre-cría’ con lo primero que ven. Él llamó ‘impronta’ a este fenómeno que describe una forma de modulación del aprendizaje social a partir de una primera interacción con el entorno de su nacimiento.

²⁷ A. Sinha, “Not in their genes: Phenotypic flexibility, behavioural traditions and cultural evolution in wild bonnet macaques”, *Journal of Biosciences*, 30(1), 2005, p. 51-64.

durante el desarrollo de un organismo.²⁸ Estas nociones de fenotipo están ligadas a las cualidades diferenciales de cambio en las facetas del entorno en relación con la duración de la vida del organismo: las facetas del entorno que cambian más rápidamente están relacionadas con la flexibilidad fenotípica.

La metáfora de este concepto que, a mi gusto, resalta mejor su carácter de irreductibilidad a uno solo de sus elementos es la de Fedigan²⁹ en la que compara al fenotipo con el área de un rectángulo, donde el genotipo y el ambiente representan la base y la altura: el área es irreductible a la base o a la altura por separado. Sin embargo, aquí nuevamente aparece el problema: las posibilidades del organismo son finitas puesto que están acotadas por el genotipo y por el ambiente; de esta manera el organismo, a pesar de disponer de un espacio de acción potencial no puede transgredir sus límites, por ejemplo, por medio de la creación de nuevas interacciones con su entorno. En esta metáfora, que no considero errónea sino parcial, en última instancia lo que interactúa con el ambiente no es el organismo como un todo, incluso lo que podría ser un fenotipo previo a la interacción, sino el genotipo directamente.

74 El último de estos tres procesos es menos conocido. No obstante, tiene mucha importancia para el estudio del comportamiento, particularmente de la conducta aprendida, tanto en los animales como en los seres humanos; en particular porque está relacionado con la idea de un modelo de regulación ‘hacia abajo’ (en el que el todo afecta sus partes) para los sistemas complejos.³⁰ Tal vez, el reconocimiento de

²⁸ Véase, por ejemplo, R. Dukas, *Cognitive ecology: The evolutionary ecology of information processing and decision making*, 1998, Chicago, The University of Chicago Press; T. J. DeWitt, A. Sih y D. S. Wilson, “Costs and limits of phenotypic plasticity”, *Trends in Ecology and Evolution*, 13(2), 1998, p. 78-81. T. Piersma y J. Drent, “Phenotypic flexibility and the evolution of organismal design”, *Trends in Ecology and Evolution*, 18(5), 2003, p. 228-33.

²⁹ L. M. Fedigan, *Primate paradigms: Sex roles and social bond*, 1992, Chicago, The University of Chicago Press.

³⁰ Véase, por ejemplo, D. T. Campbell, “‘Downward causation’ in hierarchically organized biological systems”, en F. Ayala y Dobzhansky (comps.), *Studies in the philosophy of biology*, 1974, London, McMillan. P. Goujon, “De la biologie à la cognition: La nouvelle épistémologie de la cybérnetique de second ordre”, *Ludus Vitalis*, VII (11), 1999, p. 57-101.

fenotipo flexible ayude a trascender la noción de fenotipo como un resultado hacia una noción de fenotipo como estado.

El ambiente que percibí durante la lectura de *Las naturalezas humanas*

En *Las naturalezas humanas*,³¹ Ehrlich aboga en contra del determinismo genético (la idea de que los genes determinan el comportamiento humano). Sostiene que la naturaleza humana no es una entidad única e invariable, sino que es múltiple y diversa, tanto como la humanidad misma:

La naturaleza humana no es la misma de sociedad en sociedad, ni de individuo en individuo, ni es un atributo permanente del *Homo sapiens*. Las naturalezas humanas son las conductas, creencias y actitudes del *Homo sapiens* y las estructuras físicas cambiantes que gobiernan, sustentan y participan en el funcionamiento mental de cada persona.³²

Sus argumentos, magistralmente presentados, giran en torno al papel que juegan los genes, la cultura y otras facetas ambientales en la conformación de la naturaleza humana. Me permito, con un gran riesgo de equivocarme, presentar sus ideas como un intento por establecer los límites relativos de estas tres fuerzas: una historia genética que ha moldeado nuestros cerebros de una manera gruesa, la cual permite que la cultura y otras facetas del ambiente en el cual crecemos tomen el control de sus detalles más finos y enigmáticos.

En cierto sentido concuerdo con Ehrlich. Me parece que la naturaleza humana es cambiante y, tal vez, incluso podría identificarse con un devenir personal. Sin embargo no concuerdo con él en lo respecta a la acción del entorno (incluyo aquí el entorno social) en este proceso de formación de la naturaleza humana, ya que él está usando el término

³¹ P. R. Ehrlich, *op. cit.*

³² *Ibid.*, p. 31.

PILAR CHIAPPA

de ambiente como aquello que rodea y que constriñe, aunque el autor refiere al comportamiento humano como un fenotipo, un producto de la interacción entre su dotación genética y su medio:

Las contribuciones relativas de la herencia y el medio en varios atributos humanos son difíciles de especificar. Claramente varían de atributo a atributo. Aunque *es esclarecedor establecer que la naturaleza humana es el producto de genes interactuando con ambientes* (externos e internos), por lo general podemos decir poco con precisión acerca del proceso que lleva a los complejos comportamientos de los seres humanos. No podemos repartir la responsabilidad por la agresión, el altruismo o el carisma entre el ADN y la educación. En muchos de estos casos, tratar de separar las contribuciones de la naturaleza y la educación en un atributo humano es algo parecido a separar las contribuciones de lo largo y de lo ancho en el área de un rectángulo, lo cual, resulta, a primera vista imposible.³³

76 | En este párrafo, Ehrlich indica dos elementos en la variación de los atributos del comportamiento humano (genes y ambiente), los cuales tienen orígenes distintos, pero que se vuelven inseparables en una interacción que da lugar al fenotipo. En la ejemplificación acerca de las contribuciones relativas de éstos en el comportamiento, el uso de genes está empatado con el de herencia; en cambio, el ambiente está usado como algo objetivo que ya está ahí cuando inicia el desarrollo de un organismo. Aún así, en diversos apartados del libro, este autor deja claro que la dicotomía gen-entorno es problemática y despliega una visión en la que no sólo el entorno tiene una influencia sobre la expresión genética, sino que las acciones de los organismos también pueden cambiar el medio:

Existe una causa adicional en el porqué la descripción de la dicotomía entre los genes y el ambiente (o, como se plantea a menudo, entre naturaleza y crianza) es tan problemática. El medio no sólo influye en la expresión de los genes (o la impide), sino que también las diferencias

³³ *Ibid.*, p. 22-3, cursivas mías.

genéticas, en su influencia en las acciones de los individuos, pueden cambiar el ambiente de esos individuos. [...] Tanto los genes de una especie como los ambientes en que vive cambian como resultado de las interacciones entre poblaciones y esos ambientes. Otros de la misma especie por lo regular son importantes elementos del medio de cada individuo, en especial en animales altamente sociables que, como los seres humanos, crían a su prole.³⁴

Sin embargo, Ehrlich considera que el organismo particular está limitado en su acción modeladora del ambiente: “aunque los animales pueden moverse y con ello alterar el microclima que sienten, tienen muy pequeño control sobre los factores del macroclima”, y le parece ‘demasiado extrema’ la posición de Lewontin de que los organismos construyen por sí mismos cada aspecto de su ambiente.³⁵ De hecho, Ehrlich atribuye expresamente la acción significativa de los organismos sobre el ambiente a los conjuntos de organismos o poblaciones, no a los organismos individuales.

Si entendí correctamente, Ehrlich parece sostener que si se pudiera tener acceso (registrar, medir, evaluar, etc.) a todos los fenómenos del entorno y a todos los fenómenos genéticos que han sucedido durante una vida humana, finalmente se podrían explicar las variaciones en las naturalezas humanas. Ehrlich aclara que esto es sólo una posibilidad, ya que aunque los fenómenos genéticos son relativamente finitos, los fenómenos ambientales se presentan como una variedad muy vasta, casi infinita. Creo que queda más claro en este párrafo:

La enorme complejidad de nuestros cerebros puede también, en cierta forma, explicar el famoso ‘libre albedrío’. [...] Cada impulso nervioso ocurre con cierta probabilidad, tiene una ‘causa’ y contribuye en uno de una amplia selección probabilística de efectos. Es, entonces, en un sentido probabilístico que cada movimiento que hacemos podría ser predeterminado, pero esas ‘causas’ últimas de las aparentemente libres elecciones que hacemos nunca pueden ser rastreadas, y nunca podremos

³⁴ *Ibid.*, p. 48.

³⁵ *Ibid.*, p. 81, nota 33.

PILAR CHIAPPA

ser conscientes de ellas. Así, *aunque en abstracto no puede haber libre albedrío*, en la práctica los cerebros de los seres humanos han evolucionado de forma que puedan escoger deliberadamente opciones reales y hacerlo en un contexto de opciones éticas.³⁶

En otro momento, Ehrlich reconoce un término que todavía resulta inasible:

Los intentos por separar a la naturaleza de la educación casi siempre han fallado. Aunque he escrito acerca de cómo la forma de expresión de los genes depende del ambiente en el cual se expresan, otra manera de ver el desarrollo de la naturaleza de una persona sería examinar las contribuciones de tres factores: los genes, el ambiente y las interacciones gen-ambiente. No obstante, *aun en condiciones experimentales, donde es posible decir algo matemáticamente acerca de las contribuciones comparativas de la herencia y el ambiente, no se puede hacer por completo, pues hay un 'término de interacción'*. Este término no puede ser descompuesto en naturaleza o educación, porque el efecto de cada una depende de la contribución de la otra.³⁷

78 | El reconocimiento de que el término de *interacción* es inabordable nos deja nuevamente con una incógnita. Personalmente, creo que la idea de ambiente y, consecuentemente, también la idea de proceso fenotípico que subyacen en este párrafo se relacionan con nuestra imposibilidad para abordar dicha interacción. Más adelante desarrollaré mis argumentos.

El ambiente que percibí durante la lectura de *Genoma humano y dignidad humana*

En *Genoma humano y dignidad humana*, Juliana González también aboga en contra del determinismo genético. En su libro se puede leer:

³⁶ *Ibid.*, p. 233, cursivas mías.

³⁷ *Ibid.*, p. 29, cursivas mías.

Las razones fundamentales que invalidan una lectura determinista del genoma humano se cifran principalmente en ese carácter *interactivo* que tienen los genes: interactivos entre sí, y entre ellos y el medio ambiente: el desarrollo de la vida depende de la acción recíproca que ejercen el interior genético y los factores externos, no genéticos; de las influencias mutuas entre lo genético y lo no genético, que son en última instancia decisivas para el curso concreto que tenga cada vida. [...] Las predeterminaciones genéticas son entonces eso, literales predisposiciones, propensiones, tendencias, con mayor o menor fuerza de realización, condicionadas a su vez por el intercambio de información con el entorno. [...] Y tratándose del hombre, ¿qué es realmente su ‘entorno’ o ‘ambiente’, ‘social’ o ‘cultural’? Tratándose del ser humano no se puede soslayar otro factor (del que no suelen hablar los científicos) que también cuenta, que también es interno, no externo, aunque sin duda está por completo inmerso en el entorno social y cultural, sin que tampoco se reduzca a él. Es nada menos que el sujeto de la acción y en especial *el agente moral*.³⁸

Creo que en este caso se trata de un ambiente con el que se puede interactuar y al cual se puede transformar, pero es un ambiente preformado, en cierto modo objetivo, no una entidad del ser:

Pero ha de insistirse en que no son únicamente dos los componentes fundamentales de la interacción: los genes y el ‘ambiente’, la naturaleza y la ‘crianza’ (la educación, la sociedad). **Es necesario descomponer a la vez el componente ‘ambiente’ y ‘entorno exterior’, o introducir un tercer factor ‘mediador’, pero igualmente determinante: El *self*, el yo, el agente moral, el individuo humano, la persona y su capacidad de conciencia y de agencia.** El sujeto no es sólo resultado pasivo del encuentro o la interacción de esos dos polos complementarios: los genes y el ambiente ‘objetivo’. El sujeto es *activo*, determinante de la *acción*; forma parte fundamental tanto del ambiente natural como del social o cultural; es su ‘hacedor’. Es aquí donde se manifiesta esa otra dinámica de interacción decisiva que se formula en términos del sujeto y su mundo. Ese sujeto agente es el meollo; está doblemente determinado, por su

³⁸ González Valenzuela, *op. cit.*, p. 85-6.

PILAR CHIAPPA

legado genético y por su ambiente; pero a la vez *él es el determinante*, puede ser causante él mismo. Es un factor *poiético* y *autopoiético*. Y por eso posee dignidad. Sus actos, en realidad son siempre reflexivos: recaen sobre sí mismo.³⁹

De manera penetrante, González advierte que la necesidad de incluir una tercera condición para el desarrollo de un ser humano, un sujeto de la acción, que por ahora comparto, está ligada con el concepto de ambiente que subyace. Considero fundamental recalcar que González está condicionando la participación de ese tercer elemento, el agente moral, a una cualidad del ambiente: la objetividad. De este modo, se sitúa en una encrucijada y toma una de las dos vías. Estas primeras afirmaciones le permiten más adelante distinguir lo humano a partir de “su carácter inconcluso, imperfecto, siempre posible, siempre contingente”:

El hombre es histórico en su ser mismo. Es ser en proceso. Si algo permite comprender la naturaleza ontológica de hombre son las categorías de posibilidad, ser en potencia, contingencia. Lleva el no-ser en su propio ser; es así, pero puede ser de otro modo. El animal en cambio, es lo que es; tiene un ser definido.⁴⁰

80

El ambiente que percibí durante la lectura de “La evolución”

En los años ochenta del siglo XX, Richard C. Lewontin abordó la injerencia del desempeño del organismo en el cambio ambiental y lo describió así:

El problema más profundo del concepto de adaptación es la idea de un ambiente dado al que se adapta el organismo. Aunque el mundo físico exista independientemente de los organismos que lo habitan, el ambiente

³⁹ *Ibid.*, p. 96; negritas mías, cursivas de la autora.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 102.

de un organismo, su nicho ambiental, no existe sin el organismo que lo define. [...] Entonces, ¿cómo adaptarse a un ambiente que no existe antes de adaptarse a él? Ésta es la paradoja de la adaptación.⁴¹

La paradoja referida en este párrafo relaciona el cambio orgánico con dos ideas: un ambiente inherente al organismo mismo y un entorno preexistente al ser vivo. Lewontin profundizó en esta idea: por una parte, criticó el uso de ciertas metáforas de ajuste para describir el proceso de adaptación (por ejemplo, aquella conocida como ‘llave y cerradura’, donde la adaptación es una solución o llave al problema que impone el ambiente o cerradura); y por otra parte, sugirió la metáfora de la construcción del nicho, en la que “los organismos modelan sus ambientes físicamente y determinan cuáles son los factores del ambiente externo relevantes para su evolución, reuniendo así aquellos factores en lo que nosotros describimos como su nicho.”⁴²

En la imagen convencional los cambios de los organismos en el tiempo son una función del estado de un organismo y sus ambientes en cada uno de los instantes previos. El ambiente actúa sobre el estado existente de los organismos seleccionando del pool de variación aquellos individuos que se adecuan mejor al ambiente. El ambiente en sí mismo también cambia en el tiempo, pero [...] estos cambios no son una función de lo que los organismos están haciendo en cada instante previo. En la imagen alternativa de Lewontin [...] *los organismos y sus ambientes juegan papeles recíprocos en los cambios del otro*. Estos cambios del ambiente en el tiempo son una función del estado en cada instante previo tanto del ambiente como de los organismos evolucionando en ese ambiente.⁴³

⁴¹ R. C. Lewontin, “La evolución”, en J. Núñez Farfán y L. E. Eguiarte (comps.), *Evolución biológica*, 1981/1999, México, Facultad de Ciencias/Instituto de Ecología UNAM-CONABIO, p. 33.

⁴² Lewontin, citado en Griffiths y Gray, *op. cit.*

⁴³ *Ibidem*; la traducción y las cursivas son mías.

PILAR CHIAPPA

Conclusión

Las nociones de ambiente, de interacción entre organismo y entorno, de fenotipo, de nicho ecológico y de adaptación, afectan dramáticamente lo que consideramos natural, biológico o, incluso, cultural; por tanto, modulan también lo que consideramos naturaleza humana.

Pensar en que la relación de los organismos con su entorno no existe la construcción del ambiente dificulta el abordaje de la continuidad filogenética a la que pertenece el ser humano. Asimismo, pensar en un ambiente objetivo, que está allí afuera, facilita la idea de que la mente y todos sus contenidos llegan a un ‘soporte’, como podría serlo el cerebro (una idea relacionada con la sincronización).

Los tres autores brevemente referidos, Ehrlich, González y Lewontin, consideran a la interacción del organismo con su entorno. Sin embargo, en los textos de Ehrlich y González parecería que la interacción del organismo con su entorno no es del todo originaria, se trata de una interacción que se da entre dos términos (un genoma y sus entornos) construidos por separado, los cuales, eventualmente, quedan involucrados en una interacción.⁴⁴ En cambio, para Lewontin el ambiente está construido por el organismo mismo.

Para Ehrlich, el ser humano es distinto del resto de los animales porque está inmerso en un ambiente que es particular por ser extremadamente diverso (el de la cultura). Para González el ser humano es el único organismo que es hacedor del ambiente. Está claro que Ehrlich y González reconocen la necesidad de *algo más*: encontramos un término de interacción en Ehrlich y un agente moral en González. No conozco los pronunciamientos de Lewontin al respecto, pero su visión otorga un desempeño activo del organismo en lo que respecta a la creación de su ambiente.

Considero que enfocar el ser humano implica desenfocar el estar humano, que es, en última instancia, lo que nos atañe. Es decir, el acto de

⁴⁴ Éste es un acertado comentario que hizo Lizbeth Sagols a partir de la lectura de un borrador de este texto.

anclar nuestro ser en alguna de sus condiciones, independientemente de que usemos natura o cultura, conlleva unas pérdidas, como lo sería la ruta que inicia con cada cerebro nuevo, incluyendo el de un clon, y que ofrece un estar completamente novedoso. Por ello, me atrevo a insistir en la cualidad activa de un organismo inmerso en un entorno, aunque sólo sea por medio de su estar.

Finalmente, está claro que las transformaciones que devinieron en lo humano dejaron una huella en su identidad; tan es así que podemos reconocerlo también transitando, por ejemplo, por lo animal, lo cordado, lo mamífero, lo primate y lo homínido. Esto me lleva a la pregunta de que si la apariencia actual de la transformación humana hacia el futuro, insisto, tan excitante como abrumadora, no será en realidad algo ‘natural’.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

ITALO CALVINO. MÉXICO: GASTRONOMÍA Y ANTROPOFAGIA

*Armando Pereira**

Cuando el viajero llega a una ciudad desconocida pone en ejercicio todos sus sentidos a la vez: un cierto tono de luz al final de una calle, el pregón de un vendedor de baratijas, el aroma del aire... En fin: es una especie de estado de alerta en el que espera que nada se le escape. Todo es nuevo allí y cada sonido, cada imagen, un olor, un sabor, todo parece recubrirse de un sentido o una significación especial y distinta de lo que conoce, de lo que hasta ahora le ha sido habitual.

Italo Calvino comienza justamente su relato sobre su viaje a México explicándonos cómo se pronuncia el nombre de Oaxaca: Uajaca, escribe. Y la eufonía de ese nombre perdura a lo largo del día en sus oídos. Se detiene también (¿pero quién, el narrador o Calvino? Dejemos que esa cuestión la resuelvan los especialistas. Yo he preferido conservar en este texto la propia ambigüedad que Calvino guarda en el suyo) frente a una de las paredes del bar del hotel donde se hospeda, el antiguo convento de Santa Catalina. En la pared cuelga un cuadro del siglo XVIII titulado “Las Novicias”. En él

se celebran devotamente vida y muerte de los dos personajes que habían sido, él, el capellán y ella la abadesa del convento [...] La razón por la cual habían sido retratados juntos era el amor extraordinario [...] que

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

ARMANDO PEREIRA

uniera durante treinta años a la abadesa y a su confesor, un amor tan grande [...] que cuando el sacerdote murió, la abadesa, veinte años más joven, en el espacio de un día se enfermó y expiró literalmente de amor [...] para unirse con él en el cielo.¹

El viajero recorre el cuadro lentamente con la mirada, tal vez recuerda ese otro amor religioso que marcó al siglo XVI español, pero sobre todo reflexiona sobre “la gracia un poco torpe del arte colonial”.²

Si lo que escucha y lo que ve son como una suerte de preámbulo, de aperitivo a ese festín de los sentidos que es todo viaje a una cultura distinta de la propia, ese festín se asienta y se consume cuando se pasa a los sabores. No es casual, entonces, que el relato vaya precedido por un epígrafe en el que a partir del *Dizionario dei sinonimi*, de Niccolo Tommaseo, se trate de definir el gusto, y en el que precisamente se pone en contacto el gusto con el *sapere*. Pues probar, degustar, no sólo ver y escuchar, es también otra forma de saber.

Después de una larga semana viajando por el país, el narrador y Olivia, su esposa, llegan a Oaxaca. Hasta entonces, una de las cosas que más les había impresionado del viaje había sido la variedad de sabores –del dulce al amargo, del ácido al fermentado, del agrio al picante– de la cocina mexicana, “una cocina elaborada y audaz, como si apuntara a hacer vibrar las notas extremas de los sabores y a acercarlos en modulaciones, acordes y sobre todo disonancias que se impusieran como una experiencia incomparable, un punto del que no había regreso posible, una posesión absoluta ejercida sobre la receptividad de todos los sentidos”.³ Al llegar a Oaxaca, esa incomparable experiencia gustativa se acentuará aún más.

Olivia trata de informarse con el amigo mexicano, Salustiano Velazco, que los había acompañado durante el viaje, sobre el origen de esas abigarradas recetas que las monjas habían guardado y perfec-

¹ Italo Calvino, *Bajo el sol jaguar*, 1989, Barcelona, Tusquets Editores, p. 37-8.

² *Ibid.*, p. 37.

³ *Ibid.*, p. 39-40.

cionado durante siglos en los claustros de sus conventos. Y lo que le extraña en las respuestas de Salustiano, no es tanto la variedad de especias y condimentos que intervienen en ellas, sino sobre todo el tono de su voz: “bajaba la voz como si nos confiara secretos indelicados [...] o bien las enunciaba con énfasis como proclamas de guerra o bien las insinuaba con malicia como si estuviesen cargadas de quién sabe qué sobreentendidos”.⁴ Pues en todas esas recetas se develaba, como trasfondo, un saber minucioso y ancestral, que reunía “genealogías en las que la descendencia de los conquistadores se mezclaba con la de las princesas indias”.⁵

Se trata, en esencia, del barroco americano que, como lo han señalado ampliamente Lezama Lima⁶ y Alejo Carpentier,⁷ recorre por igual cuadros y catedrales, poemas, paisajes y retablos, y donde ha encontrado tal vez su mejor expresión es en esa profusión de platillos en los que el color se mezcla con el olor y el sabor para armonizar, en el pequeño y circunscrito universo de un plato, esa fiesta de los sentidos que se celebra en la mesa.

Había un desafío en el aire —escribe Calvino—, en ese aire seco y fino de los dos mil metros: el antiguo desafío entre la civilización de América y la de España en el arte de encantar los sentidos con seducciones alucinantes, y de la arquitectura se extendía este desafío a la cocina, donde se habían fundido las dos culturas, o quizá donde la de los vencidos había triunfado, con ayuda de los condimentos nacidos de su suelo. A través de blancas manos de novicias y de manos morenas de conversas, la cocina de la nueva civilización hispano-india se había convertido ella también en campo de batalla entre la ferocidad agresiva de los antiguos dioses del altiplano y la sobreabundancia sinuosa de la religión barroca.⁸

⁴ *Ibid.*, p. 40.

⁵ *Ibid.*, p. 41.

⁶ Cfr. José Lezama Lima, *La expresión americana*, 1969, Madrid, Alianza Editorial.

⁷ Cfr. Alejo Carpentier, *Tientos y diferencias*, 1964, México, UNAM, y *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*, 1981, México, Siglo XXI Editores.

⁸ Italo Calvino, *op. cit.*, p. 42-3.

ARMANDO PEREIRA

La descripción que Calvino hace de algunos de esos platillos que ha probado a lo largo de su viaje por México y especialmente en Oaxaca, obliga a su recatada prosa europea a someterse a la complejidad de la materia que trata de describir, con el objeto de trasmitirle al lector no sólo un sabor, sino también un olor y una imagen visual de ese plato que está a punto de engullir; en suma, una especie de imaginario de la cocina mexicana:

En el menú de la cena no encontramos chiles en nogada [...] sino guacamole (es decir, un puré de aguacate y cebolla para tomar con las tortillas crocantes que se desmenuzan en numerosas lascas y se hunden como cucharas en la crema densa: la pingüe suavidad del aguacate —el fruto nacional de México difundido en todo el mundo con el nombre deformado de *avocado*— acompañada y subrayada por la sequedad angulosa de la tortilla que a su vez puede tener tantos sabores fingiendo no tener ninguno), después guajolote con mole poblano (es decir, pavo con salsa de Puebla, entre tantos moles uno de los más nobles —se servía en la mesa de Moctezuma—, más laboriosos —para prepararlo se necesitan no menos de tres días— y más complicados —porque requiere cuatro variedades diferentes de chiles, ajo, cebolla, canela, clavos de olor, pimienta, semillas de comino, de coriandro y de sésamo, almendras, pasas de uva, cacahuetes y un poco de chocolate) y por último quesadillas (que es otro tipo de tortilla en la que el queso va incorporado a la masa y acompañado de carne picada y de frijoles fritos).⁹

Así, a través de la sensualidad a la que la materia descrita obliga a la prosa de Calvino, leemos y saboreamos una larga y espléndida cena apenas imaginable, una cena de la que nunca quedaremos ahítos.

Sin duda, la palabra clave del texto es ‘sientes’,¹⁰ una palabra que entre signos de interrogación Olivia se la repite al narrador a cada

⁹ *Ibid.*

¹⁰ En la “Nota aclaratoria” que precede a los relatos que conforman *Bajo el sol jaguar*, Esther Calvino explica que el proyecto original de Calvino era escribir un libro, constituido por cinco relatos, que diera cuenta de los cinco sentidos. La muerte de su autor abortó ese proyecto. De los cinco relatos sólo quedaron escritos tres. “Bajo el sol jaguar” está dedicado, esencialmente, al gusto.

bocado, precisamente porque el placer de la mesa no es tanto un placer intelectual sino esencialmente sensitivo. De ahí que Calvino intente crear puentes entre el placer de la mesa y el placer de la cama, dos espacios en los que la razón y el intelecto ceden terreno ante el cuerpo y los sentidos.

Inexplicablemente, desde su llegada a México, las relaciones sexuales entre el narrador y Olivia atravesaban por un período de ‘rarefacción’, de ‘eclipse’, de ‘inapetencia’, algo momentáneo y nada preocupante, según el propio narrador, sobre todo teniendo en cuenta la propia fatiga del viaje, esa enorme cantidad de estímulos culturales a su alrededor que ellos debían absorber y procesar de acuerdo a sus propios códigos y parámetros. Aunque desde los primeros días, al menos deseó que ese ardor creciente en la lengua y el paladar, que le producían los guisos mexicanos, se extendiera a todos sus sentidos, a todo su cuerpo, como si necesariamente un placer llevara a otro y éste a otro más hasta la escenificación, en el cuerpo, de una sensualidad sin límites. “Me equivocaba –dice Calvino–: esta cocina era sin duda afrodisíaca, pero en sí y por sí [...] o sea estimulaba deseos que buscaban satisfacción sólo en la misma esfera de sensaciones que los había engendrado, por lo tanto comiendo platos nuevos que reanimaran y ampliaran esos mismos deseos.”¹¹

Y es que los placeres son intransferibles: una cosa es la cama y otra la mesa, parece puntualizar, no sin un cierto dejo de asombro, el escritor viajero. Así, la complicidad entre los dos viajeros, como la del sacerdote y la monja del cuadro que se habían detenido a contemplar en el bar del hotel de Oaxaca, era casta y autosuficiente, no rebasaba los placeres de la mesa, tal vez en el fondo no necesitaba rebasarlos. “Este es el único modo de viajar que hoy tiene sentido –concluye su reflexión Calvino–: una deglución del país visitado en su fauna y flora y en su cultura [...] haciéndolo pasar por los labios y el esófago.”¹²

¹¹ Italo Calvino, *op. cit.*, p. 46-7.

¹² *Ibid.*, p. 48.

ARMANDO PEREIRA

En Monte Albán, después de cruzar un campo árido, en el que sólo crecían agaves de mezcal y tequila, la pareja de viajeros se detiene ante el conjunto de templos en los que destacan sus enormes escalinatas y las plataformas en las que se celebraban los sacrificios humanos. “Al contemplar esos peldaños tratamos de imaginar la sangre caliente que brotaba de los pechos lacerados por los cuchillos de piedra de los sacerdotes.”¹³ Pero lo que llama la atención especialmente de Olivia, más que las escalinatas y las plataformas, son los bajorrelieves de las paredes de las ruinas: guerreros, prisioneros encadenados, cabezas cortadas de las víctimas, danzantes, sacrificios humanos, mujeres con la vulva abierta en el acto de parir, ritos sangrientos en los que se cruzan la vida y la muerte.

—¿Qué hacían con los cuerpos de las víctimas, con los restos humanos, con las vísceras, que ofrecían a los dioses? —pregunta cautelosa Olivia.

—Los zopilotes, los buitres —contesta el guía—, eran los encargados de limpiar los altares y llevar al cielo las ofrendas.

—¿Los buitres, siempre los buitres? —insiste, ahora ya más decidida, Olivia.¹⁴

Y esa pregunta quedará flotando en el texto y pronunciándose hacia su inesperada resultante final. No será el guía el que la responda: su parquedad rayaba con el horror, con el misterio inscrito en su propio origen. Olivia tendrá que esperar todavía a su regreso al hotel y a su reencuentro con Salustiano Velazco, el amigo mexicano que los había acompañado durante el principio del viaje. Él será un poco más explícito, pero sólo un poco más, tampoco lo suficiente. Olivia vuelve a insistir:

—¿Los buitres, siempre los buitres?

—Quien sabe —balbucea Salustiano—... Los sacerdotes... Eso también formaba parte del rito... A decir verdad poco se sabe... Eran ceremonias

¹³ *Ibid.*, p. 49-50.

¹⁴ *Ibid.*, p. 52-3.

secretas... Sí, la comida ritual... El sacerdote asumía las funciones del dios... por lo tanto la víctima, alimento divino... Repito, son sólo suposiciones... Parece que también participaban los príncipes, los guerreros... La víctima era ya parte del dios, transmitía la fuerza divina...¹⁵

Pero Olivia no ceja:

–¿Y el sabor? Se habrá necesitado condimentos, cosas fuertes...

–Tal vez había que esconder ese sabor –responde en voz baja y desviando la vista Salutiano–. Había que convocar todos los sabores para cubrir ese sabor.¹⁶

La reflexión de Olivia después, cuando cena con Calvino un plato fuertemente condimentado en uno de los restaurantes de la plaza central de Oaxaca, vuelve sobre el tema, pero para darle ahora un giro inesperado a las palabras de Salutiano: “Tal vez los otros sabores tenían la función de exaltar aquel sabor, de darle un fondo digno, de honrarlo.”¹⁷

Ya Bernal Díaz del Castillo, hace casi quinientos años, se había referido a la gastronomía mexicana como un acto de antropofagia ritual. Es célebre, en este sentido, su pasaje sobre el uso del chilmole para sazonar la carne humana:

Y de que ya los tenían arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio, donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos dellos les ponían plumajes en las cabezas, y con unos como aventadores les hacían bailar delante del Huichilobos, y cuando habían bailado, luego les ponían de espaldas encima de unas piedras que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedernal les aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecían a sus ídolos que allí presentes tenían, y a los cuerpos dábanles con los pies por las gradas abajo; y estaban aguardando otros indios carniceros, que les cortaban

¹⁵ *Ibid.*, p. 58.

¹⁶ *Ibid.*, p. 58-9.

¹⁷ *Ibid.*, p. 62.

ARMANDO PEREIRA

brazos y pies, y las caras desollaban y las adobaban, y [...] las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacían borracheras, y se comían las carnes con chimole; y desta manera sacrificaron a todos los demás, y les comieron piernas y brazos.¹⁸

Jean-Marie Le Clézio se ha referido también a ese canibalismo ritual que no fue privativo de los aztecas, sino que, por lo visto, recorrió por igual a los distintos pueblos que habitaron la extensa región que va desde el centro de México hasta las tierras bajas mesoamericanas. Comentando la *Relación de Michoacán*, un libro que el escritor francés compara con la *Iliada*, el *Poema de Gilgámés* o la *Geste d'Arthur*, señala:

Capturado [el gran sacerdote Naca] con una artimaña por Tariácuri, es al punto sacrificado, descuartizado, y los trozos de su cuerpo, cocidos, se envían a cada uno de los enemigos de Tariácuri. El humor macabro de esta historia —continúa Le Clézio—, en la cual la *Relación de Michoacán* nos muestra al Señor Zurumbán comiendo la carne de su dignatario principal y después, sacado de su engaño por un emisario de Tariácuri, tratando de vomitar los trozos ya tragados, es significativo de la importancia del canibalismo ritual entre los purépechas, y debía ser motivo de risa para quienes la escuchaban en otro tiempo, referida por el sacerdote petamuti.¹⁹

Un verdadero festín, una parranda a fin de cuentas, una delirante borrachera de muerte y de sangre extendida y propagada como práctica habitual en las ceremonias religiosas de los antiguos habitantes de México. Sólo que lo que a Bernal Díaz del Castillo le produce horror y representa el más craso signo de la barbarie humana, para Calvino y Olivia, en cambio, no es sino una práctica culinaria generalizada entre los sacerdotes y la nobleza indígena que daría lugar con el tiempo a

¹⁸ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 1983, México, Patria, p. 529-30.

¹⁹ Jean-Marie Le Clézio, *La conquista divina de Michoacán*, 1985, México, FCE, p. 29.

una de las cocinas más complejas, exuberantes y succulentas del mundo, sólo comparable con la china.

El relato de Calvino culmina con la figura emblemática de Chac-mool, “figura humana semitendida, en posición casi etrusca, que sostiene una bandeja apoyada en el vientre [...] en aquella bandeja se ofrecían al dios los corazones de las víctimas [...] todos eran potencialmente sacrificadores y víctimas [...] Podían ser comidos porque ellos comían carne humana”.²⁰

Y esta imagen, con la que el viajero cierra su gastronómico recorrido por la República Mexicana y que parece que nos perteneciera sólo a nosotros, que sólo a nosotros nos definiera, nos hace recordar un pasaje de otro libro de Calvino, a partir del cual esa imagen adquiere una dimensión distinta y quizá mucho más cercana a la verdad: “Al llegar a cada nueva ciudad el viajero encuentra un pasado suyo que ya no sabía que tenía: la extrañeza de lo que no eres o no posees más, te espera al paso en los lugares extraños y no poseídos.”²¹ Es ésta, tal vez, una manera de aceptar que el sacrificio y la antropofagia ritual están en el origen de toda civilización, que nos constituyen a todos, y que la profusión de condimentos que recorre por igual a la cocina de cualquier latitud está ahí, precisamente, para recordárnoslo.

²⁰ Italo Calvino, *op cit.*, p. 66-7.

²¹ Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, 1998, Barcelona, Minotauro, p. 58.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

DIÁLOGO DE POETAS

David Huerta es un poeta excesivo, pero sus excesos casi nunca son un defecto. Desde libros con aspiraciones totalizadoras, como *Incurable*, hasta sus más recientes poemas, recorridos por un aliento clásico de medida que desconcierta, su lírica ha pasado por diferentes momentos sin dejar nunca de ser reconocible en su personalidad. Se trata no sólo de uno de los poetas más importantes de su generación sino que, sin su presencia, sería difícil entender la literatura mexicana actual. Esta “Falsa página de Don Diego” es una buena muestra de ello.

FALSA PÁGINA DE DON DIEGO

David Huerta

La contumacia, la prevaricación y la desmesura no se recatan cuando la infamia las atiza. No lo sabré yo, ¡cuerpo de mí!, que a estas alturas de mi andadura, noramala, tizado por la desvergüenza, me acojo a los sufragios y bendicciones del sagrado para salvarme, todo o en parte, con lo que me queda de pellejo.

Quisieron hacerme un Cartago y dejarme en piltrafa convertido; pero no se les cumplirá el designio: tengo más vidas que un gato, aunque no soy ladrón cual predicán mis maldicientes, y como uno de Algalia más saco el perfume a los azotes y sacudimientos de la ignominia.

96

Nefandos, malencarados y ellos sí pestíferos a fuer de lodo y de corrupciones, no habrán de verme derrumbado y desvanecido en los berenjenales de la calumnia sino en el altozano de mi nombre y figura puestos en luces y honorabilidad.

¿Que de cuántos delitos me acusan? Escúchese la voz de los callejones y las tabernas donde prosperan los estrafalarios propagadores de mis acusaciones.

Ni una vez sola han de probar su dicho contra mí.

Ha de llegar el minuto en que los redarguya y tache de falsos, en que los reduzca a sus perfiles sucios de mentirosos, en que les cante cuatro verdades y ellos callen hundidos entre zarcillos hirientes y fangales de mendacidad y estupor.

Hágase justicia, digo. Mientras tanto me embozo para ir a *maitines* junto a mis hermanos protectores.

PIE DE PÁGINA*

Ana García Bergua**

Niebla y humo

La verdad es que vivimos entre nubes. Sucias nubes, pero nubes al fin, que nos constriñen o nos liberan, abren o cierran como una luz de teatro el horizonte de nuestra vida, haciéndolo de lo más variado. Hay días en que nuestro horizonte abarca un trecho corto y provinciano; nadie puede saber si después del hotel de México hay un precipicio, y como los antiguos, podemos conjeturar infinidad de cosas sobre nuestra ciudad: si es cuadrada, redonda, si acaso la carga una gran tortuga, si deberemos aventurarnos hasta la avenida Revolución o permanecer, prudentes, en las cinco cuadras más cercanas. Otras veces ni a eso llega nuestra cansada visión, y el grisor carcome ya la tienda de la esquina, ya la parada del camión, y nuestra concepción del mundo se vuelve estrecha y brumosa, pensamos incluso cosas feas, y todo se nos aparece con lindes oscuros y siniestros. Esto es porque no vemos nada, y ya los políticos y los empresarios han repetido muchas veces que la falta de visión es la causa de todas las desgracias, aunque nada se haga para atenuar el imperio de nuestra cegadora nube. Al día siguiente –porque en esta ciudad, cuyos límites decide la enorme y ubicua masa de bruma y deyección, hay cambio de estación cada dos horas– el espacio se engrandece, y el Ajusco se revela a lo lejos, pero a la vez cercano, perfilado y contundente, claro y deseado como un postre de crema, y nos damos cuenta de que existe el horizonte, de que existe el mundo, de que hay montañas, hay nieve

97

* Del libro *Pie de página* de próxima aparición en Ediciones Sin Nombre.

** Escritora.

ANA GARCÍA BERGUA

y en el pasto del Ajusco quizás saltan con alegría las cabras o pastan las vacas en el verdor. Y la enormidad de este sitio lleno de edificios se instala en nuestra conciencia y nos devuelve la razón. ¿Qué es esto?, nos preguntamos asombrados, el cabello al viento, ¿cómo hemos llegado hasta allá? No digamos cuando en el otro lado de la ciudad aparecen el Popocatepetl y la Mujer Dormida, y no sólo se abre el espacio, sino también el tiempo, y todo mundo recuerda que su vida es presenciada por volcanes. Pero al cabo de una semana, de la semana más venturosa del año, de nuevo la nube impondrá sus límites, olvidaremos los cerros y su extensión, el color del cielo, y otra vez habremos de preguntarnos de qué tamaño es nuestra existencia, si estrecha y oscura, si mediocre e ignorante: ¿qué habrá después de Tlalpan? ¿Una cañada, un mar embravecido o la noche eterna? ¿Acaso nos carga en sus espaldas un castigado gigante? Y así pasaremos siempre vidas muy variadas, entre grandes revelaciones y entre nubes.

A vuelo de pájaro

98 Desde lo alto de la Torre Latinoamericana quisiera ver el corazón de las vecindades, los patios de los edificios coloniales. Quisiera poseer una mirada entomológica, acuciosa, dominar la cotidianidad indefensa de las personas. Pero no, al contrario, lo que veo desde arriba es un valle de azoteas, un cascarón gris que protege a los de abajo de las miradas altísimas de los helicópteros y los aviones, y las de quienes trepan a las cumbres de los edificios. Perdida ya la calidez de los tejados, la sensualidad de la teja y las terrazas, ha quedado este desierto o este mar de concreto puro, cuyo territorio delimitan las banderas de ropa tendida. Los calzones y las sábanas de las familias son sus estandartes, sus escudos e insignias de honor, y los cuartos de las sirvientas remedan en su asfixia a la estrecha atalaya de los vigías.

En medio de lo más alto y lo pequeño, la ciudad posee sus habitantes del aire: no sólo las sirvientas, también los albañiles, los pintores de anuncios, los limpiavidrios de los grandes edificios. Su privilegio

es escarbar de cerca el interior de las viviendas, ir del corazón a la piel y viceversa. A cambio pagan con la estrechez, con el andamio delgado y frágil, con el peligroso puente de madera o el cuartito oscuro, opresivo, casi siempre castigado con la ausencia de ventanas. Igual es angosta la Latinoamericana y pequeña la escalerilla que conduce al privilegio de los telescopios con que todos buscan primero su propia casa, previa inserción de la ficha de plástico azul. Pero es también amplia la sorpresa de ver este mar gris de banderas y gordos tinacos, que son como el presidente de cada edificio, cubierto todo con una densa y persistente capa de *smog* de la que surgen los edificios altísimos de Reforma o el hotel de México cual tótems en la bruma. Esta costra de arriba cubre más que convenientemente el hormiguero de abajo: tan pequeño, tan diverso y tan inexpugnable que vuelve miopes nuestras pretensiones de águila o de halcón.

El gordo provocador

Perdido ya el encanto ferroviario de los tranvías, nos quedan los muy tristes trolebuses, esos animales grandes, grises y anaranjados que siempre pagan el precio de salirse de una vía espiritual, trazada en el cielo de sus cables. Los pesados trolebuses intentan ser un vehículo libre como todos los demás fierros animados de la ciudad de México. Pretenden rebasar, cerrar el paso a los automóviles de al lado, tomar raudos el carril de alta velocidad. Hasta dan frenazos con sonido de ventosidad para mentar madres, a falta de un claxon hecho y derecho, que tampoco tienen. Pero siempre, si se alejan de más, si el chofer cae en la tentación de rebelarse ante su condición dependiente de marioneta, se les caen los hilos, las antenas, y quedan inermes como un enorme rinoceronte muerto a mitad de la calle. Es increíble con qué furia insultan los demás conductores al afanado chofer del trolebús, cuando tiene que bajarse a engancharle de nuevo las antenas: ¡Pinche trolebús! exclaman, quítate de ahí, como si aparte de un estorbo fuera un anacronismo irreal. Con el trolebús, con el pesado y tardo acto

ANA GARCÍA BERGUA

manual de colocarle las antenas, se agrava la desesperación: no hay automatismo que valga, no hay rapidez, es como si bajara un chofero a colocarle el arnés a su caballo, y además son tan enormes que tapan todo, como las señoras gordas que entran al cine a mitad de la película.

Los trolebuses, además, casi siempre van vacíos. Al parecer la gente desconfía de su tamaño, de su lentitud, de que el chofer tenga la debilidad de rebasar. Los asientos de los trolebuses vienen montados en plataformas, son tronos altísimos y privilegiados de los que se cae como de las ilusiones. Su espacio es sumamente amplio: cuando los conductores frenan de golpe, lanzan a los pasajeros de adelante para atrás, de atrás para adelante, en amplísima pista de patinaje. Como todas las cosas un poco antiguas, son el paraíso de los niños. Además son muy baratos y el chofer siempre da de cambio la monedita de a diez que tanto se desprecia en el microbús, y un boleto que sirve de separador de libros, un *souvenir*. Hay quien dice que no contaminan, pero con los embotellamientos que causan cada que se les corta su nutrición eléctrica, sale humo para aventar para arriba: humo de coche furioso, que es un poco más oscuro.

100 | Algunos tomamos el trolebús, quizá porque le tenemos simpatía a la debilidad humana, a este Sísifo que siempre se rebela contra su destino. Tomamos el trolebús con la esperanza de que gracias a nuestra constancia nunca lo quiten y con él perviva la sombra desterrada de los carruajes, los trenes, los trasatlánticos y los tranvías.

NOTAS

HOMERO: EXCELENCIA ACADÉMICA*

*Mauricio López Noriega***Ἑλλάνων βιοτᾶ δεύτερον ἄέλιον.
AP, VII, 6.

El primero, Helios; Homero —reza el epitafio que consigna Antípatros de Sidón—, segundo sol del mundo griego. La cultura occidental hunde profundamente sus raíces en la panoplia luminosa del pensamiento, del arte y de la ciencia, del cosmos helénico. Arriba, el intrincado sol; abajo, Homero. Si se quisiera expresar en términos posmodernos diríamos que el poeta ciego es el bronceador que permite dejarnos acariciar, sin riesgos fatales como Ícaro, por el esplendor de aquella luz primigenia. Siete ciuda-

des afirmaron ser su cuna; el mismo Antípatros, que su tierra natal era el Cielo y su madre Calíope; otros, que su padre fue un río y su madre una ninfa. ¿Habrás recorrido las Cícladas, las islas de Asia menor, quizá la península de los Balcanes, cantando las gestas de los héroes, los himnos de los dioses, las guerras entre ranas y ratones? Tal vez Homero no existió jamás, sino una escuela de aedos y rapsodas que compusieron las grandes gestas heroicas, presentes en el aire como leyendas vivas; tal vez existió uno extraordinario quien, con gran genio, articuló los poemas: los demás habrían tomado como puntal este ordenamiento, difundiéndolo por el espacio que circunda las bellísimas aguas que tomaron su nombre de un

* Este texto me fue requerido para leerlo ante la Junta de Facultad del ITAM el 27 de abril del 2007; por la premura de tal solicitud me permití utilizar algunos fragmentos previamente publicados.

** Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

rey triste, padre de Teseo, muerto por un problema de comunicación a distancia; o tal vez fueran dos óptimos que habrían generado, respectivamente, la *Iliada*, la *Odisea*.

A mí me gusta pensar en un Homero único, el Poeta; me deleita imaginarlo como un viejo hermoso, con la piel curtida por el sol, sabio, de voz semejante a la de los inmortales, y no sé por qué pero amable, encantador. Quizá por eso no consigo asociarlo con la imagen de mi admirado Borges; ya se sabe: libros más ciego suele dar Borges —Eco sostuvo que llamar Jorge de Burgos al maligno bibliotecario no fue obra del azar—,¹ quien, además de rendirle tributo en muchos textos (pienso en una frase hechicera: *Argos, perro de Ulises*), cayó en la vanidad, comprensible, de equipararse con él en su *Poema de las dones*: “Nadie rebaje a lágrima o reproche / Esta declaración de la maestría / De Dios, que con magnífica ironía / Me dio a la vez los libros y la noche”,² paráfrasis de la *Odisea*: “El heraldo se acercó

llevando al fiel aedo / al que, entre los hombres todos, amaron las musas, / habiéndole otorgado tanto el bien como el mal: / de los ojos privado, diéronle el dulce canto”.³ Un ciego se compara con otro ciego, quien a su vez habla de sí, pues este fiel aedo sin vista no es otro que Demódoco, que endulzara los banquetes del rey Alcínoo en la corte de los feacios. Con Homero estos juegos resultan innumerables, infinitos; Plutarco nunca lo representa ciego, ni son definitivas la etimología de su nombre, la fecha en que habitó la negra tierra (¿750 a. C.?).

Tabula rasa: es la ventaja de ser el primero, el mundo de la literatura era página en blanco; a partir de él, un diluvio florido. En el fondo, desde la época arcaica griega hasta nuestros días fluye, ininterrumpida, la corriente de las palabras dentro del cauce inaugurado por Homero. Como con su historia o leyenda, se podría fabular en forma múltiple con las que de sus poemas se desprenden; por ejemplo, sólo pensando en los personajes femeninos: ‘Criseida: la esclava enamorada’; ‘El diario perdido de Andrómaca’; ‘La perversión de Nausícaa’; ‘El imposible suicidio de Calipso’; ‘Helena y el silencio’. O por ejemplo, los rizados del ciclo troiano; el *Agamenón* de Esquilo,

¹ Umberto Eco, *Apostillas a ‘El nombre de la rosa’*, 1988⁶, Barcelona, Lumen, p. 32: “Todos me preguntan por qué mi Jorge evoca, por el nombre, a Borges, y por qué Borges es tan malvado. No lo sé. Quería un ciego que custodiase una biblioteca (me parecía una buena idea narrativa), y biblioteca más ciego sólo puede dar Borges, también porque las deudas se pagan”.

² Jorge Luis Borges, *Obras completas. II. 1952-1972*, 1989, Buenos Aires, Emecé Editores, p. 187.

³ viii, 62-64.

que da inicio a la única tragedia griega que nos llegó completa —en forma de trilogía—, se inserta en la tradición de los regresos, la mayoría aciagos, de los héroes griegos al terminar la guerra de Troya; fue un verdadero acierto el conseguido por la secuencia de una película, *El señor de los anillos*, en la cual se recupera con habilidad el principio de esta tragedia: desde Minas Tirith, ya sitiada, se encienden una tras otra las almenaras, mensaje de auxilio dirigido al señor de Rohan; así, el vigía nocturno, desde la atalaya del palacio del gran atrida, divisa a lo lejos un fuego que anuncia, precisamente, el retorno del rey;⁴ desde el estrecho de los Dardanelos hasta Micenas la distancia es enorme; Esquilo no duda en participar, de encendida manera, la buena nueva: Ilión, la orgullosa, ha caído; los aqueos regresan a sus tierras.

Pisistrato, el tirano de Atenas, desarrolla una política cultural que incluye, entre los aspectos más importantes, ‘editar’ por vez primera los poemas de Homero; Platón, sin dejar de admirarlo, censura al Poeta en la construcción de su república por motivos técnicos; Aristóteles, más empático, indica que es Homero quien merece mayor alabanza porque sólo él conoce lo que corresponde

a su oficio;⁵ a la postre, será piedra angular para la educación del hombre griego, y latino después.

En Roma, la luna de Occidente, su más alto poeta lo imita en su obra maestra; los primeros seis libros de la *Eneida*, a la *Odisea*; a la *Iliada*, los segundos seis. La grandeza de Virgilio radica en que no se basó en la tradición oral, sino que su obra es por completo factura poética. Se dice que amó a tal punto su *Eneida* que, al final de su vida, quiso quemarla para no legar algo imperfecto a la posteridad. Por fortuna, no lo logró. Ovidio, en las *Tristes*, se pregunta ecuménico, pensando en los dos polos de la mujer: “¿Qué otra cosa es la *Iliada* misma sino una adúltera, / por la cual pelearon amante y marido? / [...] ¿Qué la *Odisea*, sino una mujer requerida por muchos / aspirantes en amor, mientras su esposo está ausente?”⁶ También en otros sentidos leer a Homero es correr riesgos, es abrir la puerta a la nostalgia, a la melancolía de lo perdido, de lo irrecuperable. Esa forma de mirar el mundo se ha extinguido. Ya no es posible concebirla así, pero nos queda su luz.

Homero, boca del cosmos.⁷ Una característica del mundo griego fue la estrechísima relación entre ética y estética, por lo cual, aunque Platón

⁵ Ar., *Po.*, 1448b 34-37.

⁶ Ov., *Tr.*, II, 371-2; 375-6.

⁷ A. P., *ibid.*

⁴ Cfr. A., *A.*, 1-39.

no estuviera completamente de acuerdo, Homero poeta fue también Homero pedagogo. No simplemente un fabulador ni una enciclopedia de artes, ciencias, mitos y leyendas, sino en verdad el primero y más grande creador y formador de la humanidad griega. Así lo reconoce el mismo Platón.⁸ Sólo puede ser educadora una poesía cuyas raíces penetren en las capas más profundas del ser humano y en la que aliente un *ethos*, un anhelo espiritual, una imagen de lo humano capaz de convertirse en una constricción y en un deber. Psicagogía pura, arte con poder ilimitado de conversión espiritual. Jaeger afirma categóricamente que la poesía aventaja a toda enseñanza intelectual y a toda verdad racional pues resulta, y aquí parafrasea a Aristóteles, que la poesía es más filosófica que la vida real y, al mismo tiempo, más vital que el conocimiento filosófico.⁹ Es evidente que no para todas las poesías lo anterior resulta efectivo; de hecho, pocos poemas han tenido esta vigencia, esta fuerza imperecedera. Ni el *Ramayana*, ni la *Epopéya de*

Gilgamesh, ni la épica medieval con poemas como la *Canción de Rolando*, el *Beowulf*, o los *Nibelungos* han llegado a ocupar tal sitio en el espíritu de la humanidad, al menos en Occidente; quizá la *Divina Comedia*, por la profundidad y la universalidad de su concepción del hombre y de la existencia, se eleva en este grado, como también Shakespeare y Goethe. La poesía sólo se encumbra a una validez total en cuanto alcanza el más alto grado de universalidad humana.

Hölderlin, en su poema *Andenken*, dice que “lo que perdura lo fundan los poetas”.¹⁰ El fundador primero es, de manera innegable, Homero. El *pathos* del alto destino heroico del hombre es el aliento espiritual de la *Iliada*. El *ethos* de la cultura y la moral aristocráticas halla el poema de su vida en la *Odisea*. La poesía homérica es una vasta y compleja obra del espíritu que no es posible reducir a una fórmula. Platón, de nuevo, dice que la posesión y el delirio de las musas se apoderan de un alma bendita y tierna, la despiertan y la arroban en cantos y en toda suerte de creaciones poéticas y, en tanto que glorifica los innumerables hechos del pasado, educa la posteridad.¹¹ El solo hecho de mantener viva la gloria mediante

⁸ *R.*, 606 e.

⁹ Para esta sección sigo a Werner Jaeger, *Paideia*, 1967, México, FCE, 1ª. r., p. 48-66. Así lo dicen también, con otras palabras, Ramón Xirau en *Poesía y conocimiento* (1978, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz) y Eduardo Nicol en *Formas de hablar sublimes. Poesía y filosofía* (1990, México, UNAM, Cuadernos del Instituto de Investigaciones Filológicas 16).

¹⁰ “Was bleibt aber, stiften die Dichter”.

¹¹ *Phdr.*, 245 a-b.

el canto es ya de por sí una acción educadora. Conviene ofrecer cuando menos un ejemplo de la ética aristocrática de Homero. No hay que olvidar que la época homérica se centra en los héroes porque son los modelos a seguir; y son héroes porque muestran el conjunto de sus mayores virtudes, su *areté*, en las batallas, espacio privilegiado en el cual el varón manifiesta y deja traslucir lo mejor de sí en un sistema siempre en equilibrio. Cuando este equilibrio se rompe se cae en *hybris*: el exceso, la desmesura, pecado por excelencia entre los griegos.

En las descripciones de las batallas es posible que participemos profundamente en la acción de los combates individuales porque en ellos lo personal y ético, que apenas aparece en las batallas de conjunto, se sitúa en primer término y por la íntima vinculación de sus momentos particulares a la unidad de la acción. En la *Iliada* el poeta rompe la secuencia cronológica de la guerra de Troya mediante la narración de la cólera de Aquiles y sus consecuencias, y con la de un número de combates individuales tales como la *aristeia* u optimización de Diomedes, Agamenón, Menelao, y el duelo entre Héctor y Áyax. Tales escenas eran la delicia de la raza a la cual se dirigían los cantos heroicos. En ella se veían en el espejo de sus propios

y más altos ideales: la prodigiosa lucha de muchos héroes inmortales de la más excelsa *areté*. No sólo los griegos: sus enemigos son también un pueblo de héroes que lucha por su patria y su libertad. En particular, se debe destacar la figura de Héctor, que lucha una guerra que jamás buscó, que sabe que perderá porque ha de enfrentarse tarde o temprano al invencible Aquiles, y a la cual no puede sustraerse porque prefiere que su nombre quede por siempre intacto en la memoria de su hijo, aun a costa de que la mujer amada se convierta en la última de las esclavas del enemigo: no eran nimiedades.

Sobre el fondo sangriento de la batalla se destaca un destino individual de pura tragedia humana: la vida heroica de Aquiles. La *Iliada* celebra la gloria de la mayor *aristeia* de la guerra de Troya, el triunfo de Aquiles sobre el poderoso Héctor. En ella se mezcla la tragedia de la grandeza heroica, consagrada a la muerte, con la sumisión del hombre al destino y a las necesidades de la propia acción.

El más admirado y poderoso héroe homérico, Aquiles, es invadido por la cólera cuando Agamenón le quita a la bella Criseida, razón para alejarse de la batalla y dedicarse a tocar la lira en las extensas playas troyanas; para el hijo de Tetis abstenerse de la guerra significó una dura

decisión: era renunciar a la gloria porque todo en él cobraba sentido en su ser guerrero. Cuando los súbditos de Príamo llegan a las naves aqueas y comienzan a ganar cada vez más terreno, a sangre y fuego, se envía a Odiseo como embajador para convencer al príncipe de los mirmidones; Agamenón, señor de señores, envía innumerables y valiosos presentes y, además, la oportunidad renovada de ser eterno paradigma. Sin embargo, el hijo de Peleo, en sus cavilaciones cae en la cuenta de su destino trágico y responde: “para mí, nada existe equivalente a la vida”; grito de paz, no empecinamiento iracundo: Aquiles sabe que podría volver a casa y llegar a viejo serenamente; prefiere, en cambio, luchar y morir en la flor de la juventud y adquirir con ello fama sin fin.¹² Pero no olvida que, en definitiva, morir no significa el paso a un estado mejor; en la *Odisea*, cuando Ulises habla con él, ya en el Hades, declara que preferiría ser el siervo del último de los siervos de su padre a ser un príncipe de sombras.¹³ Y aunque en el fondo está la fugacidad de la vida y el sinsentido de la muerte (“justo como la estirpe de las hojas, así la de los hombres: / algunas hojas que por tierra el viento dispersa”)¹⁴ aun

así Aquiles cumple el mandato que Homero pone en boca de su padre, el rey Peleo, cuando le despide rumbo a la guerra de Troya: sé siempre el mejor.¹⁵ El sentido de la *Iliada* es la consideración más profunda de los perfiles íntimos de la vida y de sus problemas, que eleva la poesía heroica muy por encima de su esfera originaria y otorga al poeta una posición completamente nueva, una función educadora en el más alto sentido de la palabra.

En la *Odisea*, por otro lado, la relación entre el hombre y su destino, la estructura espiritual de la epopeya griega se manifiesta todavía de un modo más vigoroso. Este otro poema homérico pertenece a una época cuyo pensamiento se hallaba ya en alto grado ordenado racional y sistemáticamente. En consonancia, Zeus en la *Odisea* ya no es el dios que debe imponer su superioridad por la fuerza, sino es uno que representa una alta conciencia filosófica del mundo. Empieza su consideración sobre el destino presente mediante el planteamiento general del problema de los sufrimientos humanos y la inseparable conexión del destino con las culpas de los hombres. Para el poeta, es la más alta divinidad una fuerza sublime y omnisciente que se halla por encima de los esfuerzos y

¹² Para ello, cfr. *Il.*, IX, 398-409.

¹³ Cfr. *Od.*, xi, 488-491.

¹⁴ *Il.*, VI, 146-147.

¹⁵ *Ibid.*, VI, 208.

los pensamientos de los mortales. Su esencia es el espíritu y el pensamiento. Odiseo, su personaje central, es el *polítropon*, el “de muchas formas”, es decir, aquel que piensa y reflexiona con cuidado y toma en cuenta, además de muchos escenarios posibles, el *kairós*, la oportunidad. No resulta fruto del azar: la diosa que lo protege, aconseja y enseña emergió de la mismísima cabeza de Zeus y es la diosa del pensamiento y la sabiduría, Atenea. Odiseo resulta así una especie de universitario primigenio.

En definitiva, Homero no se entrega, sin embargo, a las experiencias caóticas de la vida sin tomar una posición ante ellas, ni las domina desde fuera. Las fuerzas morales son para él tan reales como las fuerzas físicas; comprende las pasiones humanas con mirada penetrante y objetiva; conoce su fuerza elemental y demoníaca que, más fuerte que el hombre, lo arrastra. Pero, aunque su corriente desborde con frecuencia las márgenes, se halla, en último término, siempre contenida por un dique inmovible: los límites últimos de la ética son, para Homero, como para los griegos en general, leyes del ser, no convenciones del puro deber.

*

¿Qué sería hoy ese ‘ser siempre el mejor’? Como educadores, ¿qué mensaje podríamos transmitir a

nuestros alumnos? No podemos ocultar que cualquier institución universitaria educa a una élite: todavía, desgraciadamente, la educación superior en nuestro país representa, cuantitativamente, una élite, una minoría. No obstante, ya no vivimos en un mundo dominado por la nobleza, al menos no a la manera de los tiempos homéricos. En *El Conde de Montecristo*, Dumas habla de tres aristocracias: la de la sangre, que en nuestro país en realidad nunca ha existido; la del dinero y la del pensamiento.¹⁶ A la del dinero, evidentemente, pertenecen muy pocos. ¿Qué puede significar ‘aristocracia del pensamiento’? Pienso que de ello participa la Universidad. Hoy podría llamarse, precisamente, ‘excelencia académica’; pero esta excelencia académica en un país como el nuestro sin duda alguna debe pasar por la conciencia y el deber ético de una proyección hacia la justicia social. Para que en nuestro contexto el mandato de Peleo a Aquiles valiera de algo debe ser puesto en perspectiva. Creo oportuno delinear primero dicho contexto en el cual nos toca en suerte educar a nuestros alumnos porque no resulta fácil de contrarrestar.

¹⁶ XXXVI: “Toutes les aristocraties réunies, aristocraties de naissance, d’argent, de génie.”

NOTAS

La causa es un malestar espiritual; hoy día, además de crónica, se ha vuelto causa global. Por ejemplo, pensemos con Castoriadis que el tipo antropológico moderno está siendo rápidamente reemplazado por “otro tipo de individuo, centrado en el consumo y en el disfrute, apático ante los asuntos generales, cínico en su relación con la política, lo más a menudo bestialmente aprobador y conformista”.¹⁷ Wislawa Szymborska recrea, en voz de la adivina troyana condenada a no ser creída pese a la veracidad de sus vaticinios, el horizonte que nos toca habitar hoy:

Cierto, al fin triunfó.
 Mi verdad es un resplandor que golpea el cielo.
 Sólo los profetas que no fueron creídos gozan de visiones semejantes
 [...]
 Ahora recuerdo con claridad
 cómo al verme el pueblo de pronto callaba.
 Las risas se interrumpían.
 Las manos dejaban de estrecharse.
 Los niños corrían hacia sus madres.
 [...]
 Lamento la dureza de mi voz.
 Miraos desde las estrellas —clamaba—
 miraos desde las estrellas.
 Escuchaban y bajaban la vista.¹⁸

¹⁷ Cornelius Castoriadis, “¿La idea de revolución tiene sentido todavía?”, en *Estudios*, México, ITAM, trad. Nilda Ibarguren, n° 24, primavera 1991, p. 21.

¹⁸ “Monólogo para Casandra”, en *El gran número. Fin y principio y otros poemas*, 1988²,

Tal vez vivimos bajo el signo desalentador de Casandra: apatía, una atmósfera de desaliento que no es sólo enajenación, indiferencia o anomia, sino más bien el aislamiento de un individuo hacia la soledad de un mundo interior sin esperanza. Ser uno mismo se ha vuelto una hazaña efímera, sin mañana: un amaramiento desencantado en un mundo sin modales.¹⁹

En un tiempo así, poco habitado por la poesía, dejan de existir los héroes, los modelos, pues se diluye la noción de grandeza y se privilegia el sentido humorístico de las cosas; lo sabían ya los antiguos sofistas: contra el cosmos, caos; contra el orden, desorden. “Es necesario, dijo Gorgias, a la seriedad de los contrarios destruir con la risa, y a la risa con la seriedad”.²⁰ Negación de la grandeza convertida en sistematización, en programa:

Asesina la capacidad para reconocer o alcanzar la grandeza. Los grandes hombres no pueden ser controlados. No queremos ningún gran hombre. No niegues la concepción

Madrid, Hiperión, trad. Gerardo Beltrán, Abel Murcia *et al.*, p. 81-2.

¹⁹ Para ello, cfr. Rollo May, *Love and Will*, 1969, New York, Dell, y Jean Baudrillard, *La transparencia del mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos*, 2001², Barcelona, Anagrama, trad. Joaquín Jordá.

²⁰ Arist. *Rh.*, 1419b 5-6.

de la grandeza. Destruyela desde dentro [...] Fomenta la mediocridad [...] Existe también otra forma. Ase-sina por medio de la risa. La risa es instrumento de la alegría humana. Aprende a utilizarla como arma de destrucción.²¹

Crisis, finalmente, de tipo espi-ritual, lo que siempre irá en detri-mento de la educación en nuestro país. En diciembre de 1915, don Martín Luis Guzmán escribió con lúcida claridad:

No cabe duda que el problema que México no acierta a resolver es un problema de naturaleza princi-palmente espiritual. Nuestro desor-den económico, grande como es, no influye sino en segundo término, y persistirá en tanto que nuestro ambiente espiritual no cambie. Per-demos el tiempo cuando, de buena o mala fe, vamos en busca de los oríge-nes de nuestros males hasta la desa-parición de los viejos repartimientos de tierra y otras causas análogas. Éstas, de grande importancia en sí mismas, por ningún concepto han de considerarse supremas. Las fuentes del mal están en otra parte: están en los espíritus, de antaño débiles e inmorales, de la clase directora; en el

²¹ Ayn Rand, *The Fountainhead*, 1971, New York, New American Library, p. 636-637. Véase también el capítulo "La société humoristique" en Gilles Lipovetsky, *L'ère du vide. Essais sur l'individualisme contemporain*, 1983, Paris, Gallimard, col. Les Essais, p. 153-93.

espíritu del criollo, en el espíritu del mestizo, para quienes ha de pensarse en la obra educativa. Sin embargo, la opinión materialista reina aún y, entendida de otro modo, ha venido a constituir, sincera o falsamente, la razón de nuestros movimientos armados a contar de 1919. [...] No soy escéptico respecto de mi patria, ni menos se me ha de tener por poco amante de ella. Pero, a decir verdad, no puedo admitir ninguna esperanza que se funde en el desconocimiento de nuestros defectos.²²

Infelizmente, suscribo este pen-samiento que sigue siendo por completo actual. En este contexto, ¿qué entender hoy como excelencia académica? El espíritu homérico de ser siempre el mejor, ser excelente, puede reconstruirse a partir de una reflexión sobre lo que significan estas palabras. No llegará a ser posi-ble si no se participa de otros, en comunidad; no si la excelencia opera bajo el signo de la exclusión. En este sentido, para don Pablo Latapí Sarre no existe duda alguna:

La antinomia de ser mejor sin por ello separarnos de los otros, de ser fuertes sin por ello usar el poder para oprimir, de ser seguros sin por ello ser arrogantes, seguirá siendo

²² Martín Luis Guzmán, *La querrela de México*, México, Planeta/Joaquín Mortiz/Cona-culta, col. Ronda de clásicos mexicanos, p. 11-2.

un reto educativo difícil, siempre irresuelto, como tantos otros retos propios de nuestra condición humana que nos obliga a caminar por desfiladeros donde nos acechan precipicios por ambos lados [...] Formemos a nuestros estudiantes en la realidad. Invitémoslos a desarrollar su autoestima y a ser mejores, pero asumiendo su riesgosa condición humana y a estrechar lazos solidarios con todos, sobre todo con los más débiles.²³

Si en el concepto excelencia académica se incluye lo anterior, ésta se convertiría en estos tiempos casi en heroísmo homérico, activo y fundante. Descansaría en lo que de universal nos une, aún, a Grecia: un grito de paz y de razón, acrecentado por un presente sin sentido; apuesta por el resplandor, luminosidad de las Musas, cuyo recinto también se llama Universidad. En palabras del Doctor Carlos de la Isla, la Universidad es la conciencia crítica de la sociedad.²⁴

La mirada que busca pensar, de lejos y de cerca, los objetivos que

persiguen las instituciones de educación superior, incluido el ITAM, puede dejarse guiar por el espíritu griego de equilibrio y prudencia, de virtud, de optinidad (*areté*), pero vinculado al problema más urgente: la desigualdad y, por lo tanto, la necesidad de justicia. En México hemos comenzado un proceso de cambio hacia la democracia; antes de que realmente logremos afianzar un sentido de responsabilidad y armonía entre mexicanos, ¿cuánto mar pasará? Lo que hoy hagamos de las universidades se verá reflejado forzosamente en el devenir social, político y económico del país. Sólo espero que no nos veamos obligados de nuevo a dar la razón a Martín Luis Guzmán:

Dotes para la democracia, como para cualquier gobierno que valga el nombre, es más que capacidad de entender y arte de leer y escribir y fuerza de obrar; es, primordialmente, virtud: moderación, paciencia, acatamiento, lealtad, justicia [...] La inteligencia acaso nos sobre. Lo que nos falta es virtud.²⁵

²³ Conferencia magistral al recibir el Doctorado *Honoris Causa* de la Universidad Autónoma Metropolitana, 22 de febrero del 2007, p. 4.

²⁴ Carlos de la Isla, "La universidad: conciencia crítica", en *Estudios*, México, ITAM, n.º 25, verano 1991, p. 69-76. Del mismo autor, v. *De esclavitudes y libertades. Ensayos de ética, educación y política*, 2006, México, ITAM-M. A. Porrúa, en particular la sección "Dimensiones éticas de la educación", p. 11-122.

²⁵ *Op. cit.*, p. 33.

EL DIARIO COMO UN HOMENAJE INMENSO

*José María Espinasa**

Origen anecdótico: un libro que parece una broma

Ojeando las novedades en las mesas de una librería en la ciudad de México llamó mi atención, a fines del mes de enero, un enorme libro, casi tan ancho como alto, un cubo de 1700 páginas que llevaba el escueto título de *Borges*, firmado por Adolfo Bioy Casares. De más está decir que el aspecto del volumen recordaba aquellas licoreras disimuladas que el mal gusto puso de moda en los años sesenta, y que —transformados por el culto *kitsch*— hoy son objetos de verdadero fetichismo. Del libro se había tenido noticias por los periódicos a raíz de su presentación en Argentina —donde de inmediato despertó

polémica— y en España —donde fue recibido reverencialmente.

El aspecto físico del libro, junto al título y el autor, resultaban magnéticos para la mirada. Borges y Bioy por separado son muy atractivos, pero juntos más aún —las obras que escribieron en colaboración me parecen extraordinarias— y forman una extraña pareja, ejemplo de una amistad nada frecuente entre los hombres de letras. Pero al gesto inicial siguió en mí, apenas abierto, el de dejarlo en su lugar, convencido de que el precio sería inalcanzable para mi bolsillo. Al levantar la vista me encontré con el encargado de la librería, uno de los pocos librereros con conocimiento que quedan, que me dijo, con la exacta terminología mexicana: ‘padre, ¿verdad?’. Le contesté que sí, pero que debía ser carísimo. Me dijo que no y me mostró el precio al dorso.

* Escritor.

NOTAS

En efecto, supongo que gracias al papel excesivamente poroso y al enorme tiraje que se debió hacer, era de verdad muy barato para su número de páginas. Y me lo llevé con la convicción de que sería una lectura para muchos años.

En realidad se transformó en una caja de Pandora, ya que libros así son muy raros en la literatura. En general, después de la muerte de Bioy, en 2000, y también desde algunos años antes, se habían publicado muchos títulos que se sumaban a su bibliografía crítica y testimonial, sin aportar gran cosa, rescatados del olvido por la coyuntura o fabricados al calor de la fama del gran escritor que se aproximaba a su muerte, como sobreviviente —además— de un grupo o generación excepcional. Y el párrafo sirve para hablar de ambos: Borges y Bioy. Si la obra narrativa del segundo, a la que debe su fama, lo hacía aparecer ante nuestros ojos como una máquina de la escritura a la manera deleuziana de entender el término, las noticias aparecidas sobre su diario despertaban curiosidad en los lectores, voracidad entre los editores y perplejidad entre los críticos, sobre todo por su extensión y constancia.

La bibliografía sobre Borges es abundante, abundantísima; a él le gustaría que la hubiera calificado de infinita, y cuenta en su haber con

títulos célebres, de Sucre, Rodríguez Monegal, al grado de que su nombre es ya una industria aparte en el mundo editorial, empedrada con líos legales, manuscritos desempolvados, rescates, testimonios no siempre bien intencionados, apócrifos, imposturas y posturas metodológicas de todo tipo. Es difícil pensar ahora en escribir sobre el autor de *El aleph* y decir algo nuevo, original o sorprendente, y se tiene siempre la sensación de que se lee una glosa de algo ya dicho. Pero si alguien podía hacerlo —renovar la imagen— era precisamente su gran amigo Adolfo Bioy Casares. ¡Y de qué manera lo hizo!

Me quiero detener un poco en el asunto de la bibliografía borgeana. No es de extrañar que un autor tan importante —un verdadero monstruo literario— concite a tantas plumas, con ideas y estilos tan diversos; lo curioso es que su vida —una vida, por cierto, que no parece tener grandes atractivos— llame tanto la atención e incluso proponga visiones diferentes, muchas veces irreconciliables y cada vez menos certificables, como si esa abundancia de enfoques biobibliográficos termine por hacer de la vida una ficción más. Y en medio de esa incertidumbre que alcanza a veces tonos muy subidos, incluso en tribunales, cae este meteorito que es el libro de Adolfo Bioy Casares. Y su impacto amenaza con

extinguir la vida bibliográfica de todos los habitantes-dinosaurios del librero-planeta Borges. Y no porque el libro de Bioy imponga una verdad anecdótica o crítica, sino porque de suyo no puede dejar de hacerlo. ¿Qué queda por decir sobre el escritor argentino después de este tomo? Queda mucho, claro, ningún libro, más aún cuando es bueno como es el caso, impide sino que potencia nuevas interpretaciones.

Lo curioso es que, caído el meteorito, en realidad las cosas siguen igual que antes en lo que se refiere al oficio de los biógrafos, ya que Bioy no hace una biografía sino que publica las páginas de su diario que hablan de Borges, y hace una obra maestra del género casi sin darse cuenta, aunque no sin proponérselo. Sus páginas biográficas no habían presagiado el resultado de este *Borges*, pues ni parecían muy inspiradas ni le entusiasma mucho el asunto. Bioy Casares es ante todo un narrador extraordinario, y al interior de sus obras la melancolía proustiana era apenas un barniz (más allá de que ciertos libros, por ejemplo *Los Bioy*, quieran dar a entender un parentesco espiritual más profundo).

Ustedes habrán oído muchas veces, yo mismo lo sostengo en diferentes lugares, que el diarismo es un género que permite al escritor, pero sobre todo al lector, ser eventual y

azaroso, picotear en una página o en un tema sin anclarse al *corpus* reunido bajo las tapas ¿Quién ha leído, por ejemplo, el *Diario* de Anais Nin en forma ordenada y exhaustiva? Me imagino que nadie, ni siquiera un profesor norteamericano que quiera escribir su tesis sobre ella. Y supongo, lo he oído a varias personas, también se dirá de este *Borges*, que no se trata de una obra para leerse completa y de una sentada. Pues así la leí yo y no me arrepiento (la sentada, claro, es de varios meses), y creo que vale la pena leerlo así, porque la sutil diferencia que se va dando de las primeras páginas a las últimas, esa sí es proustiana.

La maledicencia que recorre las conversaciones entre los dos escritores es una lección de literatura, ya que cualquier comentario tiene que ser, antes que nada, chispeante, inteligente, pleno de humor y cuando se deslizan comentarios dictados sólo por la animadversión o el rencor, se nota, el brillo se apaga, burbujea menos la frase, y ellos –ambos– se dan cuenta. Así, contrastar los juicios vertidos en prólogos, ensayos y comentarios públicos, con los que hay en este libro, es un asunto vano, ya que no se trata ni de buscar contradicciones ni de develar la hipocresía, tentación de tantos tontos: no la hay, sino de entender el lugar desde el cual se habla. Quiero aclarar tam-

NOTAS

bién que no se trata del terreno de la intimidad, ya que la sobremesa es un espacio público, sino de entender que si el público para Borges es Bioy o al revés, el tono de charla es distinto que si se trata de una conferencia, no más sincero sino más inteligente y festivo, provocador en función de una hermandad establecida por vaya a saber usted qué hados misteriosos.

El lugar desde el cual se escribe

Entiendo perfectamente a fanáticos de Borges señalar que Bioy no tenía derecho a hacer público a ese *Borges*. La verdad, creo que hay que agradecerle que su admiración intensa y su amistad no lo obnubilen en busca de una hagiografía, que se pueda ver a ese Borges que se mea fuera de la taza o que puede salir a la playa sin ponerse el traje de baño —“estás en bolas” le recrimina Bioy— suma al texto una más de sus excepcionales. Tampoco oculta sus simplificaciones, las de ambos, en el terreno político. A los mexicanos, por poner un ejemplo, nos molesta la trivialidad con que escriben una carta en apoyo a Díaz Ordaz cuando la matanza del 68, ¡sólo porque Elena Garro se los pide! Se puede pensar que Bioy quería y admiraba tanto a Borges que hasta sus más tontas

posturas —su racismo, por decir algo— le parecían inteligentes, pero no se trata de eso, sino de hacer una bitácora tan exhaustiva como se pueda, de esa ‘máquina literaria’, de ‘su’ amigo. Ese su entrecomillado no indica una pertenencia que se confunda con propiedad, pocos como él hicieron cosas para que Borges fuera de todos (y en esa vía se inscribe este tomo).

Retrospectivamente se podría decir que en *Borges* no fueron dos escritores que se hicieron amigos sino que fueron dos amigos que escribían para conocerse y tener esa amistad. Si sus críticas a Cervantes, a Quevedo, a Góngora entre nosotros, o a Shakespeare en otros dominios lingüísticos, pueden parecer *boutades* de niños traviesos, sin dejar de serlo son argumentadas con tal inteligencia que resultan ejemplares de cómo vivían la literatura. La cruel mirada sobre sus contemporáneos no es ni más ni menos inclemente que la que tienen sobre los clásicos, el tiempo —dirían, y hay que recordar que ambos fueron longevos— no es razón para la indulgencia.

Lo que se va configurando en las infinitas y a la vez siempre pocas páginas del libro es una manera de entender el hecho literario —lectura y escritura— a través de un diálogo privilegiado y en un momento excepcional de la literatura argentina

(con un curioso vacío a escritores de otras lenguas, que sólo aparecen cuando o se arraigan en Argentina o su aparición por esos lares tiene algo que ver con ellos mismos). Bioy tuvo, desde la cuna, una situación privilegiada y no siente la menor tentación de lamentarlo; en un determinado momento del libro dice algo así como que las buenas personas (y entiende por esto: buenos escritores) son aquellos que se gastan la herencia que les dejan sus ancestros sin necesidad de mancharse las manos con el trabajo. Y hay que entender que herencia aquí no designa sólo lo económico. Pero a lo largo del libro queda claro que él y Borges trabajaron mucho —planeaban colecciones, hacían antologías, daban cursos y conferencias, publicaban artículos, escribían a cuatro manos, traducían— y sus obras no son en ambos casos de las que se pueden calificar de breves. Desde el lado de la literatura no descansaban un momento, y si esto no es considerado directamente trabajo es —curiosamente— por una idea de clase de lo que es un escritor. Que esto también marca sus inclinaciones políticas, muchas veces no sólo lejanas sino antitéticas de sus lectores naturales, es cierto, pero al igual que con los juicios literarios hay que tomarlos en el sentido de un pensamiento en circunstancia, muy orteguiano, a pesar de que la

concepción filosófica del español les resultara insoportable.

En esas páginas uno puede espiar cientos de aforismos de gran ingenio, a veces de sorprendente sencillez (cuando le preguntan a Borges qué razones tiene para decir que no le daría el Nobel a Alberti contesta: “haberlo leído”); anécdotas de una vida literaria como la de cualquier otro lugar y tiempo, pero que se ilumina por la ironía de ambos conversadores (y, a veces, poco, por la presencia de otros: Peyrou, Bianco, Silvina Ocampo), con las mismas rencillas caseras, envidias aldeanas, sinsentidos de grupo, dibujados en viñetas que, sin embargo, no cansan. Hacer un libro de chismes es fácil, hacerlo de 1700 páginas y que sea no sólo bueno sino extraordinario es un verdadero milagro. Y es que algo de milagroso tiene el volumen de Bioy sobre Borges: lo primero, la persistencia de una amistad tan intensa entre dos personalidades tan fuertes.

Durante años se ha hablado del autor de *La invención de Morel* como un apéndice de la estética de Borges (hay quien lo ha llamado un Borges diluido). Este libro muestra divergencias y diferencias más profundas de lo que se cree, incluso en el género mismo el novelista frente al cuentista, el cuentista frente al ensayista, el diarista frente al poeta. Nada más lejano —ni siquiera

NOTAS

la novela— de la intención de Borges que el diario, y helo aquí personaje de uno extraordinario.

Un punto que nos daría tela de dónde cortar es el de la incomprensión. Cuando rechazan autores en cierta manera consagrados, y literalmente los hacen pedazos, como a Quiroga y Arlt en el contexto hispanoamericano, o a Goethe y Baudelaire en el universal, lo que sorprende no es la incomprensión y el equívoco sino las ‘buenas razones’ que tienen para hacerlo. Elogian a Arreola pero detestan a Felisberto Hernández (cómo no se dieron cuenta del parentesco). Y en el colmo del asunto se la pasan señalando los errores de Shakespeare para luego ponerse a traducirlo. Esto sólo puede sorprender a un lector que crea que la literatura está hecha de posiciones inamovibles y no de instantes de gozo siempre (y afortunadamente) elusivos, y nunca lastrados por el fetiche del autor y ni siquiera del texto, en la memoria los citan de una u otra manera sin sufrir por ello.

La contradicción se manifiesta en el hecho de que siendo ambos escritores en más de un sentido muy modernos sus gustos más que clásicos son conservadores (detestan a Joyce, de Beckett creo que hablan una sola vez y mal), pero en realidad más que un gusto en sentido estricto lo que tienen es un placer

en la lectura, por eso hoy puede gustarles algo que mañana o dentro de treinta años no. Les gusta leer (y por eso leen muchos y mediocres trabajos para concursos de los que son jurados) y transforman aquello que leen en literatura —frases hechas, expresiones idiomáticas, refranes, gazapos, muletillas—, en hecho literario, sea de Homero o del vecino. Y el placer es maledicente. Nos podemos preguntar —no sé si algún día lo sabremos— sobre lo que Bioy (o el editor Martino, seguramente por indicación de Bioy) quitó del *Diario*. Es evidente, por ejemplo, que hay contadas alusiones a la vida sentimental de ambos, y la mayoría de las veces sólo cuando adquieren un contorno anecdótico, y que —de entender el texto como totalidad— no hay entre ellos casi nunca confesiones. Es razonable suponer que si las hubo y que el que no estén nos dice cosas (al igual que si nos equivocamos y no las hubo, también nos dice cosas este hecho). Se puede formular con una paradoja interesante: es muy personal pero nada íntimo, al grado de que entendemos lo íntimo como algo que en el texto no tiene (no debe tener) lugar.

A su vez no hay en el diario pensamientos profundos, para ellos el calificativo de profundos lleva inevitablemente una noción de falsedad, de pedantería; tampoco hay reve-

laciones notables —las fobias y los agrados eran ya más o menos conocidas— y menos aún revelaciones de hechos que hubieran permanecido ocultos y que cambiaran nuestra concepción de ambos autores. Y eso ocurre porque la revelación está antes del texto: Borges se revela como es monstruo literario de inmediato a los ojos del incipiente escritor casi adolescente. El Bioy antes de Borges es para mí un misterio, oigo hablar de esos libros tan malos, pero nunca he tenido uno en las manos o ante la vista, no conozco a nadie que los haya leído o los haya tenido en sus manos, y eso los hace adquirir un carácter casi mítico: el caos antes del orden que impone la amistad con Borges. Pero ese Bioy pre-Bioy no es sino un telón de fondo para mejor delinear el personaje. Así, el diario es una manera de desplegar la revelación —que, según la mayoría de los casos, es instantánea, relampagueante y con poca duración—. Ésta en cambio ilumina cincuenta años de la vida de ambos.

En cierta forma se trata de un libro con tantas razones que se vuelve inexplicable: era lógico que se escribiera, es lógico que moleste a tirios y troyanos, y que no deje contento a nadie; es también lógico que sea tan extenso y fabricado con chismes, pero lo que no es lógico es que sea tan bueno, todo hacía prever un fra-

caso. Las prosas biográficas del autor no habían sido muy afortunadas y su elegante estilo no basta para justificar libros que parecen escritos un poco sin un motivo que no fuera otro que el comercial. Podemos suponer hipótesis biográficas: si Borges hubiera muerto antes Bioy habría dejado de estar —al menos ante los críticos y los lectores— a su sombra, pero este libro lo que nos dice es que no hay mejor lugar que bajo esa sombra, más allá de vanidades personales (ambos las tenían en cantidad) y que si el autor había descubierto ‘un reino que sí estaba para él’ (el de Borges) resultaría absurdo negarse a habitarlo.

El juego borgiano del otro, pero ‘el otro Borges’, es decir otro yo mismo, es fruto de esa dialéctica de las dos orillas: no se puede estar en las dos al mismo tiempo, y sin embargo Bioy lo intenta con este libro desmesurado. Como no precisar el sentido de la amistad sino a través de ese acontecer cotidiano, pero sin insuflarle nada más, puramente cotidiano, ya que así se vivió. En la pluma de un *alter ego* tan distante (en tanto otro) como cercano (en tanto Bioy) Borges deja de ser el fantasma de un fantasma para ser plenamente de carne y hueso, para él de letras, sílabas, frases, ritmos. Al ser tan admirativo pero poco hagiográfico lo sitúa en una eternidad construida sobre la literatura, sin apelar a bondades

más —o menos— humanas. Cuando se habla, sobre todo en el siglo de oro, de esos recitativos iniciados por un personaje y terminados por otro y cuya transposición de la voz ocurre a la mitad de un verso, uno no sabe cómo explicarlos, no le basta la métrica, pero tampoco la metafísica. Algo así ocurre aquí. A lo largo del diario, y de la obra de ambos, Boswell y sus *Conversaciones con Johnson* son casi un *leitmotiv*, pues en efecto es otro libro donde, sin importar jerarquías, eso ocurre de forma milagrosa.

Vuelvo a insistir que esa condición inexplicable termina por ser milagrosa: no es frecuente —ya se dijo— una amistad tan larga entre escritores de la misma edad, menos entre autores de dos generaciones, en donde la amistad tiende a volverse magisterio; también es raro que esa relación se de, y lo subrayo, entre autores tan *intrínsecamente diferentes*. Pongo una diferencia clara: su relación con las mujeres. Mientras Borges, a pesar de que tuvo varias relaciones sentimentales, mantenía una torturada correspondencia con ellas y son conocidos sus epigramas contra la sexualidad, Bioy Casares se transmutaba en un Don Juan lúdico que iba de amante en amante sin jamás romper con Silvina Ocampo, algunos años mayor que él. En el diario se insinúan apenas

esas diferencias, pero lo suficiente como para hacer sentir lo cuidadoso que era Bioy en un asunto que sabía conflictivo. ¿Por eso uno es cuentista y el otro novelista? La pregunta, no por ser un poco absurda, deja de tener interés.

Ya en un terreno más espeso esa diferencia lleva a analizar la relación que tenían con el otro, áspera en Borges, lúdica en Bioy, pero en ambos sin darle una gran consistencia emotiva, salvo —menuada salvedad— entre ellos dos, por lo que se desprende de este libro. En un momento del texto se refiere que Borges, enojado por la pregunta de un reportero —¿está usted más allá del bien y del mal?— le señala a Bioy ¿no se dará cuenta de que estar más allá del bien y del mal es estar ya del lado del mal? Se lo preguntaba a alguien que encantado habría contestado que sí, que estaba más allá. Cuando se leían las obras de Bioy siempre se tenía una sensación curiosa: qué escritor tan bueno y tan superficial, ciertos elementos triviales parecían distanciarnos de su transparencia estilística. Cuando en su *Autobiografía*, refiere que tiene que vender una cámara de fotografía porque el terrateniente dueño de inmensas haciendas está en la ruina, una sonrisa entre compasiva y escéptica viene a cuento. Tal vez las más estremecidas páginas de Bioy sean las finales de

este diario y proyectan su resplandor sobre la revelación descrita en todas las anteriores.

Hasta ahora lo curioso es que aceptamos el hecho de que el libro está armado como una suma de infidelidades, pero realmente ¿cuál recordamos? La mezquindad de algunos, el miedo de otros, el oportunismo de los de más allá son más bien convencionales; lo que le da un tono único y diferente es el comentario sagaz y casi siempre sarcástico, el tamaño de la incompreensión —pongo un ejemplo— mientras en su diario Gombrovicz, más allá de la antipatía, entiende la importancia de Borges, para Borges en cambio la obra del polaco es no sólo insignificante sino molesta.

Los chismes son en realidad epigramas afilados, viñetas del costumbrismo literario en que estuvieron inmersos; el texto no puede tomar otro vuelo porque la carne es el diálogo entre ambos, Bioy y Borges, hechos el uno para el otro, en una condición que ese ‘entre’ subraya, de permanente exterioridad. Recorro otra vez a la comparación con el ya mencionado de Gombrovicz: mientras éste dedica densas páginas a comentar una lectura, por ejemplo la de Simone Weil, Borges despacha a autores de todo tipo de nivel, tono y jerarquía en un par de frases.

La manifestación de gustos (más bien disgustos) no representa aquí la amargura tan frecuente del escritor resentido (vaya usted a saber la razón, pues no podía ser la falta de reconocimiento para ambos), sino una manera de ser no tanto hipercrítica, tal vez ni siquiera exigente, sino un simple proceso de identificación y, con los años, reforzamiento de la amistad. El placer que se desprende del comentario ágil y la respuesta ingeniosa es impagable, se esmeran como esgrimistas en un desafío sin riesgos, claramente hedonista y en el que, al menos en el libro y como otra muestra de elegancia quien lo escribe casi siempre cede la palabra a su admirado y entrañable amigo. Quien se encoleriza por las muchas veces arbitrarios juicios de Borges ratificados por Bioy se olvida que esa condición —lo arbitrario— es lo que le otorga libertad a la inteligencia.

Un par de bailarines del ingenio que se entusiasman en el paso que permite al otro hacer el suyo más vistoso. Ignoran a los otros muchas veces, bailan de una manera no tanto egoísta sino ajena precisamente al reconocimiento público y más complacidos en reconocerse entre ellos. Pero también se la pasan planeando cosas para ese mundo al que supuestamente son ajenos o ignoran; les debemos antologías prodigiosas, prólogos y ensayos célebres, colec-

ciones de alcance masivo, la gran difusión de la novela policíaca en castellano, género que arraigó más entre los escritores latinoamericanos que entre sus lectores; traducciones notables de algunos textos clásicos y de muchos antes desconocidos en castellano. Borges y Bioy representan una idea de la literatura deslumbrante e irrepetible y en el diario de Bioy conocemos su interior —que no su interioridad— y se pueden apreciar más tanto los matices como los movimientos de bulto. Como en un juego de muñecas rusas, se desmonta la pertenencia: la relación distante, pero creo que más intensa de lo que el libro deja traslucir, con la revista *Sur* y con su capitana Victoria Ocampo, los amores castigadores con Mallea, Bianco, Mujica Lainez y otros, el anglicismo o el afrancesamiento, su desprecio por las vanguardias, su visión de clase. Es como tener una lámina biológica en tres dimensiones de un cuerpo literario, con su sistema nervioso, los músculos y las venas, las vísceras y las articulaciones, los huesos y las glándulas y funcionando en vivo y en directo.

Algunos críticos —y en cierta manera el mismo Borges— mostraron sorpresa cuando ciertos textos suyos eran tomados como *leitmotiv*, metáfora, ilustración o ejemplo de un discurso filosófico. El caso más celebre es Foucault y *Las palabras y*

las cosas. Y no sólo porque la mayoría de las veces, al volver la filosofía ficción, Borges inevitablemente la parodia sino porque en ese afán paródico, consciente o no, lo que ocurre es que el discurso se muestra como mecanismo y pierde toda profundidad. Eso lo transmite claramente el diario de Bioy, no hay nunca una discusión de verdaderas ideas, sino en todo caso de oficio y posiciones. Por eso Borges ni siquiera piensa en lo ridículas que resultan no sólo algunas de sus posturas políticas sino incluso sus sarcasmos racistas y sexistas. Se entiende, incluso, el rechazo al discurso pero no lo ajeno que estaba (n) a la densidad de la experiencia.

De allí que Borges sea un autor peligroso: su brillantez está fuera de duda, al igual que su genio, pero inquieta no tanto la frialdad sino la insensibilidad ante las personas y los acontecimientos, sólo rota en algunos poemas (de allí que en las últimas décadas haya una tendencia a recuperarlo como poeta, faceta opacada por la del narrador).

Lo mismo que expulsa del texto a la infidencia cruda —todo está elaborado por una prosa magistral— también expulsa la vibración emotiva y la profundidad existencial: éstas tienen algo, para ellos, de mal gusto, de incómodo exhibicionismo. ¿Hasta qué punto muchas páginas de este

diario son fragmentos de una crónica de sociales de la alta burguesía argentina? Una de las cosas que impresiona de ese genio insensible es la desprotección (no sólo física), la necesidad de tener cerca a su madre y a sus amigos (o a su sustituto en sus parejas sentimentales, palabra que casi habría que poner entre comillas), más dependiente incluso pero sin la homosexualidad de Lezama Lima.

La fama lo obligó a un ritmo que no era el suyo (y que no creo que disfrutara), de viajes, presentaciones públicas y homenajes; lo sacó incluso de esa rutina, que sí disfrutaba, de su amistad con Bioy, evidente en la espaciación de las entradas del diario en la última década.

Para tratarnos de acercar al final propondré un par de preguntas: ¿qué representa este libro en la literatura biográfica latinoamericana y qué representa en la obra de Bioy Casares? Empezamos por lo segundo; ya se tenían noticias de la abundante práctica del diarismo en el autor de *La guerra del cerdo*; se hablaba de más de 17,000 páginas, de lo cual se puede suponer que este *Borges* es al menos un 20%. Sin embargo, como ya se dijo, Bioy no se destacó como escritor memorialista, los escritos biográficos directos e indirectos no se pueden comparar con su obra narrativa. A pesar de ello, y a pesar de que –por su volumen e importancia– *Borges*

será motivo de muchas discusiones de toda índole, yo me atrevería a decir que se trata de la obra magna de Bioy Casares, en la que pulveriza la falta de aliento que lo lastraba en sus cuentos y en algunas novelas, y que además lo distancia totalmente de su admirado amigo en el terreno literario (en el otro, la verdad no creo que tenga interés).

Sitarlo en el contexto latinoamericano es más difícil, no sólo porque no es un dominio geográfico-idiomático en el que haya destacadas obras maestras sino también porque en los últimos tiempos se han publicado piezas importantes que aún no valoramos plenamente –los diarios de Alejandra Pizarnik y Julio Ramón Ribeyro, la aburridísima autobiografía de Ernesto Cardenal, las memorias de Gabriel García Márquez, los cuadernos de Tomás Segovia–, pero que ya permiten establecer ciertas diferencias. Para Bioy el diario es un registro no un laboratorio –como lo era para Kafka o Valery– y, sin importar el afrancesamiento que algunos le cuelgan, no tiene nada que ver con el género de los *Cahiers*, no es tampoco un testimonio histórico ni una ventana al mundo sino a sí mismo, y en este caso a Borges.

¿Era posible construir, después de Borges, otro Borges? Y no me refiero a ése que está y no está, o está de muchas maneras, como fantasma

NOTAS

desdoblado en sus poemas, sino a un Borges en la pluma de otro (se han hecho intentos innumerables). Sí lo consiguió, y pienso que sin traicionarlo. Es el que aparece en estas páginas: el plenamente literario, lector

compulsivo, conversador brillante, y también un escritor plenamente humano, lejos de la imagen olímpica ya vuelta muy convencional. Un Borges que nos durará todavía escribiendo y escribiéndose a sí mismo.

IBN JALDÚN: ENTRE EL SABER Y EL PODER

*Rogelio Blanco**

Para cualquiera que, amando el estudio y el saber, ocupa actualmente cargos públicos, como es mi caso, hablar de Ibn Jaldún supone una no pequeña ironía, que a su vez, implica dos muy serios retos. El primero, referente a la pertinaz disyuntiva y dificultosísima reconciliación, entre *vita contemplativa* y *vita activa*. El segundo reto no hace sino acrecentar ese primero, aunque en su misma agudización, tal vez muestra la paradoja de, acrecentándolo, darle otro cauce para su ‘solución’. Y muy en línea del propio ‘espejo’ que nos ofrece Ibn Jaldún.

Pues este segundo reto no es otro que el cómo intervenir en la política –aunque sea sólo en la medida en que lo exige mi cargo–, en una

época como la actual, de devenir tan constante, que se convierte en ese vértigo de las mutaciones que ha diagnosticado Zigmund Bauman como ‘La modernidad líquida’, en que, acentuadamente, rigen los principios heraclitianos acerca de que ‘todo fluye’ y sobre la imposibilidad de bañarse en el mismo río, pues uno ya no es el mismo ni las aguas son idénticas.

Y situándome Ibn Jaldún entre ambos retos, él es, a su vez, el irónico ‘espejo lejano’ –por decirlo con el título del libro de Mary Tuchman sobre la época de Ibn Jaldún, el siglo XIV–, el espejo en que parecen hallarse respuestas inéditas a esta trágica conjunción del poder y del saber en tiempos de mudanzas perpetuas.

Como un retumbo salido de ese espejo me resuenan las palabras del *Al-Taarif*, la autobiografía de Ibn

* Director General del Libro, Archivos y Bibliotecas, Ministerio de Cultura, Madrid, España.

Jaldún, al negarse a aceptar el cargo de chambelán que le ofreció el zayyaní Abu Hammu II° en 1368:

Me negué a exponerme nuevamente a los peligros del poder, porque he renunciado a sus falsas ilusiones y he sufrido haber descuidado demasiado tiempo el cultivo de las ciencias. Decidí no implicarme más en asuntos de reyes, y poner todo mi interés en instruirme y enseñar.

Era la segunda vez que Ibn Jaldún resistía a los ‘peligros del poder’, como ya hiciera ante las suntuosas ofertas de Pedro I, para captarle a su lado, restituyéndole los bienes de sus antepasados. Sin embargo, sabemos que siguió exponiéndose una y otra vez, hasta el fin de sus días, a esos ‘peligros de poder’. Pero también sabemos que no sólo puso todo su interés en instruirse y enseñar, sino también en algo más: en la transmisión de la ciencia, logrando, con su inmenso saber y capacidad de creación, entregarnos uno de los más lúcidos y amplios legados de la más ancha razón, en la que confluyen las mejores destilaciones de los saberes occidentales y orientales. Utilizando la metáfora coránica, tan perfilada por otro de los grandes andalusíes que le precedieron, Ibn Arabí, se diría que ‘en la confluencia entre dos mares’. Y es que si

trazásemos una curva de vida de Ibn Jaldún, al modo del gran islamólogo Massignon, encontraríamos que en él adquiere caracteres existenciales esa misma recóndita ciencia –tan islámica, tan espiritual– de la Balanza, tal como ha estudiado el filósofo estudioso de Massignon, Jesús Moreno. De la más equilibrada balanza entre razón y fe, entendimiento y sensibilidad, entre la vida de estudioso y de hombre de acción.

Historiador, filósofo, jurista y versado en los más heteróclitos saberes; cortesano, hombre de cámara real y alto funcionario, secretario y visir, en las cortes del Magreb, de Granada y de El Cairo, donde fue gran cadí en diversas ocasiones y hasta su muerte; diplomático negociador con los nómadas Dawuawida y otros beduinos, con Pedro I de Castilla o con el gran Tamerlán; profesor en diversas madrasas y en la propia al-Azhar, y también al frente del *janka* de Baybars, el cenobio de esa orden sufi; estando tantas veces al borde de la indigencia, en la precariedad de depender de presentes, regalos y albur de los poderosos, su vida fue un constante cambio, un movimiento sin tregua entre el Magreb, Al-Andalus, Ifriqiya, Egipto, el Hiyaz y Siria. Como él mismo dice en su *al-Taarif*, un constante ‘viaje por el Occidente y el Oriente musulmanes’, y siempre atento a cuanto sucede en las tres

grandes áreas económicas del siglo XIV que él mismo delimita, y no por cierto con criterios religiosos sino netamente geográfico-económicos: el Oriente, de Egipto, Siria, e Iraq a Constantinopla, China e India; los ‘francos’ del Norte del Mediterráneo y hasta el Mar del Norte; y el Occidente desde el Magreb a la Cirenaica. Conoció también todos los terribles avatares de ese tan crítico y temible siglo XIV: expuesto a peligros constantes, conoció asaltos, persecuciones, algunas prisiones y exilios, no menos que las desgracias producidas por las epidemias y los elementos. En 1348 murieron sus padres durante la peste negra que asoló Túnez. En 1386 se produce su gran desastre: entre Túnez y Alejandría, el naufragio y muerte de sus hijos y esposa. “La pérdida de la razón de su existencia —dice él mismo— y de la causa de su tranquilidad y de los hijos, y fueron grandes la desgracia y la angustia, y fue obligada la templanza.”

En realidad, por en medio de las ambiciones, las aspiraciones y variaciones de lealtades, se diría que es esa templanza la que rige toda la curva vital de Ibn Jaldún, como eje movilizador de sus inmensos talentos hacia la confluencia de contemplación y praxis. Son abundantes en su autobiografía, y en la propia correspondencia con el gran Ibn Jatib, sus protestas sobre la primacía de la dedi-

cación al estudio y el apartamiento de los avatares mundanos. Entresaco algunas: “desde mi adolescencia yo sentía siempre avidez de conocimientos”; “acepté ese puesto con repugnancia [...] de todas formas yo continuaba entregado a mis estudios”; “queriendo escapar del tráfico de los negocios mundanos y consagrarme al estudio en tanto se me dejara tranquilo”; o motivando su segundo viaje a Granada, en la búsqueda de “la estabilidad y la calma (para) consagrarse al estudio de la ciencia”.

Mas ese afán de conocimiento y retiro se ve siempre contrabalanceado y templado, cuando no precisamente impulsado, por la necesidad de las experiencias que otorgan la praxis de los asuntos públicos y una constante sed de viaje. Así lo dice también reseñando la salida hacia Alejandría, etapa de su pretextado viaje a La Meca: “entonces me despedí de ellos (notables, pueblo y estudiantes) y nos hicimos a la mar [...] y me dispuse a renovar mis conocimientos”.

Los cuatro años de obligado retiro en el Castillo de Ibn Salama, suponen el hito crucial de esa balanza vital. Allí, entre 1375 y 1379, comienza a colmarse el platillo ‘contemplativo’ de su balanza. Dejémoslo a él mismo: “permanecí allí cuatro años enteramente libre de preocupaciones, lejos del tráfico de los negocios públi-

cos y allí empecé la composición de mi obra. Fue en aquel retiro donde dí cima a los ‘Prolegómenos’”.

Sin temor podemos asegurar que desde la cima de esos cuatro años tan decisivos, desde la propia altura que significa la *Muqaddina* y el comienzo del *Kitab Al’Ibar*, su *Historia Universal, Libro de la experiencia*, es, precisamente, la voluntad de experiencia la que triunfa. Una voluntad de experiencia dimanada de su tan esclarecida voluntad de saber y de razonar, y de encontrar causas sólo humanas a humanos fenómenos. El eje y el fiel de la balanza ya ha sido alcanzado, personal e intelectualmente. Eje de un movimiento perpetuo, fiel perfectamente ajustado de una balanza que ya podrá contrapesar equilibradamente la estabilidad y el movimiento, el reconocimiento y el rechazo, las interacciones entre su sabiduría y la política. En realidad, ese eje y ese fiel se han logrado desde una detención y una altura que ya no van a perderse el resto de su vida. Si prosigue su viaje es para mejor detenerse entre “los libros –dice él justificando por qué deja su retiro de Al-Salama por Túnez– que sólo se encuentran en las ciudades”. Y a partir de entonces proliferan diversas maneras de ‘hacer un alto en el camino’, como el que, de inmediato hace en Túnez acogido por el sultán hafsí Abul-Abbás, quien le encargó

trabajar en su historia, y al que dedicó una copia. Y así, cada viaje es ya una búsqueda experiencial de conocimientos, de libros, de sabiduría y de observación de primera mano; se diría que un trabajo de campo permanente y de ‘observación participada’.

Y así, de Túnez a Alejandría, de Alejandría a El Cairo mameluco, que le ocasiona el máximo deslumbramiento, y en el que él mismo deslumbra con su saber y sus enseñanzas al sultán Al-Záhir Barquq y en al-Azhar y en la madrasa al-Qamhiyya, y como riguroso juez supremo malikí. Ya puede abandonar su cargo –siempre perseguido por el odio y la envidia que, sin más, su talento suscita, aunque también por su inesquivable afán, mitad justiciero, mitad ambicioso–, y con enorme tranquilidad volver a su pasión, a su eje, a reequilibrar el fiel de su balanza y hacer uso de su experiencia adquirida, y dedicarse a “la enseñanza de la ciencia y a la lectura y el empleo de su pluma en la escritura”. De forma que, cuando haya de hacer máximo acopio de templanza, en el señalado avatar trágico de la pérdida de su mujer e hijos, encuentre que, en realidad, ya toda la razón de su existencia se ha volcado hacia aquellas detención y altura de miras.

Tras su enseñanza malikí en la madrasa de al-Zahiriya, y su viaje al

Hiyaz para cumplir con su peregrinación a La Meca, y de vuelta a El Cairo, vivirá, posiblemente, los años más felices de su vida entre 1387 y 1401. Ahora la balanza está quieta y bien sopesados cada uno de sus platillos. El eje se ha centrado por completo y es el centro real de los radios de la rueda. Vive en el retiro, es verdad que bien protegido, entregado al espíritu y a la enseñanza. Y a la escritura: finaliza nada menos que la *Ibar*, y desde El Cairo envía una copia a la biblioteca universitaria de Fez. Y aún podrá, durante sus últimos seis años de vida, culminarla con un nuevo y final vaivén que, sorteando intrigas y severos peligros, se muestra de nuevo en su profundo equilibrio y grandeza: entre la dirección del *janka* sufi de Baybars, el acompañamiento al sultán al-Nasir a la sitiada Damasco por el ejército del Gran Tamerlán, y la negociación directa con éste de la capitulación de la capital Siria. Aún podrá Ibn Jaldún agradecer a Dios el “haberlo mantenido a salvo de los avatares del mundo”, y vivir un nuevo vaivén de nombramientos, destituciones y una la última designación como cadí, puesto en el que muere en olor de sabiduría y justicia, no exenta de rigor, el 26 de Rahmadán del 808, 17 de marzo de 1406.

Estaciones son éstas, pues, de un largo viaje al conocimiento, en

medio de una agitada época llena de vértigos, terrores, decadencia y pasiones que Ibn Jaldún tuvo la oportunidad de vivir intensa y directamente, y con suma templanza. Le sirvieron, al fin, unos y otros, de mediaciones entre el saber y el poder. Y completando la, quizá, inexorable tríada humana, de mediación también con el amor, y en el más pleno sentido que le dio Spinoza de *Amor intellectualis*. Mediación que es la que hoy nos hace no sólo seguir gozando de la lectura de Ibn Jaldún sino calibrando cómo tal obra sólo fue posible por el equilibrado balanceo entre su sed insaciable de conocimientos, su obsesión teórica, y su misma implicación experiencial en los mecanismos del poder, su obsesión por la praxis.

Y es precisamente esa capacidad de Ibn Jaldún de haberse erigido —dicho con Nietzsche— en ‘centro del propio caos’ el que, a mi entender, le permitió ordenar, desde su tan alta y esclarecida mirada, el caos y la fluencia tan trágica de su época, y desde ella hallar las constantes universales de la historia. Ello le convirtió en tan insobornable filósofo del devenir y del nacimiento humano. Cierto que la concepción histórica de Ibn Jaldún es cíclica, y con su dialéctica entre las formas de vida rural, nómada y urbana contempla la inexorable decadencia a la que se

abocan los crecientemente complejos entramados entre sociedad humana y civilización, siendo también en ello precursor de las más pesimistas, fatalistas y aún ‘apocalípticas’ visiones históricas occidentales, desde Frobenius y Spengler a nuestros días. Y sin embargo, Ibn Jaldún no es propiamente ni pesimista, ni fatalista, ni menos aún apocalíptico. Pues, como vamos a comprobar en la cita final que haré de él, desde el seno mismo de la devastación, en la más profunda noche, encuentra que renace la creación, la aurora. Y en este punto las primeras ‘miradas españolas’ a Ibn Jaldún fueron ya muy clarividentes, comenzando por las de Rafael Altamira o de Ortega, quien lo calificaba en *El Espectador* de “mente clara, toda luz, pulidora de ideas como la de un griego (y que) va a introducirnos en el orbe histórico donde nuestro espíritu no logra hacer pié”.

Y es que la ‘ciencia nueva’ de Ibn Jaldún no se agosta en ser ‘precursora’, y es, en su verdadera universalidad, incluso profundamente inédita, fuente luminosa de la teoría y también de la posible praxis socio-histórica. Se han acentuado quizá en exceso sus caracteres de ‘precursor’, como si sus contenidos teóricos se agotasen en ser un eslabón –genial, sí, pero eslabón– en la línea de progreso ilustrado. Acentuándose

incluso su carácter ‘otoñal’ para el mundo islámico, precisamente –por utilizar la metáfora de Muhammad Talbi– como ‘primicias de una modernidad incumplida’; como primavera, entonces, agostada en aquel Otoño de la Edad Media. Y siendo cierto que es precursor de teorías modernas occidentales como los escepticismos y dudas de Montaigne y Descartes, de la ciencia nueva de Vico, de las teorías políticas de Maquiavelo y Bodino, del determinismo geográfico de Montesquieu –‘el Montesquieu árabe’ le llamó ya en 1835 von Hammer–; incluso el precursor de la idea de progreso de Turgot y Condorcet; de la propia dialéctica de Hegel; del hombre natural de Rousseau; del hombre gregario y buscador de la sola felicidad, y aun del superhombre de Nietzsche; por no hablar de las más acentuadas precursiones de las teorías sociológicas de Comte y Durkheim, de la interpretación materialista de Marx y de sus ciclos económicos, sobre los que también se le ve como antecesor de Schumpeter, Keynes y aun de los más actuales economistas.

Y siendo todo ello cierto, es ya de por sí muestra de que hay en él algo ampliamente universal, y perennemente actual, hasta el punto de que –desde los primeros reconocimientos occidentales de Ibn Jaldún, durante el primer tercio del

siglo XIX, y progresivamente hasta la actualidad— aparece, cada vez más, como el ‘espejo lejano’ que se va haciendo cada vez más cercano y nítido. De ahí que podamos desenfocarlo si sólo lo miramos desde nuestras propias lentes, quizá ya tan pesimistamente ilustradas. Tal vez sea resultado de las permanentes secuelas de nuestro eurocentrismo, por no hablar de la ya tan manida, y resbaladiza, crítica a nuestro impenitente ‘logocentrismo’.

Ciertamente Ibn Jaldún pertenece a esa gloriosa estirpe islámica ‘racionalista’. E incluso parece que en él adquieren cima y compendio los grandes pensamientos y teorías del mundo islámico, y en todos sus saberes, desde la filosofía a la política, pasando por la geografía, la demografía, las estructuras sociales y psicológicas individuales de los pueblos, la ética, la teología, la alquimia, la retórica, la poética, las matemáticas, la lógica, las ciencias naturales, y hasta la obstetricia. Y hasta el punto que de todos esos saberes, y desde la más alta mirada racional y experiencial, dimana ya un saber racional inédito: y es su reinención de la historia como análisis paciente, metódico y empírico de las condiciones y modos de funcionamiento de las sociedades humanas y de los entramados de las causas profundas de su evolución. Y en un francamente

retador —aun hoy día— compendio de sopesada atención a la complejidad social, a sus cambios y a sus múltiples matices.

Y con ello Ibn Jaldún —de cierto, como un ‘griego’, como le viera Ortega— busca hacer la historia inteligible, deduciendo sus leyes generales, pero no sin antes haber hecho que el *lógos* griego descendiese lo más sutilmente posible hasta las ‘entrañas’ mismas de las redes de pasiones que rigen la vida social. Se le ha comparado especialmente con Tucídides, señalando cómo incluso ‘aventaja’ a éste en la percepción de lo puramente social, más allá de la incidencia de individuos y héroes. Y siendo cierto de nuevo, me parece incluso que lo que hace Ibn Jaldún es llevar al plano de los eventos sociales el postulado de Empédocles de ‘repartir bien el *lógos* por las entrañas’, haciéndolo circular por las complejas redes de pasiones que configuran los movimientos sociales. Y llamo la atención sobre la manera en que le es aplicable a la mirada sutilmente racional de Ibn Jaldún la conexión entre ‘forma y evento’ que tan profundamente analizó Carlo Diano.

De qué forma —valga la redundancia— la forma logra ir configurando lo que es un movimiento pasional perpetuo. Y eso es el propio Estado para Ibn Jaldún: el mecanismo regu-

lador y conformador del orden y la seguridad en la contención y perfeccionamiento de las propias pasiones. Y en ello de quien está más cerca es de Spinoza. Pero si comparte con éste la visión de una ‘política de las pasiones’ no es porque en una linealidad histórica reduccionista Ibn Jaldún ‘preceda’ a Spinoza y éste lo perfeccione, sino porque ambos han logrado hacer penetrar la razón hasta sus mismas raíces pasionales, lo que en realidad, produce la aparente paradoja de que aun en ello Ibn Jaldún pueda parecer hasta más ‘moderno’ que Spinoza, y tan cerca en el análisis del devenir y la ‘fluidez’ del propio Bauman y su diagnóstico de ‘modernidad líquida’. Pues en él la correlación entre forma y evento, y su perspicacia y altura de miras, es de tal calibre que logra una tríada de ‘Universales’ enlazados que se constituyen en principios metodológicos para explicar cómo en el constante devenir van surgiendo formas que van moldeando los transcurso de esa afluencia. Y esos tres Universales no son otros que, enlazadamente, una antropología, una sociología y una historia. Entre las tres configuran esa denominada por Abdelasam Chedadi ‘aprehensión biohistórica’ que trata de comprender y explicar los propios entrelazamientos entre lengua, cultura y poder como los formadores e identificadores de las naciones a

través del devenir histórico. Es lo que hoy nos parece tan relevante, y aun indispensable en el proceso de globalización o universalización que se nos impone, más allá de cualquier opción voluntarista o ideológica individual, es decir: cómo ese devenir histórico tiende a la universalización de sus leyes, y de qué forma se manifiesta el principio esencial de la ‘ciencia de la civilización’ de Ibn Jaldún, que se da la mano con Montesquieu, pero que tiene caracteres muy originales e inéditos que nos siguen impulsando a pensar la historia más profundamente. Y ese principio civilizacional lo enuncia el propio Ibn Jaldún así: “todas las mutaciones que la naturaleza de las cosas puede operar en el carácter de la sociedad”.

Las “relaciones necesarias derivadas de la naturaleza de las cosas”, que definían el concepto de ley en Montesquieu, se acentúan en Ibn Jaldún precisamente en su carácter dinámico de ‘mutaciones’, hasta el punto de que me atrevería a decir que lo que éste contempla bajo su historia cíclica de ascensos y decadencias de los imperios y de todas las sociedades, es la espiral del propio nacimiento de lo humano desde el puro inmanentismo. Y en este punto considero que la visión de la historia de Ibn Jaldún se separa radicalmente de la visión lineal y

providencial cristiana y su secularización ilustrada en el racionalismo occidental que —quizá tenga razón María Zambrano— ha hecho de la historia su último y único dios, su ídolo. Ibn Jaldún, lejos de divinizar a la historia, la separa drásticamente de la Trascendencia que él solo ve en lo supranatural, y de cualquier tipo de Providencia que sólo acepta para lo puramente individual. Con razón se ha podido decir que en Ibn Jaldún dios está excluido de la marcha general de los acontecimientos históricos, o bien recientemente Abdelmayid Charfi ha escrito que “Ibn Jaldún pone entre paréntesis a Dios”. Yo considero que no lo pone entre paréntesis exactamente. Es que, sin más, no lo pone. O no lo pone al alcance, como diría Spinoza, de los ‘delirios humanos’, ni menos aun como justificador de ellos, que son sólo humanos, regidos por leyes que Ibn Jaldún pone de manifiesto.

No me voy a sumergir ahora en la profunda fe de Ibn Jaldún ni en sus vinculaciones con las más universalistas corrientes del sufismo, ni en sus críticas a la malversación de las ciencias esotéricas. Pero sí quiero resaltar que para Ibn Jaldún la Ciudad de Dios ha desaparecido de los asuntos humanos. Y más aun, que entre los factores internos de decadencia cultural e intelectual, Ibn Jaldún resalta el fanatismo religioso

(de cualquier signo) y la proliferación demagógica en la política. Y son estos factores claves para comprender el atemperamiento del poder que buscó la propia actuación política de Ibn Jaldún y que atraviesa el propio sentido de sus leyes históricas, que ni son pesimistas, ni menos fatalistas en sentido estricto, y en las que se compendian la razón y la acción humanas. Oigámosle: “Conocidas las leyes que rigen la sociedad, estaremos en condiciones de discernir la verdad de nuestras investigaciones históricas, pero también de identificar los cursos previsibles del devenir humano e influir sobre los mismos como parte de la labor de gobierno.”

Resuena ahora fuertemente esa posibilidad racional de ‘influir’ sobre los cursos previsibles del devenir, y lo hace en amplio sentido político, social y económico; también como verdadera teoría de la educación, de los significados del aprendizaje en la historia de las civilizaciones. Una verdadera *paideia*, susceptible de ser invocada nuevamente, por cuanto de cierto, otorga un valor intrínseco a la religión, a su enseñanza y su utilidad, pero que como también ha señalado Abdelasam Cheddadi, no es un valor definitivo ni menos exclusivo ni excluyente para el orden social, pues numerosos pueblos —dice Ibn Jaldún— viven sin ley revelada y

basan su orden social y político en la fuerza o la razón. Que sea ésta la que propulse a la *asabiyya*, a la cohesión de grupo que es, para Ibn Jaldún, siempre el motor civilizacional que rige la creación de necesidades y las transformaciones del ingenio humano para una vida más perfeccionada, dependerá de la capacidad que tengamos de prevenir ampliamente los transcurros como parte de la labor de gobierno, en una constante dialéctica entre los deseos y las posibilidades que es lo que, para él, define la justicia, tomando siempre muy en cuenta la forma en que se tensa la relación entre progreso material y regresión moral y sus permanentes transformaciones.

En suma, la amplificación del conocimiento de Ibn Jaldún en Occidente desde el siglo XIX –y siguiendo esas cuatro etapas que ha señalado M^a Jesús Viguera– hasta el que ella llama “proceso de universalidad de Ibn Jaldún”, y ello unido a la franca recuperación que de su racionalidad cosmopolita viene haciéndose en el mundo islámico, son dos excelentes confluencias, o por decirlo de nuevo con el Corán y con Ibn Arabí, la confluencia entre dos mares, que señala un lugar muy preciso y muy amplio para el mejor diálogo entre culturas y en el seno del movimiento perpetuo y la ‘liquidez’ de nuestras sociedades globalizadas. Él es buen

guía para tratar de comprender, y en la medida de lo posible explicar, y comprendiéndonos y explicándonos, tratar de seguir las formas que se van sucediendo en este devenir. Tratar de ‘transformarlas’ acordes con la ‘naturalidad de las cosas’ humanas y en el permanente diálogo que exige la dialéctica tanto de contención como de perfeccionamiento de nuestras pasiones y de nuestras más altas esperanzas. Es decir, en la justicia.

Tal vez Ibn Jaldún, con su templanza, su inteligente realismo y su altura de miras nos esté incitando a recrear su propio concepto de *asabiyya*, de cohesión de grupo como motor civilizacional, no ya desde un pueblo concreto, sino en ésta quizá decisiva, etapa del nacimiento del hombre, de un hombre universal en todas sus posibles diferencias, como la mejor manera de nacer en esta tierra y donde sea posible definir nuestro modo de sociabilidad y gobierno como anchamente democrático, tal como lo hiciera María Zambrano, en el ‘acorde de las diferencias’.

En un mundo lleno de esperanzas de diálogo, pero también amenazado por una fuerte regresión moral y racional, retumban sobre todo estas palabras de Ibn Jaldún, desde el centro mismo de la crisis del siglo XIV. Palabras, se diría que en la noche, y desde el fondo de

esa crisis y que lejos de producirle insalvable agobio o desesperanza, desde ellas se incita a sí mismo a una nueva creación —y eso es su historia— y nos invita a nosotros, en todos los órdenes, a esa capacidad creadora, desde el propio vértigo que nos produce un mundo tan cambiante y líquido, dónde puede estar gestándose un modo mejor de comunicación humana, conforme a la ‘naturaleza de las cosas’, y en el que, ciertamente, desde la razón, la lucidez y la justicia podemos intervenir. Y esa es la respuesta que hallo en Ibn Jaldún para la razón política: no como imposición o huida de la realidad, sino, bien al contrario, como la más lúcida y democrática inserción en ella.

Con esas palabras y el reconocimiento por sus orientaciones al filósofo Jesús Moreno, una última cita

de Ibn Jaldún, no sin antes dar la bienvenida a estas ‘miradas españolas’ que, estoy seguro, serán un puente, no sólo entre dos mares, sino en el necesario proceso de universalización de Ibn Jaldún, en el que colaboro y colaboraré, en la medida de mis posibilidades; así, deseo informar que la Fundación Biblioteca de Literatura Universal (BLU) publicará una selección de textos profusamente anotada. Las palabras de Ibn Jaldún son éstas: “en el momento en el que el mundo sufre una devastación tal, diríase que éste va a mudar de naturaleza a efecto de padecer una nueva creación y una organización nueva, como una continuidad en el devenir. Por tanto, necesario es hoy día un historiador que registre el estado actual del mundo, de los países y los pueblos, y señale las transmutaciones operadas en costumbres y creencias”.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

RESEÑAS

Cornelii Taciti *Annalium Libri* III-VI/ Cayo Cornelio Tácito, *Anales*, Libros III-VI, intr., tr. y nts. José Tapia Zúñiga, 2005, México, UNAM, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana.

Con este volumen, que como es costumbre en la colección está compuesto de una introducción, textos latino y español, y sendos cuerpos de notas, José Tapia continúa su propósito de verter al español la obra de uno de los más grandes historiadores romanos, al lado de Tito Livio y de Suetonio. Ya antes tradujo del mismo autor la *Vida de Julio Agrícola*, y las *Historias*; pero acaso Tácito sea quien mayor huella ha dejado para la historiografía de todos los tiempos, porque describió con gran precisión y belleza la naturaleza humana, sobre todo cuando entra en contacto con los mecanismos del poder; como bien lo supo describir Vico: mientras Platón contempla al hombre como debe ser, Tácito lo retrata como es.

En este segundo volumen, que comprende los libros que van del tercero al sexto de los *Anales*, Tácito prosigue el retrato de Tiberio que, en los libros anteriores, había tomado como pretexto el desarrollo de lo que sin exagerar podría llamarse la tragedia de Germánico. Se trata, sin lugar a dudas, del mejor retrato del poderoso, del hombre de gobierno, de sus miedos y sus excesos, de sus estrategias, del uso que hace del aparato de Estado, de sus alianzas y hasta de sus adversarios; estos libros del primero al sexto, incluidos en los dos primeros volúmenes de esta edición de los *Anales*, son un antecedente de lo que habría de ser la famosa obra de Maquiavelo. Debió de ser esta obra, junto con las *Historias*, el texto de todos aquellos hombres con acceso a la educación que aspiraron a conocer los mecanismos de la política. Leamos a Tácito pues, aunque no estemos destinados a las labores de gobierno —a Tácito lo leyeron los reyes, los príncipes—; el presente volumen nos regala ahora la ocasión de que democráticamente tengamos una educación regia. No la desperdiciemos. La gran lección es que también el poder se fascina con la belleza.

En efecto, la forma no es aspecto secundario en la pluma de Tácito. Su concisión y contundencia parecen siempre imposibles de lograr al ponerlas en otro idioma; su maestría oratoria jamás es lastimada por el tono panfletario o por el formulario desgastado de la retórica; la altura casi poética de sus expresiones y la distribución dramática de los episodios, una vez que han entrado en la mente del lector, provocan cierto deleite inesperado cuando se lee el original latino. Por eso entre otras razones, el propósito de traducir a Tácito es simultáneamente digno de encomio y de censura, como sucede casi con todas las grandes obras, y no pocas veces el mismo traductor me ha confesado el temor reverente con que realiza su trabajo, en ocasiones no tan literal como él supone.

Historia y literatura, como en Tucídides; poesía y pensamiento, como en Platón; acción y psicología, como en César o Virgilio; economía léxica, como en Horacio. Siendo gran maestro, romano como pocos, aun habiendo nacido en la Galia, Tácito nos da las mayores lecciones de humanismo. Pero nada más ajeno de este humanismo, aun si fuera mediante el estudio de las letras latinas, que la posibilidad de alienarse de la situación concreta. Leer a Tácito para aprender latín, para estudiar historia, para gozar de la literatura, está muy bien sin duda, pero el autor nos arroja sin concesiones a nuestro entorno político inmediato.

No pienso ofrecer aquí en charola de cobre lo que este libro nos regala en oro: invito al lector a tener en la mente, mientras lee en español las palabras de Tácito, la realidad social que nos envuelve. Y es que la trasposición de los hechos y personajes descritos está en el origen de la obra taciteana, pues el autor no escribió de su propia época, aunque bien sabía que más de uno podía reconocerse en sus páginas. Además, Tácito configura paulatina y retóricamente su propio personaje como narrador de acontecimientos que a la opinión de la mayoría pudieran parecer insignificantes, pero cuya dificultad lo apuntalan como un historiador de los grandes. Dice Tácito:

Pues la descripción de los pueblos, la variedad de los combates, la muerte gloriosa de los generales, retienen y renuevan la atención de los lectores; yo, en cambio, pongo en serie órdenes crueles, continuas acusaciones, amistades falaces, ruina de inocentes y las mismas causas de perdición, con una inevitable y tediosa uniformidad de acontecimientos. En segundo lugar, los historiadores antiguos raramente encuentran detractores, ya que a nadie le importa que hayas ensalzado con mayor complacencia a los ejércitos cartagineses o a los romanos; en cambio, todavía viven

los descendientes de muchos que bajo el reinado de Tiberio padecieron castigos e infamias; y aunque las propias familias ya se hayan extinguido, encontrarás a personas que, por la semejanza de costumbres, creerán que se les echan en cara las malas acciones de los demás. También la gloria hija de la virtud tiene sus enemigos, como aquella que demasiado cerca desmiente a sus opuestos (IV, XXXIII, 3-4).

Pero, aun opuesto al régimen que describe, Tácito se presenta a sí mismo como historiador veraz ya que, ante la opinión de que Tiberio hubiese participado en el asesinato de Druso, afirma:

Decidí referir y refutar estos rumores para rechazar con un claro ejemplo las falsas habladurías, y para rogar a aquellos en cuyas manos caiga nuestro trabajo que no antepongan las noticias divulgadas increíbles, que han sido escuchadas con avidez, a las verdaderas y no alteradas en función de lo maravilloso (IV, XI, 3).

Tampoco ignora el papel social, como censor, que debería desempeñar el historiador.

Me he propuesto —dice Tácito— exponer solamente las proposiciones insignes por su honestidad o por su notable ignominia, lo cual estimo tarea propia de los anales, de manera que no queden en silencio las virtudes y para que las palabras y acciones perversas tengan miedo a la infamia de la posteridad. Por lo demás, aquellos tiempos estaban tan corrompidos y degradados por la adulación que no sólo los más importantes de la ciudad, que debían proteger su propia fama con el servilismo, sino todos los consulares, gran parte de aquellos que habían desempeñado la pretura e incluso muchos senadores de a pie, se levantaban a porfía y votaban propuestas vergonzosas e inmoderadas. Se cuenta que Tiberio, cada vez que salía de la curia, solía exclamar en griego, algo así como: “¡Oh, hombres hechos para la esclavitud!”; sin duda, incluso aquel que no quería la libertad del pueblo, sentía asco por tan rastroso conformismo de estos esclavos (III, LXV, 1-3).

Y no es mera coincidencia cualquier semejanza con los tiempos que ahora corren. Sin duda, falta entre nosotros el historiador a cuya pluma pudieran temer los malos políticos, pero harían bien en temer a Tácito, porque si se lee bien, tampoco se necesita otro. Además, aunque son muchas las enseñanzas que aparte del deleite trae consigo la lectura de Tácito, para él no hay que

RESEÑAS

confundirse: “Los príncipes son mortales, la república, eterna” (III, VI, 3). Sabia lección: Tácito ama a Roma, pero ese amor no le impide retratar con realismo los mecanismos del poder que sustentan al objeto de su amor; los describió con valor y perseveró, no sin riesgo, en su propósito; no era fácil, aun tratándose de tiempos pasados, referirse al exceso del poder y al engaño con que suele presentarse, a la bajeza de las peligrosas adulaciones, a lo execrable de la crueldad, a la cobardía que impone el miedo. Un acusado de lesa majestad, por ejemplo,

soportó la reanudación de la acusación, las voces hostiles de los senadores, la adversidad general que se ensañaba con él, pero nada le causó más espanto que el ver a Tiberio sin misericordia, sin ira, obstinadamente encerrado en sí mismo, para que no se manifestaran sus sentimientos (III, XV, 2).

Tácito, si bien sabía que “se debilita la ley cada vez que se aumenta el poder, y no se debe recurrir a la autoridad cuando se puede actuar conforme a las leyes” (III, LIX, 4), también tenía claro, como debía serlo para nosotros, que “en una república tan corrompida se multiplicaron las leyes”.

Pero es difícil en español superar la concisión latina: *corruptissima re publica plurimae leges* (III, XXVII, 3).

Tácito tuvo éxito en su empresa, a pesar de las dificultades y riesgos, gracias a su posición elevada en el gobierno, a su acceso a las fuentes, pero sobre todo al arte de su pluma, y en ésta se halla en gran parte la dificultad de encontrar a un nuevo Tácito. Aunque se tenga acceso a los archivos y se goce de prestigio social y de recursos económicos, es difícil que vuelva a surgir su manera de hacer historia.

JOSÉ MOLINA
Centro de Estudios Clásicos
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Richard Sennette, *La cultura del nuevo capitalismo*, 2006, Barcelona, Anagrama, 185 p.

Este libro surge de las conferencias que Sennette¹ pronunció en el año 2004 en la Universidad de Yale, para el curso de ética, política y economía conocido como Castle Lectures. En virtud de que la propia universidad le solicitó una panorámica de la totalidad de su investigación, el libro tiene la virtud de presentar las ideas centrales del autor en torno a la cultura de la sociedad capitalista actual.

A pesar de la índole norteamericana de su investigación, los cambios estructurales que describe no tienen fronteras nacionales. El fin del empleo de por vida no es un fenómeno únicamente estadounidense, por ejemplo.

Su investigación es de tipo etnográfica. Descansa en entrevistas que ha realizado a trabajadores tanto de clase obrera, documentadas en uno de sus primeros libros, *The hidden injuries of class*, como de sectores medios de industrias de alta tecnología, tema de su libro más conocido, *La corrosión del carácter*.

Los cambios que describe en este libro se refieren a los sectores punteros de la economía: alta tecnología, finanzas y empresas de servicios. Si bien la mayor parte de las personas, tanto en Estados Unidos como en Europa, no trabajan en estos sectores, el autor considera que la influencia cultural de este pequeño sector permea sobre toda la sociedad.

Inicia con la afirmación de que la historia cumplió una parte de las protestas estudiantiles de los años sesentas en los Estados Unidos. Para el autor, la *Declaración de Port Huron*, documento fundador del movimiento Students for a Democratic Society (SDS) de la nueva izquierda, atacaba por igual al socialismo de Estado y a las corporaciones empresariales: ambas

¹ Profesor de Sociología en la London School of Economics and Political Science, y de Humanidades en New York University.

representaban regímenes burocráticos. La historia cumplió este deseo. Los regímenes socialistas con planeación centralizada han desaparecido, al igual que la empresa que proveía empleo para toda la vida y suministraba productos año tras año. La generación de la nueva riqueza se ha producido en profunda conexión con la desarticulación de las rígidas burocracias gubernamentales y empresariales.

La parte que no se cumplió fue el deseo de crear comunidades a partir del desmantelamiento de estas instituciones. La fragmentación del Estado y de las empresas ha dejado una vida fragmentada en mucha gente. Ante ello el autor se pregunta, ¿qué valores y prácticas pueden mantener unidas a las personas cuando se fragmentan las instituciones en las que viven? Las virtudes de la comunidad en pequeña escala. Pero el problema de la cultura va más allá. Sólo un determinado tipo de seres humanos es capaz de prosperar en condiciones sociales de inestabilidad. Para lograrlo, de acuerdo al autor, se debe hacer frente a tres desafíos.

El primero tiene que ver con el tiempo. El capitalismo primitivo era en realidad demasiado primitivo como para sobrevivir social y políticamente. Se salvó de la revolución porque aplicó modelos militares de organización a las empresas. En un lapso de cien años, entre 1860 a 1970, las corporaciones aprendieron el arte de la estabilidad, que les aseguraba longevidad y empleos para todos. Cada quien tenía un lugar y cada lugar una función definida. En lo social se aplicó con un capitalismo social, con el Estado de bienestar que garantizaba educación, salud y jubilaciones para todos. El tiempo racionalizado permitió a las personas pensar en su vida como relato; no tanto qué ocurría, sino cómo debía ocurrir. Se podía planificar y tener una idea de lo que se podía esperar del futuro. El creciente poder que ha dado el proceso de globalización a los accionistas e inversionistas institucionales, que exigen una ganancia cada vez mayor y de corto plazo, así como los avances en la tecnología, han desafiado a la burocracia y al capitalismo social. Las nuevas instituciones se constituyen en torno a contratos de duración breve, reducción de niveles jerárquicos y una producción que no sigue una secuencia lineal como antaño. El énfasis se desplaza a tareas inmediatas y poco significativas. Se ha pasado de un tiempo de largo plazo, creciente y ante todo predecible, a un tiempo enfocado al corto plazo y a la incertidumbre. Las instituciones ya no proporcionan un marco de referencia. El individuo se ve obligado a improvisar en el curso de su vida. Tiene que actuar sin una conciencia de sí mismo y debe aprender a manejar relaciones inmediatas.

El segundo desafío se relaciona con el talento. Grandes cantidades de personas de las economías ricas quieren trabajo, pero no lo encuentran. A diferencia de antes, muchos de aquellos que están desempleados tienen formación profesional, pero el empleo al que aspiran ha migrado a un lugar del mundo en donde es más barato. La educación ha dejado de ser un factor para la movilidad social. El sistema de enseñanza culmina en una gran cantidad de jóvenes educados a los que es imposible dar empleo en los campos para los que han sido entrenados. Se requiere una cantidad relativamente reducida de personas educadas y con talento. Las personas deben aprender a desarrollar nuevas y diferentes habilidades. Los jóvenes tienen ventaja sobre los adultos; son más económicos y es más fácil reciclar sus conocimientos. Hay que renunciar al ideal del trabajo artesanal, es decir, no tiene sentido saber hacer muy bien una sola tarea. La artesanía, entendida como trabajo bien hecho por el cual sentimos orgullo, no encaja fácilmente en las instituciones del capitalismo flexible. No tiene sentido hacer algo bien por el mero hecho de hacerlo bien. En las instituciones basadas en transacciones de corto plazo y en constante cambio no hay lugar para la profundidad. Quien profundiza, da la idea de haber quedado fijo en una cosa y de no cambiar. La cultura moderna propone una idea de meritocracia que da más importancia a la potencia que a los logros del pasado. El talento se mide como capacidad potencial, es decir, habilidad de pasar de un problema a otro.

El tercero desafío implica la renuncia. El trabajo yo no es una posesión, ni tiene un contenido preciso. Las instituciones están sujetas a una continua reinvención. Gran parte de esta reestructuración se asemeja a una pasión que se autoconsume. El propio consumo también se ha convertido en una pasión que se autoconsume. Sentimos el deseo fuerte de tener una prenda determinada, pero al poco tiempo de comprarla y usarla nuestro interés por ella disminuye. La renuncia corresponde a un proceso de búsqueda de nuevos estímulos. El individuo debe tener una personalidad que descarte las experiencias vividas. Personalidad que se asemeja más a la del consumidor que siempre busca nuevas cosas.

En síntesis, un yo orientado al corto plazo, centrado en la capacidad potencial y con voluntad de abandonar las experiencias del pasado. Sin embargo, este tipo de ser humano no es frecuente. La mayor parte de las personas no son así. Necesitan de un relato que les sirva de sostén, se enorgullecen de su habilidad en algo concreto y valoran las experiencias del pasado. Por ello,

RESEÑAS

el ideal de cultura que requieren las nuevas instituciones es perjudicial para muchos individuos que viven en ellas.

A diferencia de los apóstoles del nuevo capitalismo que afirman que habrá más libertad en la sociedad moderna, Richard Sennette sostiene que los cambios no han liberado a la gente.

MIGUEL DEL CASTILLO NEGRETE

Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM

Armando Pereira, *El ruido del mar*, 2005, México, ERA/CONACULTA, 99 p.

En su último libro de cuentos, *El ruido del mar*, Armando Pereira (1950) se ha consolidado como uno de los narradores mexicanos más intensos e interesantes de la actualidad, no sólo porque como escritor le confiere a la palabra —a la palabra precisa, con una función estética— un valor primordial, sino sobre todo por los temas que trata y por la forma en que lo hace. En una reciente entrevista publicada en *El Financiero*, afirma Pereira que en *El ruido del mar* “lo que buscaba, básicamente, era conjugar varios registros: cuentos que pueden ser serios o que pueden apelar, digamos, a una actitud del lector mucho más de búsqueda interior [...] También hay otros cuentos en los que quise meter un poco de humor, en los que quise jugar un poco con el lenguaje”. He ahí, tal vez, el rasgo más importante de esta nueva obra: la diversidad. Y en ese sentido coincido con Pereira: un poemario o un libro de cuentos no necesariamente deben mantener unidad total. Al contrario: a veces esa supuesta unidad convierte a la antología en una obra monótona.

En *El ruido del mar* y en el poemario *Verificación de la ausente* (publicado por Editorial Praxis también en 2005), Pereira penetra en diversas zonas de un modo quizá poco ‘ortodoxo’ en cuanto al estilo, los tonos, la heterogeneidad de los temas. Hasta el día de hoy —que yo sepa— a nadie se le había ocurrido escribir un cuento donde todo gira alrededor de una hemorroide, como ocurre en el titulado “La inhóspita conciencia del cuerpo.” Y si bien es posible encontrar el influjo directo de Borges en un relato como “Los avatares de un hidalgo en tierra de tártaros”, al escritor argentino nunca se le hubiera ocurrido indagar en otro tema que también tiene que ver con la parte inferior y trasera del cuerpo: el empalamiento, tema que Pereira también trata en una de las narraciones de *Verificación de la ausente*. Y es que el cuerpo —el cuerpo y la memoria— constituyen acaso las obsesiones principales de este autor; obsesiones que pueden rastrearse de igual modo en

Amanecer en el desierto y en su novela corta *Las palabras perdidas*. A Pereira le interesan los temas heterológicos, como el incesto o la escatología. Los ecos de Georges Bataille son recurrentes. En *El ruido del mar* ha indagado constantemente en lo escatológico, aunque no sea ése el tema central de los cinco relatos que componen el libro, sino sólo de dos.

A pesar de estas preocupaciones, *El ruido del mar* es un libro sumamente heterogéneo, que juega con diversos tonos y registros: melancólico, humorístico, irónico, histórico, grotesco, paródico... El desgarramiento que en el recuerdo produce la guerra civil española en el texto que le da nombre al libro; un lugar inventado en tierra de tártaros durante la Edad Media; el centro histórico de la ciudad de México como el espacio donde supuestamente todo se resuelve, pero donde al final nada termina por resolverse; la ciudad de San Francisco, California, como el ámbito kafkiano en que un nuevo Gregorio Samsa despierta, no convertido en bicho, sino en prisionero, son algunos de los temas y espacios que la mirada del autor abarca en esta obra.

El primer cuento, como lo dice el título, “Imágenes (desprendidas) del álbum familiar”, no es sino evocación, el despliegue sinuoso y poético de la memoria; una memoria que fluye para llenar la ausencia con lirismo y ambigüedad. En el segundo relato, “Avatares de un hidalgo en tierra de tártaros”, tenemos el viejo tema del viaje: un viaje durante la Edad Media. El estilo empleado por el autor nos recuerda a aquella época, pero el lenguaje está elaborado con la delicadeza de un buen artesano y por ello no nos parece ni afectado ni monótono, sino paródico. La lección de Cervantes es evidente. Si el ingenioso hidalgo don Quijote se vuelve loco de tanto leer libros de caballería, en el cuento de Pereira, el Príncipe Alberto pierde la razón de tanto leer los relatos del *Calila e Dimna* –libro, como es ya sabido, de origen hindú, que los persas tradujeron del sánscrito y los árabes del persa y la corte del rey Alfonso X, en España, del árabe al castellano–. Don Fulgencio González de la Serna, el hidalgo, tiene la encomienda de traer al Príncipe de regreso y en su viaje va adquiriendo distintos avatares; se va transformando (la palabra ‘avatar’ significa originalmente ‘manifestación’ o ‘reencarnación’).

Más arriba dije que este cuento acusa una influencia de Borges y agrego ahora: también de Pierre Klossowski, en el sentido y forma en que el autor hace uso del motivo de las “Leyes de la hospitalidad” (la donación voluntaria de la esposa por parte del esposo a un huésped). Pereira toma este tema de Klossowski y lo traslada a tierra de tártaros, en plena Edad Media, con todo el lujo, la ostentación y la búsqueda de los placeres en los reinos orientales.

Hasta el apellido del anfitrión del hidalgo, Baiam Hodum evoca la lujuria, al verbo *joder* (que en México traduciríamos por *coger*). Pereira explora en lo grotesco y en lo cómico; incluso en la caricatura, sin perder jamás la verosimilitud. Al igual que los antiguos escritores, a quienes les interesaba que el lector creyera que lo que leían era *verdad*, el narrador de esta historia también advierte la ‘veracidad’ e incluso se cuida, al final, de proporcionarnos una moraleja. Claro, un lector del siglo XXI sólo puede interpretarla de forma irónica. En resumen, el relato está elaborado como una especie de mezcla de apólogo medieval con sátira irreverente. Un *exemplum* en clave irónica.

A diferencia de los dos cuentos anteriores, el tercero no se caracteriza ni por su despliegue de imágenes ni por la alteración del lenguaje para producir el efecto de otra época. En “Black out” lo que prevalece es la tensión. Ya dije que uno de los temas predilectos del autor es la memoria. En este cuento, el lector se enfrenta con el retorno a la cotidianidad de un personaje después de una experiencia pesadillesca en que se mezcla lo cómico y lo trágico. El espacio es una gran urbe (San Francisco) de la supuesta democracia más libre del mundo (los Estados Unidos); democracia –y el autor se encarga de denunciarlo– que no se ha convertido sino en una dictadura puritana, donde el terrorismo es ejercido por las mismas autoridades. Al igual que en *La metamorfosis*, de Kafka, el protagonista despierta convertido en *otro*. La diferencia es que en el cuento fue la autoridad encargada de proteger a la ciudadanía la que transformó al sujeto en preso: el absurdo –y por tanto la denuncia– se hacen explícitos.

El tercer cuento es de tema totalmente escatológico. Un hombre divorciado conoce a una muchacha, de la que se hace amante, pero un buen día el tipo descubre que le ha salido una hemorroide tan molesta que casi le es imposible caminar bien. La aparición de este ser inhóspito en el trasero del protagonista lo llevará a razonamientos mucho más profundos en torno del cuerpo y de sus miserias. Lo apremiante es deshacerse de ese intruso, que desde su aparición se volverá casi protagónico. La almorrana se convierte en un segundo corazón (porque incluso late), o en un tercer ojo, o en un hijo del que el protagonista no puede desprenderse; al contrario: debe cuidarlo, acariciarlo, mimarlo, llevarlo al médico... Por supuesto, el humor es el recurso del que más se echa mano. La víctima es el protagonista, quien no deja de indignarse ante su propia ‘catástrofe anal’. Esta es la historia de cómo el cuerpo puede estropear un ritual: el ritual erótico que se propone ese sábado con su amante y que, a la vez, lo hace salir de esos otros múltiples rituales

cotidianos. El influjo de Bataille, de cómo el pensador francés encara los temas heterológicos (por ejemplo en *El ojo pineal*) es decisivo.

Por último, el cuento que le da título al libro, “El ruido del mar”, evoca la tensa situación familiar en que algunos hermanos no comprenden sino los aspectos materiales, el dinero, aspectos que se contraponen a los recuerdos que la madre enferma tiene de su difunto marido (hombre idealista en la guerra civil española), y que siempre aluden precisamente a los ideales, a lo que no puede jamás unirse ni relacionarse con el dinero ni con lo material. “El ruido del mar” es un hermoso relato sobre la muerte de las utopías. Con el deceso de la madre del narrador, mueren también los ideales y las utopías: “me duele pensar –leemos– que tu rabia desaparezca contigo, que el mundo se vuelva cada vez más blando, que la gente como yo se conforme con un cielo azul, sin nubes, el tibio calor del sol sobre la piel y el ruido del mar ensordecándolo todo en los oídos”.

En la entrevista que cité al principio de esta reseña, Armando Pereira afirma que “un cuento es algo que aparece de pronto” (yo agregaría: como la hemorroide de su personaje). Y continúa: “Puede empezar como una idea, pero ya cuando te sientas a escribir es porque lo tienes realmente completo. Porque ves el principio, ves el final, ves incluso el desarrollo, la historia. Y con una novela ocurre lo contrario”, pues en una novela el escritor se permite digresiones, y casi nunca sabe cómo terminará. La concepción de Pereira sobre el cuento –género mucho más antiguo y a veces hasta más difícil que la novela– y su dominio del estilo y del lenguaje; su sensibilidad para producir imágenes memorables, hacen que sus relatos –y concluyo con la idea con que empecé– se caractericen no sólo por su intensidad y pasión, sino por las múltiples lecturas que pueden suscitar.

JUAN ANTONIO ROSADO
Departamento Académico de Lenguas, ITAM
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM